

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Felix Ballesteros Rivas
Carlos Suchowolski
Magnus Dagon
Juan Manuel Valitutti
Pablo Uría Díez
Rodolfo Valenzuela
Guillermo Romano
Y muchos más...

Especial Erotismo

Claudio Cerdán
Roberto Malo
Carlos Daminsky
Javier Fernández Bilbao
Roberto J. Rodríguez
Marta Martínez
Y más, dentro del especial...

Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones



<https://planetasprohibidos.blogspot.com/>

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN. La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, formateado en Trebuchet MS 12 pto, párrafo justificado y salto de una línea. Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.

CONSEJO DE DIRECCIÓN: Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña y Marta Martínez.

EDITOR: J. Javier Arnau

MAQUETACIÓN: Planetas Prohibidos.

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA:

Komixmaster

DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA: Marta Martínez y Guillermo de la Peña

EDITORIAL: Jorge Vilches

RESTO DE ILUSTRACIONES: Guillermo de la Peña, M. C. Carper, Pablo Uría, Javier Pauner, Anabel Zaragozaí, Fraga, Komixmaster, Azramari, Pedro Belushi, Guillermo Romano, José Antonio Marchán, Fraga, Juan Antonio Marchán, David Braña, Enric Nolla y Sergio J. Martínez.

ESCRITORES: Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Josep María Prades, Marta Martínez, Carlos Daminsky, Javier Fernández Bilbao, Claudio Cerdán, Roberto J. Rodríguez, Roberto Malo, J. Javier Arnau, Antón Martín, Claudio Landete, Félix Ballesteros, Magnus Dagon, Carlos Suchowolsy, Gabriel Romero, Juan Manuel Valitutti, Oscar Muñoz Caneiro, Jorge Zarco Rodríguez.

“¡SEXO GRATIS!”. ¿Quién no ha visto un anuncio callejero utilizando este reclamo? O al típico tío cachitas, o a la tía de curvas imposibles en la valla publicitaria que nos deja hipnotizados justo antes de dar un volantazo. Ya; pero en realidad te están diciendo: “Ahora que tengo tu atención, te presento una oferta exclusiva de pantalones, motos, perfumes”... o de cualquier otra chorrada. Y es que así somos, previsibles y primarios al tiempo que sorprendentes y complejos.

¿Por qué decidimos hacer un especial del erotismo en la ciencia-ficción? Nosotros no tenemos nada que vender, simplemente se nos ocurrió en un hilo de *e-mails* cachondos. “¿A que no hay *güevos* de hacer un número sobre el **PORNO** en la ciencia-ficción?” ¿Cuántas cosas importantes no se han hecho en la Historia de la Humanidad precedidas de esa pregunta sobre los *güevos*? Seamos sinceros: casi todas. La verdad es que nos hizo gracia y nos pusimos manos a la obra.

Salieron entonces otros temáticos que ya tenemos avanzados, no cerrados, pero dado el carácter cuatrimestral (ejem, ejem) de PLANETAS PROHIBIDOS, la revista está planificada hasta 2013. El próximo número, ya para el año que viene, estará dedicado a la **LITERATURA JUVENIL**. También pensamos en ampliar el tema del erotismo, sobre todo porque se nos habían quedado fuera los otros dos géneros hermanos -el terror y la fantasía-, que siempre han hecho guiños a esa faceta del ser humano.

El erotismo en la ciencia-ficción, como en los otros dos géneros nombrados, ha estado siempre muy presente. Las portadas de las revistas *pulp* americanas presentaban a unas chicas cuyas formas hacían soñar a sus adolescentes lectores con algo más que con los malvados alienígenas. Y de ahí en adelante, tanto en novelas, como en el cine y el cómic, por lo que hemos querido que todas esas facetas estuvieran reflejadas en este número.

Dada la cantidad de material acumulado, hemos decidido dividir el número, dejando

una primera parte para el especial, y una segunda para la temática general.

Para el **ESPECIAL** contamos con **ARTÍCULOS** muy interesantes. Empezamos con uno de Lino Moinelo sobre el sexo en la ciencia-ficción, otro de Guillermo de la Peña acerca de una película mítica, *Barbarella*, y terminamos con uno de J. M. Prades sobre Richard Corben y el cómic erótico. Los **RELATOS** de esta parte son Marta Martínez, Carlos Daminsky, J. Fernández Bilbao, Claudio Cerdán, Roberto J. Rodríguez y Roberto Malo. Para ilustrar estos relatos hemos tenido la suerte de contar con Guillermo de la Peña, M. C. Carper, Pablo Uría, Javier Pauner, Anabel Zaragoza y Pedro Belushi. Terminamos el especial dedicado al erotismo con el humor de Fraga.

J. Javier Arnau inicia la sección de los artículos del **NÚMERO 3** con un fantástico repaso a la presencia de Conan en los medios, y Antón Martín con un sugerente artículo en torno a los replicantes de *Blade Runner*. En la sección **UN AUTOR**, esta vez traemos a Félix Ballesteros, uno de nuestros escritores consagrados más queridos. Le ha entrevistado Claudio Landete y hemos conseguido un relato suyo, ilustrado por David Velázquez. Los **RELATOS** de este número son de Magnus Dagon, Carlos Suchowlsy, Gabriel Romero, Juan Manuel Valitutti y Oscar Muñoz Caneiro, ilustrados por Komixmaster -autor además de la impresionante **PORTADA** del número-, Azramari, Guillermo Romano, J. A. Marchán y P. Belushi. Contamos con el siempre inquietante *Mundo Robot* en la parte de **CÓMIC**, y con las **RESEÑAS** de dos películas -Conan y *Super 8*-, y de dos libros, el del *Premio Andrómeda 2009* y *Fahrenheit 56K*, de Fernando Querol Alcaraz.

Muchas gracias a todos por hacer posible PLANETAS PROHIBIDOS.

Jorge Vilches

INDICE

3/**EDITORIAL**, Jorge Vilches

ESPECIAL EROTISMO EN LA CIENCIA-FICCIÓN

ARTÍCULOS

5/ EL SEXO EN LA CIENCIA-FICCIÓN, Lino Moinelo

8/BARBARELLA, Guillermo de la Peña

11/ RICHARD CORBEN Y EL CÓMIC ERÓTICO, Josep María Prades

RELATOS

13/ POLVO DE LUNA LLENA, Marta Martínez y Guillermo de la Peña

15/ SEXO EN LA NAVE 13, Carlos Daminsky y M. C. Carper

24/ NADA NUEVO BAJO EL DOBLE SOL, Javier Fernández Bilbao y Pablo Uría

35/ EL ORGASMO DE UN CERDO, Claudio Cerdán y Javier Pauner

42/ LA INSATISFACCIÓN DEL TODO, Roberto J. Rodríguez y Anabel Zaragoza

49/ LA CANCIÓN PEGADIZA, Roberto Malo y Pedro Belushi

CÓMIC

53/ El humor de FRAGA

EL NÚMERO 3

ARTÍCULOS

57/ CONAN EN LOS MEDIOS AUDIOVISUALES, J. Javier Arnau

62/ TODOS SOMOS DECKARD, Antón Martín

UN AUTOR: FÉLIX BALLESTEROS

66/ ENTREVISTA A FÉLIX BALLESTEROS, por Claudio Landete

71/ LA PELIGROSA VERDAD, de Félix Ballesteros y David Velázquez

RELATOS

78/ EL HOMBRE DE DIAMANTE, Magnus Dagon y Komixmaster

84/ EL FUTURO, Carlos Suchowolski y Azramari

94/ LOS OBJETOS QUE PROVOCARON LA EXTINCIÓN DE LOS HOMBRES, Gabriel Romero y Guillermo Romano.

103/ EN EL LABERINTO, Juan Manuel Valitutti y José Antonio Marchán

112/ UNA RÉPLICA IMPERFECTA, Oscar Muñoz Caneiro y Pedro Belushi

CÓMIC

121/ MUNDO ROBOT, David Braña, Enric Nolla y Sergio J. Martínez

RESEÑAS

125/ CONAN, LA PELÍCULA, J. Javier Arnau

126/ SUPER 8, Jorge Zarco Rodríguez

127/ PREMIO ANDRÓMEDA, J. Javier Arnau

128/ FAHRENHEIT 56K, J. Javier Arnau

NUESTRO PORTADISTA

131/ Komixmaster

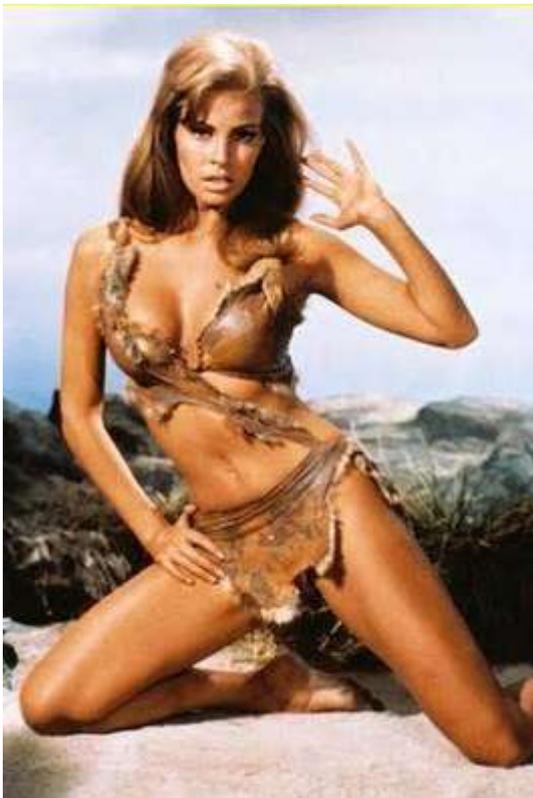
Especial
EROTISMO en la
CIENCIA-FICCIÓN



EL SEXO EN LA CIENCIA-FICCIÓN

Texto: Lino Moineo

La ciencia-ficción suele ser un oportuno telón de fondo para contar historias sobre todo tipo de aspectos de la condición humana. Sin embargo, en muy pocas ocasiones el sexo ha ocupado uno de sus principales argumentos. Tal vez sea debido a que gran parte de la difusión de este género proviene de países tradicionalmente puritanos, o por la existencia de ciertos prejuicios a la hora de tratar estos temas.



Naturalmente, la presencia del sexo en el género fantástico en general, difiere en gran medida según la época, la cultura y el tipo de obra de la que se trate. A grandes rasgos, parece que sea difícil de encontrar en las obras pertenecientes a la parte más «dura» de la ciencia-ficción, mientras que en la fantasía épica, en la *space opera*, o en el *manga*, es habitual la presencia de multitud

de elementos eróticos más o menos evidentes.

Como suele ocurrir a menudo en todo lo relacionado con las obras de ciencia-ficción, en éstas suelen coexistir dos tramas básicas. Una de ellas de corte especulativo, derivada directamente de la ciencia-ficción (y que es por la que se puede incluir a una obra dentro de este género) y otra paralela que puede tratar de cualquier otro tema (política, economía, sociología, filosofía, religión, etc) y, por supuesto, el sexo. Una vez establecidas las tramas básicas existen tres formas principales de acometer una historia. La primera de ellas consiste en considerar la parte especulativa como un mero escenario útil para desarrollar una historia, claramente desvinculada de la primera (p.e: *Alien* o *Avatar*). La siguiente consiste en amalgamar ambas de forma que la parte especulativa forme parte inseparable de la trama principal, en la que se desarrollan otro tipo de intrigas políticas, amorosas, etc. (p.e: *Pitch Black*). Y finalmente, aquellas en las que el tronco argumental básico consiste en la parte especulativa, en la parte de ciencia-ficción, junto a la cual suelen estar de accesorio el resto de temas (p.e: *2001, Una Odisea del Espacio, Yo Robot*)

Si se habla del sexo como tema principal de una obra, una mayoría pensará en el porno (vale, yo también). Salvo la versión pornográfica de *Avatar*, de la que me acabo de enterar (es cierto, lo prometo), no conozco ninguna otra obra de cine pornográfico ambientada en un escenario de ciencia-ficción, pero seguro que hay alguna ya que puestos a excentricidades, como ven, hay de todo. Pero parece evidente que el tratamiento del sexo en su vertiente más «blanda» (con perdón) en las obras de ciencia-ficción, se circunscribe claramente a las dos primeras formas de las tres citadas anteriormente, ya que apenas conozco alguna obra de ciencia-ficción cuyo tema principal sea el especulativo sobre el sexo en sí mismo, siempre y cuando entendamos éste como el relacionado con el erótico, y no el reproductivo. Desde un punto de vista biológico, existen múltiples referencias sobre todo tipo de imaginarias e hipotéticas

formas de reproducción, de órganos sexuales y de atributos. Pero no nos referimos a esto, ¿verdad?



Cameron tuvo una estupenda oportunidad en *Avatar* (2009), su aclamado e «innovador» trabajo, para «ilustrarnos» con alguna interesante especulación sobre cómo una especie alienígena mantiene relaciones sexuales, qué clase de estímulos eróticos pueden tener dos miembros de una especie extraña y supuestamente distinta a la humana, y según quieren hacer parecer, mejor. Pero lo que vino a demostrar es que el sexo, en todo arte cuyos espectadores son humanos, sólo es sexo si es humano también. Y si los parámetros por los que se valora su puesta en escena son los comerciales, más todavía. Hace ya unos cuantos años, recuerdo que me impactó bastante ver a un pato tener relaciones con una hembra... humana (*Howard The Duck*. 1973). Aunque esto podría incluirse dentro de los límites de la zoofilia, la verdad es que el pato protagonista tenía bastante poco de pato, y mucho de hombre. Por la forma de mirar a Lea Thompson claro, no por otra cosa (aunque tampoco puedo atestiguarlo).

Otra cuestión que no se puede obviar, aunque se corra el riesgo de caer en tópicos algo casposos, es el carácter predominantemente masculino de la ciencia-ficción, al igual que lo relacionado con el sexo, sobre todo con el pornográfico. Hasta

hace no mucho el papel de la mujer en la ciencia-ficción desde el *pulp* de los años 50 ha sido, como en otras muchas manifestaciones artísticas, el clásico de la bella víctima que espera un «príncipe» rescatador. Es decir, la ciencia-ficción en estas obras era poco más que un decorado en donde poner en cada vez más extrañas y peligrosas situaciones a una atractiva señorita de largas piernas (*King Kong*. 1933), en las que la amenaza era la parte más especulativa y propia de la ciencia-ficción, como le ocurre a Rachel Welch en *Hace un millón de años* (1966). En otro sentido hay que mencionar a *Planeta Prohibido* (1956) que, a pesar de utilizar el mismo recurso, posee un planteamiento pionero y nos presenta una amenaza (*Robby*, el robot) que se convertiría en uno de los clásicos de este género. Esta situación se rompió en el cine con la llegada de *Alien, el octavo pasajero* (1979), donde la *Teniente Ripley* (Sigourney Weaver) acaba con la débil e indefensa imagen que hasta ese momento tenían algunos de las pertenecientes a su sexo.



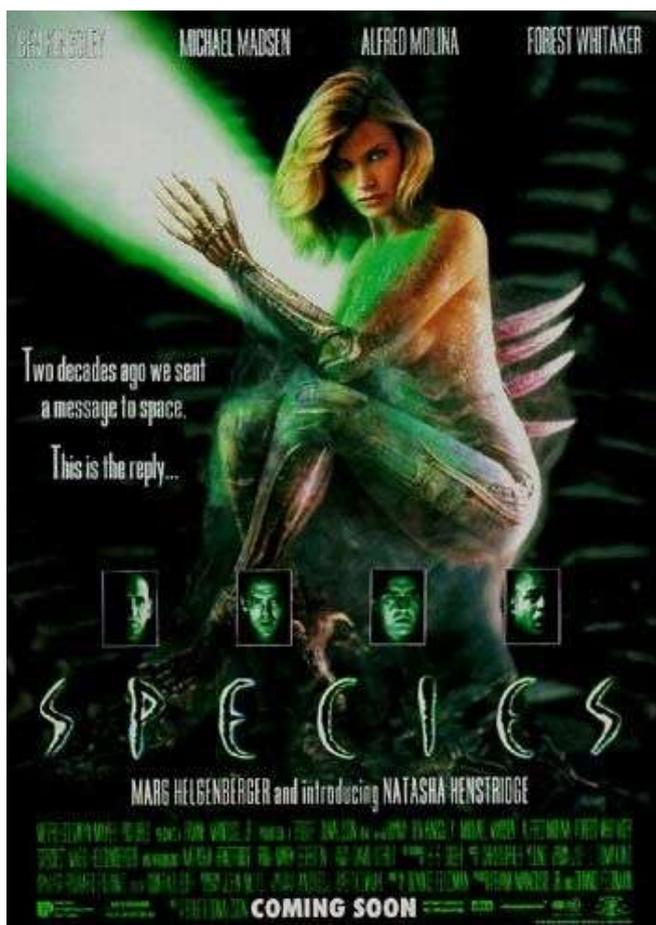
Otro gran ámbito cargado de incitaciones eróticas es el del cómic, llegando a existir todo un género fantaerótico mucho más definido que en el cine y en donde la mujer

ocupa un papel más activo e importante desde sus inicios. Los ejemplos más claros son la francesa *Barbarella* (Jean-Claude Forest, 1962), las españolas *Supernova* (V Mora, J. Bielsa, 1972) y *Lorna* (Alfonso Azpiri), o la exuberante y prodigiosa *Druuna* del italiano P. Eleuteri. Como se puede comprobar, es Europa la que lleva la iniciativa en este subgénero, aunque en los EUA se debe destacar especialmente a *Den*, de Richard Corben, con protagonista masculino. Más recientemente y de forma algo anecdótica, por enlazar con el género *superheroico* lleno de *supercuerpazos* y tan proclive a cosas como el *big culo day* o la *chica del viernes*, se puede citar al cómic *Empowered* (Adam Warren, 2007). En Argentina hay una gran tradición del cómic de ciencia-ficción, sin embargo, el género erótico no parece haberse mezclado con él, más allá de la tira *El regreso de Osiris*, de Alberto Contreras.

algo mejor, el único ejemplo realmente de fusión entre el sexo y la ciencia-ficción en el cine, es una película argentina de los años 60, *La venganza del sexo* (Emilio Vieyra, 1969), donde un loco científico necesita de multitud de parejas copulando para extraer determinada sustancia que le permitirá convertirse en una especie de monstruo. No, no pongan esa cara, que es así.

Pero ya que estamos con mezcla de géneros y aprovechando que se ha estrenado recientemente *Cowboys & Aliens* (Jon Favreau, 2011), hay otra película anterior absolutamente demencial que no sólo mezcla también estos dos géneros sino que le añade la nada despreciable característica de tener como argumento principal a una *cowgirl* que ha de defender un pueblo del sur de los EUA de un ataque alienígena, y cuyo principal aliciente consiste en ver a sus semidesnudas protagonistas (*Alien Outlaw*, 1985).

Para acabar, y continuando con los estrenos, *El Origen del Planeta de los Simios* (Ruper Wyatt, 2011) nos trae a la memoria una simple, pero importante, manifestación sexual en el cine. Aunque algunos me llamarán romántico, si hay un beso importante en la historia del cine de ciencia-ficción, tanto o más que el interracial de *James T. Kirk* a la bella *Uhura*, ese es el de Charlton Heston a la *doctora Zira* (Kim Hunter) en *El Planeta de los Simios* (1968). Puro simbolismo.



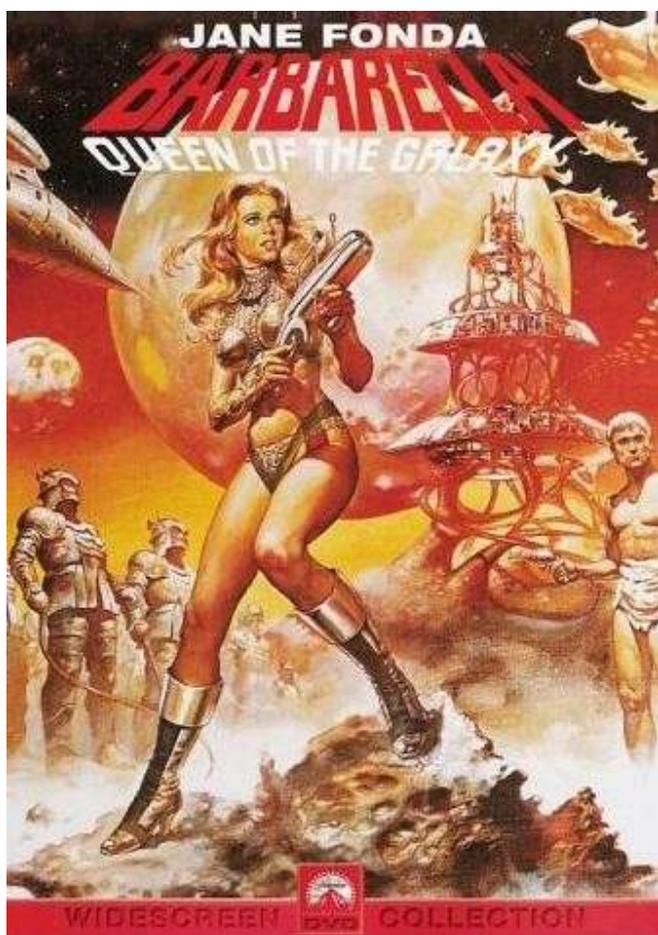
Para no dejarles con las manos vacías cinematográficamente hablando, y a falta de que algún estudio de cinematecas añada

Lino Moinelo (Valencia). Informático y documentalista despistado, aficionado a la Ciencia-Ficción. Colabora en el portal *Planetas Prohibidos* principalmente en la sección –Sueños de androidell. La mayoría de sus artículos se publican simultáneamente en el blog *El Fin de la Eternidad*, donde se puede encontrar el resto. Pudo graduarse en la Escuela de Batalla pero llegó tarde al examen. No obstante, se alistó como voluntario en la Flota Internacional, donde participa desde entonces en misiones interplanetarias de paz.
<http://elfindelaeternidad.blogspot.com/>

BARBARELLA: LÍNEAS SENSUALES Y FOTOGRAMAS CON OLOR A RANCIO.

Texto: Guillermo de la Peña.

Cuando Jean-Claude Forest creó en 1962 al personaje de *Barbarella*, es posible que tan sólo pretendiera entretener al mayor número posible de lectores de cómics mediante simples “aventuras por la aventura” y, de paso, endurecer la afición (y no sólo la afición) del público masculino por medio de unos sagaces toques de erotismo que, si bien hoy se nos pueden antojar muy inocentes y *soft*, en su tiempo eran de mayor envergadura (con perdón) y tuvieron que sortear en alguna que otra ocasión los zarpazos de la censura.



Esta serie de historias en formato de tebeo nos narra las aventuras siderales y carnales de Barbarella, una aventurera espacial creada a imagen y semejanza del mito erótico Brigitte Bardot, dotada, como diría el bueno de Eduard Punset, de unas proporciones de simetría perfectamente

equilibrada, o como diría cualquiera de nosotros, “tan buena como para mojar pan”. A lo largo del primer bloque de historietas que Forest gestó en la década de los sesenta y los otros tres volúmenes que completó entre los setenta y ochenta, nuestra protagonista de ligeras y apretadas ropas viaja a multitud de planetas, conoce a los personajes más estafalarios, se enfrenta a multitud de peligros con su atractiva inocencia, y hace el amor cada vez que las ocasiones son propicias. Pero en aquellos primeros tiempos, fuera de las páginas de los tebeos y lejos de sus mundos imaginarios, había un mundo atravesando, al menos en lo que conocemos como “occidente”, un dilatado y traumático período de revoluciones sociales y artísticas de los que *Barbarella* es, en cierto modo, una pequeña causa y también una consecuencia.

Las primeras páginas de la obra de Forest aparecieron en pleno proceso de revalorización cultural en la revista francesa *V Magazine*, una de las primeras en que el comic europeo comenzó a dar muestras de una renovación radical tanto en lo formal como en lo narrativo, trascendiendo su espíritu infantil y suscitando cada vez más el interés del público adulto. Así, mediante un estilo de trazos simples (ideal para la contemplación de las curvilíneas formas de la protagonista) y un uso minimalista de los colores en la esencia de lo que luego se definiría como “Pop-Art”, Jean-Claude Forest creaba por fin un mito erótico no sólo para los lectores del viejo y del nuevo continente, sino especialmente para aquellos que, en concreto, se sentían atraídos por las historias con elementos de corte futurista.

Si intentamos analizar esta obra exclusivamente desde el prisma de la ciencia-ficción, atendiendo al contexto de sus historias y la estética de sus personajes y lugares, debemos admitir que *Barbarella* no supuso nada que merezca la pena destacar, pues en buena medida se subía al carro del estilo de aventuras siderales que *Flash Gordon* había ayudado a popularizar y consolidar años antes. Pero intencionada o

inintencionadamente, *Barbarella* resultó ser, como hemos dicho, un símbolo no sólo de la importante revalorización cultural experimentada en aquellos tiempos tan receptivos para las experimentaciones artísticas tanto en general como concretamente en el campo del tebeo, sino también del auge de los movimientos feministas y el alzamiento de la figura de la mujer en la sociedad. Lo cual, qué duda cabe, no es poco.

Hasta aquí todo bien. Pero, como si de un previsible giro de guión se tratara, comienza la parte escabrosa de esta interesante historia. *Barbarella* se hizo tan célebre allende las fronteras de Europa y Francia, que con poca dificultad llamó la atención de los estudios cinematográficos. Y así... “con el cine hemos topado”.

Al frente de este proyecto se posicionó a Roger Vadim, todo un “playboy” que derrochó todos sus esfuerzos como cineasta en convertir el film en un vehículo para el lucimiento de su por aquel entonces esposa, la deslumbrante Jane Fonda, que hace suya la piel de la aventurera espacial. Y es probable que el recientemente fallecido Dino De Laurentiis no pusiera ninguna pega ante este objetivo; recordemos que a lo largo de su longeva carrera como legendario productor cinematográfico demostró ser capaz tanto de lo mejor (producir películas a David Lynch, Sidney Lumet, Sidney Pollack o John Milius) como de lo peor (*Flash Gordon*, el *King Kong* de 1976 o la que nos ocupa en este caso, a la postre las obras que más se suelen asociar a su figura).

Hoy en día, *Barbarella* (estrenada en 1968, y que adapta en buena medida el primer volumen del comic de Forest) es un film “mítico”, aunque desde el plano objetivo esto no es decir mucho. Siempre que se habla de ella suelen mencionarse palabras como “kitsch”, “camp” o “encanto”, y sus pósters o fotogramas suelen decorar garitos para fans de la estética “popera” que seguramente no han visto ni una sola película de Ciencia-Ficción sesentera en su vida (¿a cuántos estudiantes de Bellas Artes así habré conocido?). Pero lo que de verdad

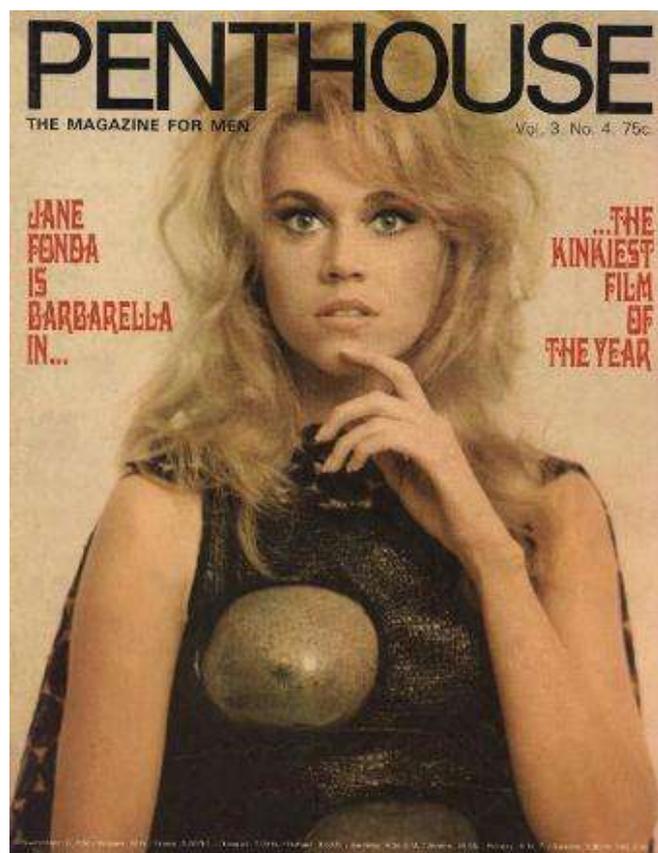
importa es que se trata de una malísima película, salvada del olvido apenas por una mitificación popular desmedida, y que desde el plano cinematográfico no se sustenta en absoluto.



Barbarella comienza su, a mi parecer, dilatada lista de errores con el más frecuente en la mayoría de adaptaciones de la literatura o del noveno arte al cine: el medio cinematográfico es un campo que poco o nada tiene que ver con los dos anteriormente mencionados, pues cada uno de ellos posee un lenguaje propio e intransferible, y lo que funciona a la perfección en un medio, no tiene por qué funcionar traspasado a otro. De ahí que las soluciones estéticas y/o argumentales que tan bien funcionan en el campo del cómic o la ilustración, se muestren fuera de lugar o directamente ridículas al traspasarlas con tanta literalidad al campo de los fotogramas. Así sucede con *Barbarella*... y De Laurentiis volvería a repetir el error años más tarde con *Flash Gordon*.

Cuando uno se aproxima por primera vez a una película como esta, uno espera

encontrar una explicación a tanta mitificación exacerbada. Pero visionándola, duele recordar que 1968 fue el año de *2001: Una Odisea del Espacio*. En absoluto no es que con ello le pida a la película de Vadim la cualidad del mejor Kubrick, pero es que hasta una serie clásica como *Star Trek*, pese a contar con medios más ajustados que el film que nos ocupa, presentaba soluciones visuales y argumentales más originales y trabajadas. *Barbarella*, por el contrario, cuenta con un trabajo de montaje y de puesta en escena directamente pedestres y dignos de la peor “serie Z”, un ritmo mal medido que la hace aburrida pasada la mitad, un tono totalmente incongruente que no parece saber posicionarse de manera clara en la comedia disparatada o en el cine que se toma en serio, y una banda sonora pop que, a pesar de lo buena que pueda resultar en escucha aislada, se convierte en un verdadero desastre a la hora de servir como acompañamiento musical de las imágenes.



Si hay algo que hace levantar la película hasta cierto punto (y aquí el uso de la palabra “levantar” es doblemente intencionado) es la interpretación de Fonda,

una auténtica belleza que doblaba a cualquiera con su presencia y con su inocente mirada. La actriz intenta, y en cierto modo consigue, introducir matices a un personaje que ya se descubre plano y mal definido desde el papel, pero a pesar del esfuerzo, ni siquiera ella es capaz de evitar que todas y cada una de las interacciones entre personajes (especialmente las conversaciones más orientadas a ser momentos supuestamente cómicos) parezcan meros descartes de las sesiones de ensayo en que los intérpretes improvisan sobre la marcha.

Así, *Barbarella* reúne todos los males y cutrerío que se atribuyen hoy en día a las típicas producciones cinematográficas de la India. Con la salvedad subjetiva, eso sí, de que como este film posee la etiqueta popular de la “mítica”, eso hace que inconscientemente se le atribuyan valores positivos donde no los hay.

Al final, machacarla (lamentablemente me estoy refiriendo tan sólo a la película) se convierte en lo más divertido de la función, pues lamentablemente, y como dice el fino y recatado dicho popular, esta película no da ni para paja.

Guillermo de la Peña. Cuando con apenas 4 años de edad (y con la ayuda de unos auriculares mayores que su cabeza) su tío le hacía escuchar discos de Vangelis y la adaptación musical de ‘La Guerra de los Mundos’ de Jeff Wayne, y contemplaba absorto imágenes relacionadas con el espacio, su imaginación echó a volar por primera vez... y nunca volvió a tomar tierra. Todo ello, sazonado con una peculiar educación cinéfila por parte de sus padres, hizo que hoy día sea el responsable del blog de cine y literatura *Peliculeros* (peliculeros.wordpress.com), y que de vez en cuando dibuje y exponga algunos de sus garabatos en *Ilustraciones Guillermo de la Peña* (www.guillermopl.com)

RICHARD CORBEN Y EL CÓMIC ERÓTICO DE CIENCIA-FICCIÓN

Texto: Josep María Prades.

Cuando se inicia en el mundo de los cómics siendo dibujante *underground* supongo que es fácil librarse de prejuicios y despojarse de cánones pasados. Corben (*Gore* en esa época) alimentó sus páginas de violencia, venganza, odio, seres monstruosos, extraterrestres, antihéroes..., sexo.

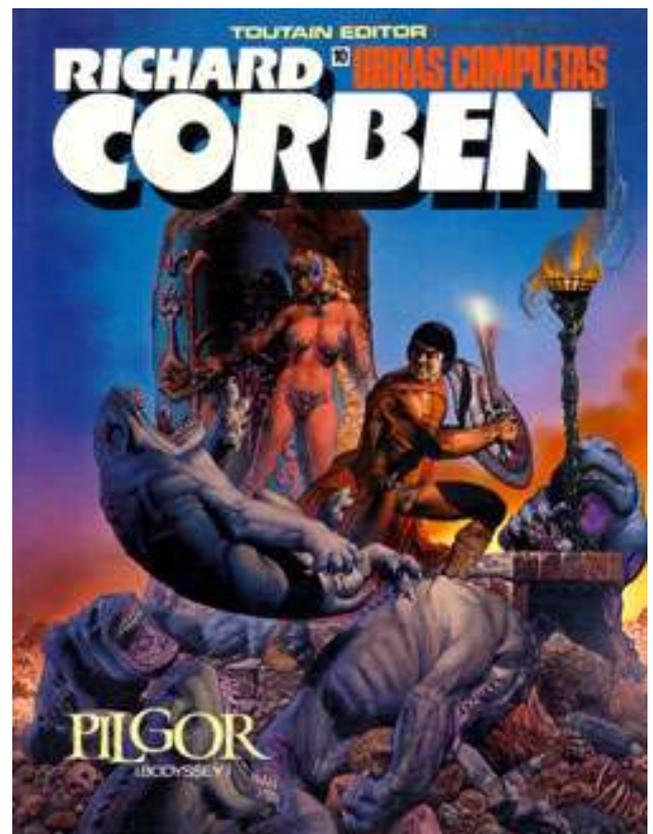


Curiosamente, liberado de tabúes, nos presentó un mundo erótico repleto de tópicos. Héroe sexuales, ninfómanas, perversos, mujeres voluptuosas, machismo... Aunque Corben no sea un machista militante sí es cierto que reflejó esa actitud ordinaria amparándose en que es algo habitual en el mundo cotidiano. Una excusa para presentarnos a las mujeres como triviales, sedientas de sexo, amantes, perversas y físicamente con grandes pechos y sin vello púbico.

Preguntado sobre el tema, el artista respondió que dibujaba el cuerpo femenino rasurado por sentido artístico. Según sus

propias palabras, en una entrevista realizada por los fans en la desaparecida revista 1984, decía que "el vello púbico es una masa amorfa que destroza la verdadera forma escultórica". Añadía que las estatuas femeninas de la Grecia clásica tampoco representaban el pelo púbico. Para terminar exponiendo que "gráficamente, este pelo oscuro, da lugar a un defecto que interrumpe un trazo grácil o pone un acento irritante donde no debería haberlo. Es costumbre de muchos pueblos primitivos afeitarse los pubis con el fin de embellecer el cuerpo. En mi caso, la omisión del pelo corporal es tan solo una leve idealización."

Esa facilidad que tiene el maestro para convencernos que todo es más habitual de lo que parece la vemos también en su justificación ante la pregunta de por qué la mayoría de las mujeres de sus historietas e ilustraciones gozan de pechos voluptuosos. Para Corben sólo se trata de estereotipos, "para diferenciarlas de los hombres" (sic).



Arquetipo o no, seguro que ese *mercado patrón* no hubiera sido igual si Bruce Jones no hubiera encontrado a la *modelo perfecta*. Karen Gilbertson puso la cara y el

cuerpo en la *trilogía del tiempo*, en el portafolios de *Pilgor*, fue *Kath en Den*, también apareció en la fotonovela *Ogre* o en la película *The dark planet*. Y sobre todo, sobre todo, Karen es/son las ocho chicas que aparecen en la ilustración *The Worm-God*, esa magnífica, sensual y erótica portada de *Corben o la ternura del monstruo* que editó Ediciones la Cúpula.

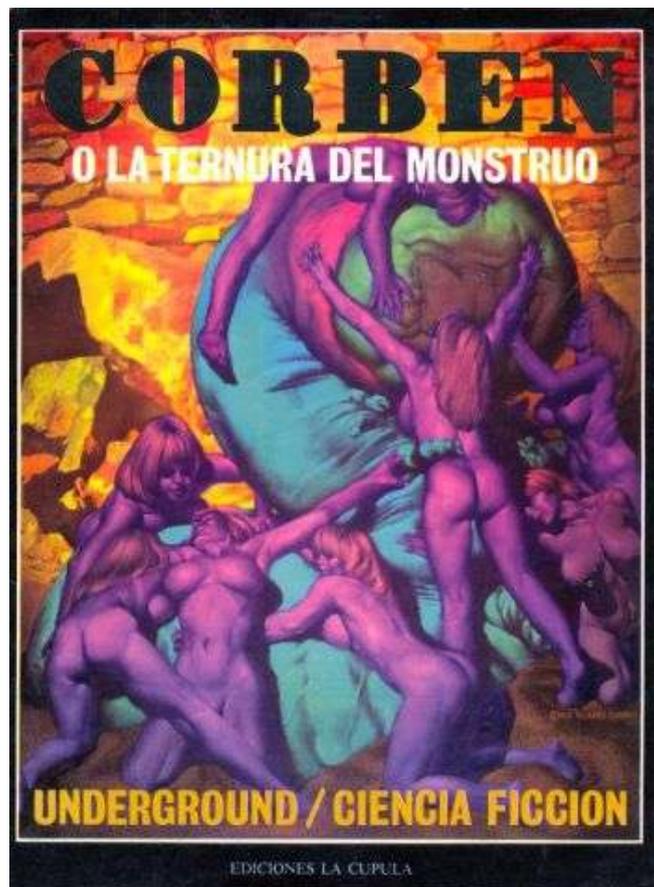


Casi desde el principio hasta finales de los 90 la obra de Corben ha estado repleta de todas las connotaciones eróticas posibles. Desde *Rowlf* a *Pilgor* pasando por la saga *DEN* ha conseguido convertir en normal, entre otras cosas, dibujar al hombre y a la mujer desnudos o con ropas extremadamente ajustadas. Todos los elementos eróticos han parecido encajar a la perfección en el estilo narrativo y visual del artista. Una impronta que desgraciadamente ha ido diluyendo los últimos años con los "encargos alimenticios".

Pero lo que hace todavía más grande el arte de Corben es la habilidad para encontrar el momento romántico. Su facilidad para la elipsis narrativa. Quién no recuerda Las miradas cómplices y avergonzadas de los protagonistas de *Bloodstar*. La ama de *Rowlf* en el estanque. El paraíso en el que parecen vivir los protagonistas de *Cidopey*. El corazón en la mano del superviviente de *In Deep*.

El lenguaje de Corben se mueve de un extremo u otro con la facilidad propia de

quién domina el género, de lo salvaje a lo tierno, de lo pornográfico a lo romántico, de lo deformado a lo bello, de lo brutal a lo humorístico. Sólo alguien que esté tocado con la varita mágica del talento puede plasmar esa inquietud erótica. Pero claro, no estamos hablando de cualquiera estamos hablando de un autor con una fuerza expresiva a la que muy pocos tienen acceso. Un genio.



Josep María Prades mantiene un blog dedicado a Richard Corben y otro a sus creaciones artísticas.

<http://elextraordinariomundoderichardcorben.blogspot.com/>

<http://artprades.blogspot.com/>

POLVO DE LUNA LLENA

Texto: Marta Martínez

Ilustración: Guillermo de la Peña

Hacía un calor insano en la habitación; estaba durmiendo, tumbada bocabajo y con poca ropa. La luz de la luna se filtraba por las rendijas de la persiana, cuando sentí que algo me olfateaba y comenzaba a lamerme el pie. La sensación era agradable y molesta a la vez, pero no lo aparté. Una nariz, fría y húmeda, olía mi tobillo, y la lengua, caliente y áspera, lamía mis dedos. Aguanté hasta que me hizo cosquillas y no pude reprimir una risilla. Ya no podía hacerme la dormida.

La lengua siguió pierna arriba y cuando llegó a la parte trasera de la rodilla algo dentro de mí se estremeció. Ya estaba a medio muslo cuando paró y noté que algo pesado se subía a la cama. Con el hocico olfateó el hueco que había entre las piernas (que fui separando lentamente para favorecer el acceso). La lengua volvió a su trabajo por encima de mi ropa interior, que comenzaba a estar húmeda.

La lengua hizo una nueva pausa y, con una suavidad pasmosa, unos afilados caninos fueron tirando de las bragas hasta liberarme de ellas, y la lengua retomó su trabajo, insistiendo cada vez más en mi sexo, hasta que no pude evitar comenzar a gemir de placer.

La lengua abandonó la zona y tras un breve, pero intenso paso por mi ano, prosiguió espalda arriba. Escuché entonces un sonido, como si alguien se chascara las articulaciones y el peso que había sobre la cama pareció volverse el doble. Hasta ese momento no me había percatado de la caricia del áspero bello sobre mi carne desnuda. La dulzura de los dientes al retirarme las bragas, se transformó en la brusquedad de unas manos que me arrancaron el top que usaba para dormir. La lengua había llegado hasta mi cuello y mi oreja.

Una de las manos se deslizó debajo de mi cadera, hasta que llegó a mi clítoris y

comenzó a masajearlo. La otra mano se aferró a uno de mis pechos y los lametones dieron paso a unos electrizantes mordisquitos por la nuca y el lóbulo de mi oreja.

Noté como un bulto carnoso se abría paso entre mis piernas y comenzaba a introducirse en mi vagina, lentamente, mientras la mano que acariciaba mi clítoris iba alzando mi cadera hasta dejarme, como se suele decir, con el culo en pompa. La mano que estaba en mi pecho comenzó a pellizcar mi pezón; lo sostenía con fuerza, pero sin llegar a hacer daño. Fue en ese momento cuando sentí la primera embestida, y luego otra y otra. La mano siguió acariciándome hasta que alcancé el orgasmo, emitiendo un prolongado gemido (mitad grito, mitad gruñido), pero las embestidas no cesaron.

Cuando note que iba a llegar a mi segundo orgasmo, las embestidas comenzaron a ir más deprisa hasta que ambos llegamos al orgasmo a la vez, formando un curioso dúo de gemidos y aullidos.

Mi amante, si es que podía llamarse así, respiraba profundamente, tratando de relajarse. Pasados unos instantes salió de mí y me volvió a depositar delicadamente en la cama. Tras otra serie de chasquidos, acabó tendiéndose a mi lado. Fue en ese momento cuando le miré; estaba sonriéndome. Vi que a penas quedaba rastro de bello en su cuerpo y salvo por el brillo de sus ojos y la largura de sus dientes nadie hubiera creído lo que allí había pasado.

-¿Te ha gustado la sorpresa? - preguntó Lucas.

-¿Va ser así todas las lunas llenas? - pregunté.

-Mejor aún- respondió.

-Pues creo que si va a merecer la pena tener un novio licántropo.

Y ambos nos echamos a reír.

Marta Martínez (Gyzma). De pequeña quería ser arqueóloga, y acabó siendo comunicóloga. ("Así me he quedado"). Cinéfila, heavy y friki. ¿Alguien da más? <http://blogs.ekaternia.es/gyzmma>



SEXO EN LA NAVE 13

Texto: Carlos Daminsky

Ilustración: M. C. Carper

Teo Maximus, el peón de mantenimiento, se frotaba las manos inquieto. De hecho se rascaba todo el cuerpo, como si estuviera infectado por pulgas mutantes. ¿Pulgas? Esos malditos seres eran extremadamente peligrosos, podían contagiar extrañas enfermedades. Además eran muy resistentes, incluso podían sobrevivir en el exterior del almacén de una nave en un viaje por las estrellas. ¡Bah! ¡A la mierda esos putos bichos! Tengo que concentrarme a lo que he venido a hacer aquí. Un mantenimiento de rutina, ¡en el puto culo de la nave! Ese jodido Capitán Abel me está jodiendo... Será hijo de... Y en aquel mismo instante tropezó con algo y cayó al suelo. ¡Oxtias! Aturdido se incorporó y quedó sentado, observando lo que había en medio del suelo enrejado. ¿Qué es eso? Cuando iba a pasar por ahí, no estaba... ¿O sí? Seguramente se lo había dejado por medio la maldita antigualla del robot de operaciones de la nave. Últimamente estaba fallando mucho. ¡Oxtias! Se levantó enfadado y fue y le dio una patada a lo que había tirado en el suelo... Y aquello se quejó. ¿Eh? Teo hizo un gesto de sorpresa. ¿Había exclamado algo? La duda quedó respondida cuando la forma, de improviso, se alzó. Y entonces el peón de mantenimiento sintió algo extraño en su cuerpo. Un calor que lo recorría de arriba abajo. Las mejillas de la cara empezaron a arderle y sus orejas se enrojecieron. Y lo peor de todo era que aquella sensación se agudizaba entre las piernas. ¿Lo peor? No. ¡Lo mejor! Porque su pene comenzaba a tener una descomunal erección, duro y tieso, abultando en su mono de trabajo verde. Y estaba empezando a ponerse cachondo. Muy, pero que muy cachondo. Sexo, sexo. Entonces aquello se aproximó y le bajó la pieza del pantalón del traje, dejando el miembro hinchado de venas al aire. A continuación, Teo se dio cuenta de que aquello era un hombre. O algo que

parecía simularlo casi a la perfección. Ya le daba igual. Luego, el extraño tipo se arrodilló y él notó como su boca le chupaba. ¡Oh, sí! ¡Qué gusto! ¡Qué bueno! ¡Qué...!

—¡Teo! ¡Teo! ¡Conteste! —el Capitán Abel llamaba por el intercomunicador al operario de mantenimiento, pero éste no respondía.

Será imbécil. Hace ya más de una hora que lo envié allá abajo, y aún no ha respondido. Seguro que está colocándose y perdiendo el tiempo.

—¡TEO!

Pero la estática era toda la respuesta que obtuvo.

—Señor, me temo que sus llamadas van a ser inútiles —dijo en aquel momento Fernanda, la copiloto y ayudante, una tremenda mujer de casi dos metros de alto y con una espalda tan ancha que parecía un armario ropero.

Joder... Espero que no haya estado jugueteando con el cargamento secreto... Pensó preocupado el Capitán Abel. Si el inútil de Teo hubiera...

—¿Y el montón de chatarra de GW?

—¿El robot?

—¡Sí, coño!

—Creo que está en su sala, recargando las pilas de energía. No sé si se acuerda señor, pero sufrió un colapso en la batería y ahora tiene que usar recargables.

—¡Oxtias! Será posible, la puta nave... Hágale venir... Necesitamos a alguien para revisar el fallo 13.

La orden entró de nuevo en su sistema, en aquel momento la energía de recarga entró en límites aceptables y los mecanismos volvieron a activarse. El robot movió sus piernas y brazos articulados y a continuación se iluminaron las ranuras rojas de visión. Nada más entrar en funcionamiento, una extraña música se coló por sus receptores, dos antenas que tenía sobre la cabeza cuadrada. Aquello lo aturdió. Efectuó varios cambios en el canal de recepción y, al fin, las interferencias se marcharon. Después, bajó del caballete en el que estaba

recargándose y desenchufó los cables conectores para las pilas de energía. Aún le faltaba bastante para estar al 100%, pero la llamada había interrumpido su “sueño”. Ordenes prioritarias. El viejo robot enchufó a *Juanito*, una simulación artificial de vida humana y ésta tomó el mando.

—Ok, ¡vayamos! —pronunció Juanito con una voz estridente, como de dibujos animados, a través del micrófono, que era una rejilla situada en la parte inferior de la cabeza del autómeta.

—Parece ser que GW, se ha conectado —afirmó Fernanda mirando el aviso del monitor.

—Estupendo —contestó el Capitán Abel.

El robot caminó por los angostos pasillos; a cada paso que daba producía un ruido metálico en el suelo de chapa enrejada. A los lados, en las paredes, había gruesas tuberías. El puesto de mando se encontraba en el nivel superior, así que debía tomar el ascensor para poder llegar. Pura rutina, pero... La música se coló de nuevo por sus sistemas de recepción.

—¿Pero qué es eso? —se preguntó Juanito. Y entonces....

—Es *Seek and Destroy* de Metallica —dijo Teo saliendo de su escondite en una esquina.

—¡Oh... oh...! —exclamó Juanito.

—¿Adónde vas, GW?

—Me han llamado del puesto de mando...

¿Tú no deberías de estar revisando lo del fallo...?

—Ahora mismo iba...

Y Teo, sonriendo malignamente, le mostró su cuchillo-láser.

—Joder... ¿Qué es esa maldita música? —preguntó el Capitán Abel.

—No lo sé... Se ha colado por el transmisor

—respondió la ayudante Fernanda.

—¿Y el puñetero robot?

—Ha desaparecido del monitor.

—¿Qué...?

—Se ha perdido la señal.

—¡Apague eso!

—¡AHHHHH! ¡AHHHHH! ¡AHHHHHH!

Los gritos resonaban en los estrechos pasillos. GW yacía desguazado en el suelo y Teo había cogido un brazo articulado del autómeta y se masturbaba con él, metiéndoselo por el culo, mientras se contraía presa del placer. Su mente estaba más allá de toda razón.

Y a su lado había un ser andrógino que le observaba con sus ojos nacarados. Entre las manos barajaba un mazo de cartas y en la parte baja de su entrepierna se agitaba un largo apéndice en forma de aguja.

—¡Estupendo! —dijo aquello y desconectó el emisor de música orgánico integrado en el cuerpo.

—¡AHHHHH! ¡AHHHHHHHHHH!

¡Me cago en todo! La puta Empresa Naschy... Por abaratar costos había dotado a la nave *Pingüino Loco II* del personal mínimo. Contándole a él, eran solamente cuatro personas para un armatoste de 500.000 kilos, lleno de remiendos y que tenía más de quince años de antigüedad. Pero los créditos son los créditos... Y él pensaba retirarse muy pronto a una parcela que tenía en el planeta *Symcrania*. Sí, dos o tres viajes más y tendría el dinero suficiente... Ay, si no le hubieran pillado con contrabando en la otra empresa de vuelos espaciales para la que trabajaba. ¡Oxtias! Y ahora que quedaban apenas una hora y media para llegar a destino, Puerto Desolación, la cosa se estaba complicando. El peón de mantenimiento, desaparecido. El puto GW, desaparecido... Los sistemas del circuito de cámaras internos, no funcionaban. De hecho no lo hacían desde el despegue... Y los víveres que transportaban, era una penosa tapadera... La tripulación eran unos...

—¿Señor? ¿Qué hacemos? —preguntó Fernanda, interrumpiendo los pensamientos del Capitán Abel.

En aquel momento, él miró el bigote que se marcaba bajo la nariz de la mujer y después se frotó los ojos, cansado.

—El fallo 13 parece persistir.

—Ya lo sé... Ya lo sé... ¡YA LO SÉ!



M. C. Carper

El capitán comenzaba a ponerse nervioso.

—¿Y a todo esto, qué es el fallo 13? —Abel ni siquiera se había molestado en saber qué era. Aquello era trabajo de mantenimiento. ¡Por supuesto! Aquel código que había aparecido en la pantalla era nada más que pura rutina que ni le interesaba.

—Eh... señor... Creo que significa que... Hay personal a bordo no autorizado... Pero ya sabe, el ordenador de a bordo es una antigualla, como toda la nave. Debe de tratarse de algún error, seguro.

Y el Capitán Abel empezó a sudar copiosamente.

Nave Pingüino Loco II, unas horas antes de partir con destino Puerto Desolación (Planeta Kralibian).

Vaya puta mierda de trasto, se dijo el Capitán Abel mirando la vieja nave que descansaba en el cochambroso hangar. A continuación se frotó la cabeza, mareado. El cráneo le daba vueltas a consecuencia de la resaca de alcohol hidrogenado que había estado bebiendo en un antro de mala muerte la noche anterior. ¡Oxtias! Cada vez me estoy haciendo más viejo, ya no aguanto nada. Bueno, voy a ver si pongo mi mente en orden porque si no esto va a ser una puta mierda...

La llamada le había llegado precisamente la noche anterior, mientras ahogaba sus penas en el alcohol. La depresión es lo que tiene, si le das juego te hunde más. Y cuando ya no estaba para mucho, su pequeño portátil de pulsera se iluminó con su tono rosado. ¿Quién sería?

La verdad, es que no recordaba mucho de la conversación... Un tipo de una tal Empresa Naschy necesitaba de alguien para tripular cierta nave y parecía que iba a pagar bien. Abel, no podía negarse. Se estaba quedando sin blanca y eso no era nada bueno. Así que, con la lengua enredada, dio un sí.

¿A qué hora había quedado? A las siete o a las ocho. Aquello se había perdido entre sus neuronas desquiciadas. El hangar parecía

solitario y silencioso. Apenas iluminado por unas cuantas luces auxiliares. “Espero que esto no sea una broma pesada porque si no...” De repente, la luz de una ventanilla se iluminó. “¿Había alguien allí? Voy a acercarme”.

El Capitán Abel ajustó su traje plateado y se aproximó. Nada más llegar, una puerta se abrió levemente como invitándole a entrar. “Bueno, para dentro, a ver qué pasa”.

El interior era un pequeño cuarto, en el que había alguien tras una mesa, pero del que sólo se intuía su silueta, ya que un foco que iluminaba hacia delante impedía poder verlo bien.

—Capitán Abel, me satisface que haya venido. No tiene usted muy buen aspecto —dijo la voz.

—Ejem... Esto... Bueno, ayer estuve haciendo unas cosas... —respondió disimuladamente.

—Bien. No me importa. ¿Quiere que hablemos claro?

—Por supuesto. —Abel, intentó discernir quién había tras la mesa haciéndose sombra con una mano; pero tan solo percibió una silueta... amorfa.

—¡Capitán! Deje de fisgonear y atienda. Tengo, digamos, ciertos informes sobre usted. Graduado en la prestigiosa escuela de pilotos Portal Espacial, una hoja de vuelos extensa e intachable hasta que...

—Por favor, puede saltarse eso e ir al grano.

—Como quiera... Bueno, los informes, si le parece bien, los consideraré minucias.

—Me parece perfecto.

—En fin, usted sabe que ya no tiene muchas opciones de que ninguna compañía de vuelo le contrate... Así que le propongo un trato extraordinario. Más bien diría yo que no lo puede rechazar.

—¡Al asunto! ¿Qué tipo de contrabando?

—Así me gusta, señor Abel, con energía... con energía...

Se estaba masturbando, en su escondite, para pasar el rato, cuando vio llegar el convoy de camiones oruga. El capitán dejó lo que tenía entre manos y se puso en los

ojos su prismático visor. Los vehículos se detuvieron al lado de la rampa de la nave e inmediatamente un grupo de esbirros vestidos con trajes de aislamiento anaranjados tomó posiciones con sus rifles de asalto. Después otro grupo empezó a descargar metódicamente un montón de cajas herméticas de aluminio. “Bueno, bueno... Esto se pone interesante”. Los camiones descargaban su cargamento y desaparecían rápidamente para dejar paso al siguiente. “Bien... Bien,... ¿pero qué oxtias es eso?” Y Abel reguló la calidad de la visión para poder ver mejor. Había llegado un último camión que era diferente al resto. Era más grande, de color opaco y parecía disponer de un armazón ultrablindado. “¡Ajá! Ya sabía yo que había gato encerrado aquí. ¡Je, je!” Un brazo articulado se movió en la parte superior de la caja del camión y extrajo un contenedor que despedía briznas de vapor. “¡Joder!” La grúa lo dejó en el suelo y a continuación un vehículo elevador lo recogió y lo introdujo en el interior de la nave. Después todo el convoy y los esbirros desaparecieron silenciosamente.

El capitán sonrió. Ya tendría tiempo después de hacer una visita a las bodegas. Oh, sí. “En fin, voy a continuar con lo que estaba haciendo”. Y justo en aquellos momentos:

—¿Capitán Abel?

—Eh... sí... sí. Soy yo —se subió la bragueta y disimuló.

—Soy su ayudante de vuelo, señor —y alguien salió de entre las sombras haciendo un gesto con las manos.

—Oh, vaya. Encantado —y el capitán le ofreció la mano.

—Eh... sí... tanto gusto. Ejem.

Abel retiró la mano, mientras le lanzaba una sonrisita.

—Ah, vale. Usted debe de ser Fernando, ¿no?

—Fernanda, señor.

—¿Cómo?

—Auxiliar de vuelo Fernanda para servirle.

Y el capitán se dio cuenta que el tipo con el que estaba hablando era en realidad una mujer.

—Ah, perdón. Disculpe, ha sido un malentendido.

—La nave debe de partir dentro de media hora. Sugiero que entremos y pongamos en marcha el protocolo de despegue.

—Ah, sí, sí. El protocolo —Abel se quedó unos instantes con la mirada perdida, pensando en aquella mole de mujer que le hacía empequeñecer a su lado—. Pongámonos en marcha.

Mientras caminaban hacia la nave la inmensa mujer le preguntó:

—¿Tiene usted mucha experiencia?

—¿El qué?... Yo... Sí, sí. Bastante.

Y después no intercambiaron ni palabra hasta que llegaron a la puerta de la entrada de la nave de carga. Allí, uno a cada lado, estaba el resto de la tripulación. “¿Dos? Esto comienza mal... Y qué dos...”

Uno era un arcaico robot que parecía una lata cuadrada. El otro era un tipo de mantenimiento. Tenía el rostro blanco y mostraba unas pronunciadas ojeras; y, para completar su rostro de poca confianza, llevaba una desaliñada barba que se contraponía con su cabeza calva y reluciente.

—Buenas tardes, capi. Me llamo Teo —dijo jocosamente—. La tripulación del Pingüino Loco II le recibe y se pone a su disposición.

—Buen... as... tar... des... tar... des... —dijo el robot, que utilizaba un programa de simulación para poder hablar que parecía fallar.

—Son las pilas —dijo Teo.

El Capitán Abel se llevó las manos a la cabeza. Sin saber cómo, la resaca se le había ido de golpe.

Las pulgas mutantes que habían estado chupando la sangre de Teo a través de la piel se inflaron de hemoglobina contaminada; y enseguida, sus pequeños metabolismos empezaron a reaccionar descontroladamente. Las ansias de apareo empezaron a dominar todas las funciones primarias, y en aquel estado alterado

abandonaron el cuerpo del hombre, saltando al suelo. Y allí, se persiguieron unas a otras, intentando copular desesperadamente. Confusas, cayeron por una rejilla hasta dar con un largo cable de fibra óptica...

Yamalkaroth, el ser andrógino, se llevó un dedo morado de su mano tridáctil, y contempló sonriendo cómo el humano se revolvió en el suelo mientras se sodomizaba con el brazo del robot desguazado. De su culo, un enorme borbotón de sangre iba saliendo y manchando el suelo metálico. No se detendría, él lo sabía. Ahora el placer sexual le dominaba tanto que ni tan siquiera sentía dolor. Aquella escoria no pararía de clavarse el improvisado consolador hasta la muerte.

¿Acaso pensaban que aquel cubo en donde lo habían encerrado iba a ser suficiente? ¡Necios! La raza humana era una pandilla de estúpidos. Y aquellos magnates de Empresas Naschy todavía más. ¿Qué se proponían? ¿Convertirlo en un cobaya? ¿Experimentar con sus fluidos vitales, que al parecer eran afrodisíacos? Ignorantes engreídos... Sinceramente, él se había dejado atrapar en aquel satélite de Symcra. Los humanos eran una raza muy inferior, presa de sus instintos básicos, y además, con una codicia que no tenía límites; lo cual era muy bueno... Si se miraba detenidamente, eran muy fácilmente manipulables. ¡Y eso era realmente bueno!

El humano pataleó unos instantes y después quedó tendido, inerte. Aquel ya estaba fuera de combate. Después, la extraña criatura puso su atención en el mazo de cartas que había sacado de una caja acorazada de la bodega. Aquello también debía de ser parte del contrabando que portaba la nave. Fue pasando una a una toda la baraja, mirando las extrañas imágenes, hasta que se detuvo en la última. La imagen le llamó la atención, en ella estaba escrita la frase LOS ENAMORADOS y había dibujado una especie de cupido que apuntaba con su arco a un trío de personas que parecían estar dándose amor mutuamente. ¡Vaya, vaya! A continuación el alienígena, ya aburrido de las cartas, tiró al suelo el Tarot.

Bien, es hora de sintonizar otra canción. Aquella música humana le agradaba. Era lo único que le gustaba de aquella escoria. Y a lo largo de los siglos la había ido captando de los satélites de comunicaciones y grabando en su organismo. Ummm... Sí... Pondré esta.

—Señor, sería mejor que pidiéramos ayuda a la base —dijo Fernanda.

Aquello no le gustaba para nada al Capitán Abel. Era lo mismo que reconocer que era un inepto, y eso no era nada bueno para su futuro inmediato. ¡No le iban a contratar en ningún lugar! Por otra parte, debido al tipo de carga que portaban, había que ser lo más discreto posible. Las comunicaciones podían estar interferidas por empresas rivales, que podían estar al acecho, esperando cualquier problema para...

Abel cerró los ojos y suspiró. Se lo pensó dos veces y luego dijo:

—Está bien, nos pondremos en comunicación.

—Muy bien, capitán.

“Esto se me está escapando de las manos. ¡Maldita sea!”

—Aquí Pingüino Loco II, a base Naschy. Aquí Pingüino loco, a base Naschy. ¡Contesten!

Y entonces, la música brotó interfiriendo por los intercomunicadores.

—¡Otra vez la mierda esa! —exclamó Abel.

—Sí, señor. No deja establecer comunicación.

—¿Pero de dónde viene?

—No tengo ni idea, a lo mejor hay algún satélite artificial que está emitiendo cerca de aquí.

—Eso es imposible, esta ruta no es... comercial.

—¡Apague eso, ya!

—A la orden — Fernanda cortó las comunicaciones y la extraña música desapareció.

—¡Por Dios!

—Señor, esa música me recordaba a las canciones clásicas de la antigua Tierra. Ya

sabe el rock, el pop y esas cosas.

—¿Esa basura? Pues seguramente lo sea, por la manera de sonar...

—¿Señor?

—¿Qué?

—Estamos en un serio aprieto.

—No me joda, Fernanda.

Y la ayudante de vuelo le miró fijamente.

—Eh... Esto... No... Bueno, que vamos a tener que mirar las bodegas nosotros mismos.

—¿Y dejar en piloto automático este cacharro?

—Pues no queda más remedio.

—Señor, ¿y si nos quedamos aquí en el centro de mando? Por lo menos estaremos seguros.

El Capitán Abel sopesó la posibilidad. Por un lado sería lo mejor, pero por otro... Si le pasaba algo a la mercancía, se la iba a cargar. Entonces recordó cuando estuvo figoneando en la bodega. Aquella caja grande hermética negra no le gustó nada; y menos cuando al tocarla algo hizo vibrar las paredes como respondiendo. Alucinaciones, pensó.

Y el ordenador de vuelo, que tan solo funcionaba hasta ese momento con los sistemas básicos, pareció recuperar otras funciones que habían permanecido detenidas.

—Fallo 13, fallo 13. Una hora desde su activación. No resuelto. Aplico protocolo establecido y detengo la nave.

—¿Eh? ¿Pero qué dice esta mierda de ordenador?

—Capitán, está aplicando las funciones de seguridad...

—Ordenador, no puedes hacer eso. ¡Aquí mando yo! Te ordeno que prosigas al rumbo establecido.

—Lo siento, señor. Las órdenes son claras y taxativas. Yo tengo prioridad en este caso, Ley de Seguridad en el Trabajo 69.

—¡NO!

Pero la pesada nave ya se estaba deteniendo sin remedio.

—Hasta que el código 13 no sea solucionado, esta nave permanecerá a la espera. Espero no causar demasiadas molestias.

—Fernanda, ¿y no hay manera de desbloquear el maldito código de fallo?

—Yo no lo sé, capitán.

Abel fue al monitor en el que se mostraba, parpadeante, el error, y empezó a golpearlo con los puños desesperadamente.

—¡No haga eso, señor! ¡Tranquilícese!

—¡Maldito ordenador! ¡No pares la nave! ¡No la pares!

Y Fernanda, en vista de que el nerviosismo del capitán podía causar alguna otra avería, se lanzó sobre él y le hizo una llave inmovilizadora. Bajo el peso de la fornida ayudante, Abel pudo oler el tufo que despedían las axilas de la mujer y se las imaginó llenas de tupido vello.

—Levántese capitán —dijo Fernanda extendiéndole la mano.

—¡Déjame a mí! —y Abel se alzó por sí solo.

—Sugiero que vayamos a comprobar las bodegas.

—Está bien... Está bien...

Las pulgas mutantes, bajo el efecto de la hormona sexual, se habían apareado descontroladamente y después sus organismos habían sufrido otra aceleración metabólica... Empezaban a reproducirse geométricamente... Y en aquel estado alterado, la plaga comenzó a mordisquear peligrosamente todo lo que había a su lado...

El capitán y su ayudante tomaron el ascensor y descendieron. Abel empezó a sudar copiosamente. Fernanda tenía la vista perdida.

—Señor, estoy asustada — dijo ella.

Aquel comentario le preocupó mucho al Capitán Abel.

—Mira, Fernanda... Hablemos claro... Estamos de mierda hasta el cuello. Esta nave oficialmente no existe, así que estamos

jodidos. Tenemos que solucionar esto como sea, nadie nos va ayudar. Los hijos de puta de Naschy se van a lavar las manos si pasa algo. Así que...

—Capitán —dijo ella alzando la vista y fulminándolo con la mirada—, eso ya lo sé... Y sé también lo que lleva esta maldita nave...

Y entonces, Fernanda hizo presa con sus grandes manos en el cuello de Abel y apretó con saña.

—¡Agggggg!

Yamalkaroth miró por la ventanilla. Millones de puntos luminosos se extendían por el espacio exterior. Después, se palpó el apéndice que tenía entre las piernas y tuvo alucinaciones. Por momentos perdió el control sobre sí mismo. La excitación se estaba apoderando de su cuerpo, amenazando con desestabilizarle. Intentó no dejarse llevar y luchó, procurando inhibir las hormonas sexuales. Pero aquella vez el flujo había ido demasiado lejos y algo ascendió rápidamente por el apéndice, que se retorció sin control, y, a continuación, un líquido brillante salió expulsado... Las hembras le miraron con atención, bajando las cabezas triangulares con un ojo abovedado. Medían varios metros más que él. Pero a Yamalkaroth no le atraían sus extraños rostros, no. Lo que él contemplaba era lo que tenían en la parte baja de sus abdómenes anillados. Eran enormes vaginas húmedas y chorreantes... Y la ansiedad sexual desbocó su mente y se lanzó excitado dispuesto a aparearse. Las fabulosas hembras le lanzaron zarpazos con sus largos brazos repletos de protuberancias fosforescentes; pero él esquivó los golpes con agilidad y sin pensárselo clavó el apéndice en la entrada del sexo de la primera que tuvo a mano. El gusto fue inmediato y sus ojos se dilataron extremadamente. El placer era fuego que ardía por todo su interior, pero entonces fue lanzado por el aire y despegado en seco de la cópula. Cayó al suelo y después fue arrastrándose hacia atrás varios metros hasta detenerse... Aturdido, vio a las

hembras aproximarse; iban a comérselo.

El Capitán Abel consiguió, con gran esfuerzo, propinar un puñetazo en la cara de la ayudante de vuelo; y entonces un trozo de piel se desprendió, dejando a la vista algo brillante. Ella aflojó la presión de su cuello y él pudo exclamar:

—¡Maldita puta!

—Señor... Usted se ha convertido en un peligro en todos los sentidos para esta misión, así que no tengo más remedio que eliminarlo. No se lo tome a mal, son órdenes y yo tan solo las cumplo.

—¡Me cago en todo...!

Y las manos de Fernanda volvieron a apretar con fuerza y Abel ya no pudo respirar. Sus pulmones se quedaban sin oxígeno y en aquel instante pensó que su ansiado retiro iba a ser forzado...

Yamalkaroth despertó de la alucinación. Estaba tirado en el suelo, en un charco de líquido viscoso, aturdido. Se incorporó y sonrió. Sus propias hormonas sexuales estaban comenzando a escapar de su control, el metabolismo estaba produciendo cantidades excesivas y aquello le alteraba completamente. Sin duda algo iba mal. Se conectó una canción de Guns N' Roses para relajarse...

El androide XTZ, anteriormente conocido como Fernanda, soltó el cuerpo de Abel y éste cayó inerte al suelo. Contempló unos instantes el cadáver flácido del capitán y luego le propinó una fuerte patada para asegurarse de que estaba muerto. Perfecto. Ahora debía continuar la misión; todo al parecer marchaba según lo previsto. El alienígena se había escapado de su jaula y seguramente su cuerpo empezaba ya a sufrir reacciones debido al ambiente rancio de la nave. Conectó su escáner de búsqueda al ordenador de la nave, que él había estado saboteando a conciencia, y enseguida halló el punto parpadeante que marcaba dónde estaba su objetivo. A por él, pero antes... Se desprendió de la piel perfectamente simulada, como la muda de una víbora, dejando a la vista su reluciente

exoesqueleto metálico. Los ojos rojos brillaron.

El alienígena contempló cómo el ascensor se detenía y después, al abrirse la puerta, una figura de metal apareció en el umbral.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

El androide no respondió y con rápidos movimientos se abalanzó contra él, cogiéndole por sorpresa y sin permitirle reaccionar... Pero en el último momento dio un salto ágil y pudo escapar de las manos en forma de tenaza, que amenazaban con cortar el miembro.

A continuación, las tenazas del androide se transformaron en dos enormes pistolas y después disparó a quemarropa. Las ráfagas de rayos anaranjados iluminaron su exoesqueleto.

Yamalkaroth fue acribillado y cayó al suelo lleno de agujeros humeantes. La muerte le llegaba rápidamente, pero antes de dar el último suspiro le dio tiempo a conectar en su emisor orgánico una canción de Iron Maiden. Cuando empezaban a sonar las primeras notas, falleció definitivamente sufriendo varias convulsiones.

XTZ, inmediatamente, emitió una orden a la base Naschy dando a conocer su éxito en la misión. Objetivo cumplido. Después, fue hasta el alienígena y transformó una mano en una gruesa aguja que hincó en su cuerpo. Perfecto. Ahora ya tenía el elixir sexual. Y en aquellos momentos algo sucedió. La nave comenzó temblar extrañamente y a tornarse inestable.

—¡Peligro! ¡Peligro! Fallos múltiples integrados. Sistemas de control dañados. Desperfectos críticos —las alarmas habían saltado.

Las pulgas mutantes se habían comido literalmente todos los cables de comunicación de la nave, provocando importantes defectos que habían producido descargas eléctricas. Inmediatamente esto produjo una reacción

crítica en cadena que había aumentado la temperatura descontroladamente y las explosiones empezaron a detonar. La nave iba a desintegrarse en minutos.

Entonces, el androide se transformó. Toda su estructura se replegó y fue encajándose, hasta formar una caja cuadrada blindada.

Después llegó la enorme explosión y la caja fue lanzada hacia el espacio. Intacta... Ya llegaría a algún lugar, era cuestión de tiempo.

Carlos Daminsky. Escritor y poeta autodidacta, nacido en Alcoy, provincia de Alicante (España). Confiesa estar influenciado por autores clásicos y modernos. Desde Homero a Henry Millar, además de por la Ciencia-Ficción, los medios audiovisuales y el comic. Ha publicado un poemario junto con Javier Arnau en la editorial Eridanos (Alfa Eridiani) llamado "Paraísos Cibernéticos" <http://eridano.alfaeridiani.com/>. Este año 2010 ha sido finalista a los Premios Ignotus, de la Asociación de Ciencia Ficción española, a la mejor obra poética por "Emociones Plasmáticas". En números anteriores, Carlos ya ha aparecido con alguna colaboración. Actualmente, dirige *Albis Ebooks*, y la revista *Albis Off*.

M.C. Carper. Escritor e ilustrador argentino de Ciencia Ficción. Ganador del primer premio y el accésit en el rubro ilustración del PíEE 2009. Realizó el comic biográfico de AC/DC y un comic book sobre el Inner Circle, Los Maestros del Caos. También para la editora inglesa Time Bomb Studios. Ha participado en Alfa Eridiani, Forjadores, Axxón, NM, Planetas Prohibidos y miNatura. Ilustró "Escultores de Hombres de Claudio L. Anaya y el DUENDE de Ramón San Miguel Coca. Es el autor de la saga de *space opera* "Enfrentamientos de los Dioses" y de las aventuras apocalípticas de "Sálvat, el Nómada". En 2011 publicó la novela gráfica *Mortal Zombie*, mientras preparaba la edición de "LA Biblia Negra del Rock" sobre los principales intérpretes del heavy metal y la versión en historieta de Sálvat. Se dedica a crear sus propios comics.

A romantic scene between two women in space. They are shown from the waist up, embracing and kissing. The woman on the left has long dark hair and a tattoo on her upper arm. The woman on the right has dark hair and a tattoo on her shoulder. They are set against a vibrant space background with stars, nebulae, and planets. The text 'JAVIER FERNANDEZ BILBAO' is at the top, and 'NADA NUEVO BAJO EL DOBLE SOL' is at the bottom.

JAVIER FERNANDEZ BILBAO

**NADA NUEVO BAJO
EL DOBLE SOL**

NADA NUEVO BAJO EL DOBLE SOL

Texto: Javier Fernández Bilbao

Ilustración: Pablo Uría

Comunicado de la Fundación Valentina Tereshkova a sus afiliadas:

Hoy es un día muy especial; una fecha largamente esperada por todas nosotras. Por fin se aprobó una resolución que atiende buena parte de nuestras reivindicaciones, en base a un derecho de la mujer que no se contemplaba en los estatutos de navegación aerospacial.

Tras intensos debates y reiteradas discusiones, el presidente de la corporación ha anunciado al consejo la derogación de los artículos 1º y 2º de la ley 75 / 2060. Todo se resolvió con un porcentaje de votos a favor del 65%.

A partir de este momento podemos anunciar lo siguiente:

Cualquier mujer que ejerza trabajos en la ISS y quede embarazada, se hallará plenamente habilitada para continuar su labor profesional, si así lo desea. Y no solo eso; también podrá formar parte de cualquier tripulación, sea el destino que fuere. Por tanto, ya no tendremos que padecer la injusta ley que nos retiraba temporalmente del servicio activo, y obrando una baja materna obligatoria. En consecuencia, tanto la estación orbital, como cualquier vehículo espacial de largo alcance, deberán acondicionar un lugar específico y debidamente preparado para que una mujer astronauta pueda dar a luz sin problemas. Se da por supuesto que el personal médico deberá estar cualificado para atenderlas, antes y después del parto. Además se contempla que la madre pueda dedicar la mitad de su tiempo a las labores maternas sin pérdida alguna de emolumentos.

Por de pronto, desde la AMIT (Asociación de Mujeres Investigadoras y Tecnólogas) creen que se ha dado otro gran paso adelante, aunque todavía queden escollos por salvar en esa larga carrera que mantenemos por alcanzar la igualdad de derechos entre sexos dentro de nuestra profesión. De momento nos podemos sentir muy satisfechas, aunque

más adelante presentemos nuevas enmiendas a la ley para intentar obtener algunas cosas que se han quedado por el camino. No descartamos que, en un futuro, por fin se consientan uniones civiles en travesía, o que nuestros hijos e hijas se encuadren también como astronautas y puedan acogerse después a una pensión compensatoria.

Conforme tengamos más noticias, os iremos ampliando esta información. No obstante, tenemos prevista la celebración de una asamblea extraordinaria para tratar el asunto en profundidad y poder atender todas vuestras dudas.

Un cordial saludo para todas.

Departamento de recursos humanos de la nave de carga Scorpi.US. Notificación interna:

Ponemos en vuestro conocimiento que dos miembros de la tripulación, acogiéndose a la ley 75-2/ 2060, han trasladado al comandante su deseo de contraer nupcias, y a tales efectos piden que se oficie una ceremonia civil. Por la presente queda hecha la proclama de anticipación correspondiente a Nicole Meyer y Emily Barrett. Quedamos a la espera únicamente de convenir una fecha y hora acordes con el horario de trabajo.

Los estatutos establecen cinco días de permiso matrimonial. También dictan que sus turnos se dividirán en horas de suplencia, y que serán repartidas equitativamente entre los miembros del equipo que ostenten el mismo rango, o uno inmediatamente inferior. En breve se confeccionará una lista donde quedarán asignadas las horas extras que han de corresponder a cada cual.

Gracias por vuestra atención.

12-16-2076—Scorpi.US Human Resources Department

Nota del delegado de la Unión Sindical de Astronautas de la Scorpi.US:

Compañeras y compañeros. Como se votó en la asamblea extraordinaria que tuvo lugar el pasado día 18, hemos trasladado a la capitán una queja formal explicando el porqué nos parece abusiva la aplicación de las horas de suplencia. Como ya sabéis, lejos de seguir

criterios de equidad, hacen recaer dichas horas en un rango de oficiales determinado. Concretamente estamos hablando de cinco personas, que deben ampliar sus turnos tres horas o más al día, durante la próxima semana, para compensar las bajas.

Os recuerdo que Emily Barrett es nuestra ingeniera jefe de telecomunicaciones, y quieren que sus horas se prorrodeen exclusivamente entre sus dos subordinados, alegando que este trabajo requiere necesariamente a dichos especialistas. Por su parte, Nicole Meyer ejerce labores de mantenimiento, un trabajo de menor cualificación para el que ya existen suficientes suplentes. Sin embargo, subrogan las horas específicamente hacia tres compañeros, y seguimos desconociendo los criterios que han seguido para adjudicarlos este sobreesfuerzo.

No creemos que actualmente haya una carga de trabajo tan considerable como para hacer las cosas de este modo. Aún faltan ocho días para alcanzar *HD- 147513b*. Estamos seguros que, si ellos quieren, no tendrán problemas para repartir esas mismas horas entre toda la tripulación, de modo que cada uno de nosotros sólo tendría que ampliar una hora más su respectivo turno. No obstante, dependeríamos de su buena voluntad para replantear el reparto de horas. A efectos legales, no hay nada que podamos hacer al respecto, salvo protestar. Si no plantean otras alternativas, o lo justifican con algún razonamiento coherente, ya conocéis que tenemos el derecho de acogernos a una huelga de media jornada por turno. Este tipo de protesta sólo se permite en travesía, siempre y cuando la ruta no esté comprometida, o por encima de *LERTCON 4*. Y siempre hay que respetar los tres días que preceden a alcanzar una órbita. Por tanto, creo que queda suficiente margen de tiempo para que nos comuniquen su respuesta. Quedamos entonces a la espera.

R. Jenkins

12-21-2076—S.S.A.A

Mensaje especial publicado en el panel informativo de la Scorpi.US:

Nos complace informaros a todos, que nuestra compañera Emily Barrett ha dado a luz

hace unos pocos minutos. Ha sido niña, y ha pesado tres kilos ochocientos gramos. Todo ha salido bien —según nos informa el Dr. Robinson—, y tanto la madre como la hija se encuentran perfectamente. Su esposa las acompaña en este instante.

Nicole ha tenido un momento para trasladaros este mensaje en nombre de las dos:

“Queremos expresar nuestra gratitud por todas las muestras de cariño recibidas; también por vuestra paciencia y comprensión; y además, animar a aquellos que dijeron que iba a ser niño en sus apuestas ;)

Emily descansará un par de días, y nuestra niña (Cynthia), dadas las especiales circunstancias del parto, pasará la noche en observación. Tranquilos, está fenomenal. Además es guapísima. Ya la conoceréis.”

Para nosotros es un orgullo anunciar que celebramos el nacimiento del primer ser humano nacido fuera de la Tierra. Por tanto, el nombre de Cynthia Barrett-Meyer ha de quedar grabado para las generaciones futuras como símbolo e hito de la conquista humana.

Asimismo tenemos la obligación de transmitir que, a partir de dicho trámite legal, Emily Barrett deberá ceder a su cónyuge la mitad del tiempo estipulado a los cuidados maternos. Ello implica que deberán alternarse dichas labores, no pudiendo coincidir salvo en los pertinentes días de descanso. Se ajustará un nuevo horario que haga compatibles sus correspondientes turnos en base a lo que dicta el vigente convenio laboral.

Nuestra enhorabuena a las tres.

Merry Christmas!

***i-Morse* privado de Emily Barrett, incluido en un *RWPiCP* enviado a la Tierra:**

<Enter message>

Querida familia:

¡Tengo tantas cosas buenas que contaros y tan poca memoria de emisión para incluirlas! Os echo muchísimo de menos, y a pesar de la inmensa distancia, siento con fuerza vuestro cariño. De alguna manera os tengo a mi lado. El abismo que nos separa no es nada para nuestros corazones.

Agarraos fuerte:

¡Ya soy mamá! Dadle la noticia a quien vosotros sabéis. Se llama Cynthia. Papá, eres abuelo de una preciosa niña. Tiene los ojos claros, como tú. Una ricura. Es una lástima que no pueda incluir una fotografía en el mensaje, pues agotaría todos los *kb* que me corresponden. Cuando os llegue el mensaje, probablemente estará intentando dar sus primeros pasitos. La nave es muy grande, y cuando crezca tendrá mucho espacio para corretear. No habrá más niños para jugar (eso es lo malo), pero espero que alguna otra compañera se anime en lo que queda del viaje. No os preocupeis. Grabaré todo lo importante para que no os perdáis nada.

Tengo que daros otra gran noticia. Espero que os lo toméis bien... Sé que quizá no es lo que hubieseis querido para mí, pero también estoy segura que ante todo deseáis mi felicidad. Y lo soy, mamá; muy feliz, papá. Os lo aseguro.

Me he casado. Es una mujer estupenda. Me quiere mucho, y yo a ella. Trabajamos en niveles separados. La conocí poco antes de embarcar, durante las pruebas de preselección. Es canadiense, quizá eso os consuele. Decidle a Bob que lo siento. Sé que él siempre estuvo a mi lado, pero yo nunca me vi ni como señora de McAllister, ni de ningún otro. Espero que lo entendáis. Él lo sabía. Vosotros también.

Aquí estamos bien, muy emocionados. A punto de llegar a nuestro destino. La estrella doble que dirige estos mundos nos alumbraba con fuerza, justo ahí delante. Pasado mañana, si la deceleración va como hasta ahora, entraremos en la órbita de *Primoris Fatum*. Daremos la bienvenida al nuevo año en otro sistema solar. Imaginaos como estamos de nerviosos y excitados...

Insisto: no os preocupéis. Si, ya sé que fui muy tozuda. Pedir a unos padres que aguarden con resignación y paciencia una separación de ocho años, es difícil. Ya me conocéis. Tenía una oportunidad y no podía dejarla escapar. Pensad que con nuestro salario, cuando regresemos, podremos pagarnos algo más que una buena casa y un coche lujoso (no hay mejor lugar que este para ahorrar)... De momento quedaos con la idea de

que estoy disfrutando una luna de miel como nadie ha tenido jamás.

<Next memory limit>

No tengo mucho más espacio para escribiros. La señal debe portar un montón de información codificada de viaje para allá. Os quiero mucho. Cuatro años más, y estaremos todos juntos. ¿Cuatro años? ¡Si eso no es nada! El intervalo de unas olimpiadas a otras. Ya ves tú qué cosa...

Un fuerte abrazo de vuestra hija, y también de vuestra “yerna” Nicole. Y un besito chiquitito a cada uno de parte de Cynthia. ¡Ah, y feliz año nuevo a todos!

Besos. Besos. Besos.

<End of this message>

Parte meteorológico facilitado por el satélite artificial A.R.S.

Protocolo de 72 horas para la Scorpi.US.

23:33 PF+1–1-2-2077 Saturday

Cielos muy nubosos. Probabilidad de precipitaciones del 100%. Temperatura +/-48°F. Vientos con velocidad de 35 nudos. Radiación a 300 Ft. de > 100 mSv/h.

P1: Anclaje en órbita geoestacionaria. Razonamiento de parámetros circunstanciales. Sincronización con el satélite A.R.S y recepción de su historial de datos.

P2: Puesta en marcha de los módulos “Flea” para efectuar un escáner de cubierta exterior. Enfriamiento progresivo de los estatores VHECR. Confección de planes de trabajo en el exterior: rutinas y sub-rutinas de mantenimiento. Despliegue parcial de soportes y paneles para comprobar su movilidad. Envío de la sonda de examen espectrográfico. Análisis de radiofrecuencias y medición de ruido de fondo. Prospección y radiografiado de los estatores.

P3: Preparación y acondicionamiento del módulo de tránsito atmosférico ATAC. Extensión completa de la rampa de lanzado. Reconocimiento de las bodegas de carga. Abertura de compuertas. Desacople de los pestillos de seguridad. Liberación de los contenedores. Comprobación automática de todos los amarres. Descontaminación de los silos del 1 al 14. Pliegue de compuertas. Recogida de la rampa exterior.

P4: Maniobras de despegue del módulo ATAC. Seguimiento hasta superficie. Recogida de muestras y retorno. Detonación de los contenedores a la deriva. Calentamiento de los estatores VHECR.

P5: Recogida del módulo ATAC. Entrada de comandos de orientación y salida. Puesta en marcha de excitadores. Pórtico abierto para momento de condensación de haces, y polarización de nódulo infinitesimal: entrada de protocolos de aceleración y salto.

Extracto de la grabación nº 30121103, efectuada durante unas rutinas de mantenimiento, y correspondiente a una comunicación no autorizada mantenida entre la ingeniera jefe de telecomunicaciones y una operaria de la cubierta exterior:

—¿Te gusta, eh? Tiene un buen culo. Y también unas buenas tetas. Dime, ¿tú qué opinas?

>>—Estás paranoica. Ahora no quiero que sigamos hablando. Tengo mucha tarea por hacer. Si te parece, discutiremos esto más tarde.

—Para ella sí tienes tiempo. Os he escuchado... gastándoos bromitas por el intercomunicador todo el rato.

>>—Te lo pido por favor. Me estás desconcentrando.

—Es muy guapa, ¿no es así?

>>—Ya te lo he dicho cien veces: Sheila es mi compañera. Una más del grupo. Nos llevamos bien, eso es todo. No creo que haya nada más que añadir.

—Pues yo creo que sí. Os he seguido atentamente a través del monitor. Se os ve muy a gusto. Y no creo que sea mera casualidad que siempre os toque trabajar en la misma sección.

>>—Habla con el jefe de equipo. Él es quien distribuye las tareas.

—Lo haré, no te preocupes. Y por favor, disimula un poco más. Para pedir una herramienta no hace falta manosearse tanto.

>>—De verdad te lo digo, Emily. Esta situación me parece de lo más surrealista. Sé que no hablas en serio. También sé que estás agobiada con la niña y todo eso, y que te gustaría estar más implicada en los trabajos para distraerte. Relájate y descansa. Te ha-

ce falta. En un par de horas nos vemos, y charlamos de esto si quieres. Pero, por favor, desconecta ya. Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que no sigues espiándome. De hecho, quiero que sepas que estoy tremendamente molesta. Este no es el procedimiento, y tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Qué me relaje dices? ¿Sabiendo que esa zorra te sigue el juegucito?

>>—¡Basta ya, por Dios! ¡Sheila no es lesbiana!

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso se lo has preguntado? ¿Ya le has ‘tirado los tejos’? ¿Eh? ¿Qué contestas?

>>—(...)

—¡No cierres el canal! ¡No te atrevas a dejarme colgada...!

Radiotransmisión efectuada por el Primer oficial Nathan Wilcox desde el módulo ATAC:

—Hemos inspeccionado a fondo el sector. No hemos encontrado ningún contenedor a la deriva sobre la termosfera. Calculamos que alrededor del ochenta por ciento ya se habrán incinerado. No hay más novedades.

>>En fin, buen trabajo. Enhorabuena a todos. Hemos completado la mitad de la empresa. Un viaje más, y habremos liberado a nuestro viejo planeta azul de todo residuo radiactivo. Supongo que eso nos hace un poco mejores a todos ¿no creéis?

—Vamos de regreso cargaditos de piedras, chicos. Deseando volver. Allá abajo es el jodido infierno nuclear. Y ahí van otras cien mil toneladas más...Os aseguro que tengo la sensación de haber pasado las últimas horas dando paseos por el interior de un horno microondas. Ni siquiera estoy seguro que nuestros gruesos trajes sean lo bastante fuertes en aquel lugar. No os extrañe si al llegar observáis un extraño halo verde alrededor nuestro...

Bye. Nos vemos en el hangar en menos que canta un gallo... o un pollo; asado.

Notificado de LERTCON 3 en la nave Scorpi.US, tres horas antes de ejecutar los correspondientes comandos de aceleración y salto:

Nos hallamos en la tesitura de informar a todos que hemos padecido un problema durante las maniobras de atraque del módulo ATAC. Por accidente, uno de los brazos robot le ha golpeado sobre un lateral, de modo que ha abollado uno de los pestillos. Por este motivo nos ha imposible resituarlo correctamente en su soporte y armar su anclaje. Ha sido necesario ordenar la urgente intervención de cuatro operarios para su reparación. Ello conlleva unos riesgos inherentes, que deben ser conocidos y recordados por todos.

Los tripulantes abandonarán el módulo ATAC y entregarán las muestras en el cubículo de recepción, para proseguir con normalidad su propia rutina de descontaminación alternando los tratamientos por las distintas cámaras RDC. En condiciones normales deberíamos esperar a que se sometiera al módulo ATAC a una descontaminación previa coordinada en tres fases, a saber:

Tratamiento de atmósfera estéril: ducha de vapor a alta presión con agentes quelantes e yodos. Se prolonga durante un período de cuarenta y cinco minutos.

Imprimación bacteriana: rociado mixto con cepas de *Thermococcus gammatolerans* y *Deinococcus radiodurans*. Mínimo treinta minutos, y una hora de reposo.

Sellado por plastificación en capas: sinterización selectiva por laser. Aplicación de capas termoplásticas de absorción. Aproximadamente hora y media.

Todos estos procesos se realizan normalmente con independencia del estatus que mantenga la Scorpi.US. Por desgracia, la entrada del personal de reparación es indispensable, dado que el módulo debe quedar perfectamente enganchado en su lugar correspondiente antes de iniciar el salto, so pena de salir despedido y dañar alguna estructura importante debido a la inercia residual. Dado que los tiempos de aceleración y salto se hallan comprometidos para coincidir con el tiempo de formación del nódulo infinitesimal, no vemos posible retrasar la maniobra aún padeciendo este contratiempo. En resumen, si se guardan los pertinentes tiempos de descontaminación, nos quedamos sin tiempo material para efectuar las reparacio-

nes, pues todo el personal debe acudir a los módulos de suspensión aceleratriz al menos media hora antes de procederse a la ignición de los estatores.

Debido a ello, el equipo de reparación se encuentra trabajando por vía urgente, estando sometidos a un riesgo mucho mayor del habitual. Es por ello que a la terminación se verán obligados a seguir el mismo protocolo de descontaminación que sigue el personal del ATAC, y por lo cual, para acogerlos, se prepararán cuatro nuevos módulos de suspensión aceleratriz en la última cámara RDC.

Pese a todas las medidas de prevención, los pertinentes trasiegos de personal por vía no ordinaria acarrearán que se eleven los factores de riesgo por contaminación, teniendo en cuenta que en el hangar se manejan índices de radiación extremos. Afortunadamente el riesgo de fuga sigue siendo muy bajo, y en caso de existir, todos hemos sido tratados con la correspondiente vacuna anti radiación. Todos, a excepción de un nuevo miembro. De ahí que nos veamos obligados a dictar una segunda medida extraordinaria:

Se procederá a acondicionar un espacio de aislamiento excepcional para Cynthia Barrett-Meyer, y un par de plazas supletorias para acomodar a una de sus madres, o a las dos si así lo convienen entre ambas. Allí deberán aguardar un mínimo de cuarenta y ocho horas, tiempo en que se completará el salto, se abrirán los *Alcorspace*, y se escaneará la nave sala por sala para determinar si los niveles de radiación siguen siendo normales. No queremos contraer riesgos innecesarios, y por este motivo pedimos de vuestra total colaboración. En este momento se está informando personalmente a Nicole Meyer y Emily Barrett de la nueva situación. A los que no implica este asunto directamente, se les pide que atiendan a sus tareas con normalidad hasta escuchar la señal de aviso.

Gracias.

Extracto de la grabación nº 30122145, tomada en la sala de cuarentena unos minutos antes de su sellado:

—¿Qué no piensas quedarte? No quiero ni oír hablar de eso...

—No saques las cosas de quicio. No veo necesario que tengamos que estar las dos. Yo puedo ser más útil ahí afuera que aquí dentro.

—Es que aquí es donde tendrías que estar, junto a nosotras. ¿O acaso la niña no es también responsabilidad tuya?

—Lo es, claro que sí. Solo intento hacer entender que quizá sea necesaria mi ayuda...

—¡Claro!, qué modo de actuar tan altruista... ¿sabes lo que yo creo? Que eres una cínica.

—Emily, no te consiento que me digas eso. Lo estás exagerando todo, como de costumbre. Solo son dos días, por el amor de Dios.

—¿Y por qué no te quedas tú junto a ella y yo espero afuera? Los mismos cuidados que le doy yo, puedes dárselos tu misma.

—Emily, no hay razón... no me hagas recordarte quién la ha parido; quién se empeñó en no esperar...

—¿Con que esas tenemos? Está bien. Lárgate. No te necesitamos.

—Emily... no es justo.

—He dicho que te vayas.

—Lo siento. Siento haberte dicho eso. Sabes que os quiero más que a nada, pero recuerda que tenemos un trabajo que hacer aquí.

—Anda, vete ya. No pierdas el tiempo.

—Vendré a veros en cuanto acabe la cuarentena.

—Haz lo que quieras. Nos las arreglaremos sin tu compañía.

—No quieres escucharme...

—Estoy harta que me digas que no quiero escucharte. Harta de que seas tan egoísta. Y más que harta de tanta soledad. Me pregunto, por qué nos casamos...

—Te quiero. Y tú a mí. De eso estoy segura. Es el contexto quien no ayuda a nuestra relación. Pero esto no es más que una etapa de tránsito, y tú lo sabes. El futuro que nos espera a las tres está después de este viaje ¿no lo ves?

—Yo ya no sé qué pensar. Vete, por favor.

—No quiero que te quedes así de mal. No puedo... de acuerdo, me quedaré.

—No hace falta. No quiero que te sientas obligada. Este problema no debería ni haberse planteado. Tampoco quiero pasar cuarenta y ocho horas a tu lado sintiéndome culpable a cada minuto.

—Yo tampoco quiero sentirme culpable por dejaros solas. No pensé que reaccionaras de este modo. Creí que lo entenderías...

—No insistas más y márchate.

Nota aparecida en el panel informativo de la Scorpi.US dos días después de haber abandonado el sistema HD- 147513b con rumbo a la Tierra:

Como todos sabéis, hemos detectado un nivel de radiación anormalmente alto en un par de departamentos de la cubierta dos. Aún desconocemos el origen de esta extraña filtración, y continuamos investigando sobre ello. No obstante, hemos de aclarar que tal circunstancia ha generado mucha controversia entre los técnicos especialistas, puesto que directamente no hay conducto o conexión alguna entre este departamento y el hangar donde se halla ubicado el módulo ATAC. De hecho, los compartimentos anexos, aun habiendo experimentado un leve aumento de radiación, se hallan dentro de la tolerancia y conforme a los índices que manejábamos. Lo que más nos ha llamado la atención es que dichos niveles aún se encuentran por debajo de los detectados en la cubierta dos.

Hemos llegado a la conclusión que, probablemente, sea debido a una negligencia cometida a la hora de seguir las pautas de descontaminación, y solo cabe tal posibilidad en cualquiera de los cuatro técnicos que tomaron parte en las reparaciones.

Os recordamos que esta situación no es muy alarmante tanto en cuanto hablamos de unas pocas milésimas arriba. Sí lo es desde el punto de vista de la seguridad, pues creemos que para ello se ha cometido una grave falta, inadmisibles en todo caso. De hecho, las investigaciones se prolongarán el tiempo necesario hasta descubrir las pertinentes causas. Para esclarecer algunos aspectos hemos decidido citar a los cuatro técnicos encargados de las reparaciones,

esperando averiguar de su testimonio algún aspecto que desentrañe el fallo. Es menester recordaros que en cada sala existen medidores muy precisos capaces de hacer saltar la alarma y sellar compartimentos automáticamente. Esto no se ha producido aún habiendo habido motivo, por lo cual sospechamos que el caso va más allá de un simple descuido.

Mientras resolvemos el problema, mantendremos cerrados esos departamentos que muestran conflicto. Se llevará a cabo un proceso de descontaminación que prolongará el cierre al menos otras cuarenta y ocho horas. Esto incide directamente en la sala de cuarentena, justamente en medio de los dos departamentos, y actualmente habitada por Emily Barrett y su hija Cynthia, que deberán permanecer en ella hasta nueva orden. Su estado es bueno y no hay que temer absolutamente nada. No hay lugar más seguro que ese dentro de la Scorpi.US. Comprendemos no obstante las molestias que esto le provoca, dentro de lo que ella califica reiteradamente como 'encierro involuntario'. Hemos apelado a su paciencia, conforme estamos intentando crear un entorno lo más seguro posible para la salud de ambas. Disponen de suficientes comodidades, ocio, y elementos para hacer la espera lo más agradable posible. Por de pronto, desautorizamos las visitas de cualquier índole. No intervendremos manualmente los mecanismos de sellado, y esperaremos hasta que la descontaminación automática procure la apertura de las compuertas por sí mismo. No hay por qué correr riesgos innecesarios tratándose de aguardar un plazo de espera razonablemente breve.

Cualquier otra información al respecto que adquiera relevancia, se actualizará en este mismo mensaje.

Gracias nuevamente por vuestra atención.

1-6-2077—*Scorpi.Us Human Resources Department*

Extracto de una grabación (tomada ilegalmente por Emily Barrett —ingeniera de telecomunicaciones de la Scorpi.US.) entregada a la capitania con la intención de aportarla como prueba en el proceso abierto contra Sheila Cowan Anderson:

—¿Que-has-hecho-qué?

—Pues eso que has oído, Nicole.

—¿Pero estás loca, o qué te pasa?

—Lo siento, fue un arrebató. Era tentador, comprendelo.

—No. No y no. No te entiendo, Sheila.

—¿Y de qué otro modo hemos podido vernos si no? ¿Creías que había sido por pura casualidad? ¿Qué la providencia nos había regalado dos días extra? Pues ya ves que no. Vi una oportunidad y la tomé. Eso es todo. Ahora llámame loca si quieres.

—¿Pero no te das cuenta que tarde o temprano lo van a descubrir? ¡Te estás jugando el empleo! ¡Y yo me veré implicada!

—¿Eso te preocupa?

—¿No debería? ¡Me preocupa por las dos, coño!

—¿Crees que yo no estoy asustada? Te lo cuento, y en vez de un poco de comprensión me encuentro con una bronca. Me da igual. A la mierda, joder. No me arrepiento.

>>¿Piensas en ella? ¿Cuándo se entere?

—No tiene por qué enterarse de nada.

—¿Me dirás ahora que no lo sospecha?

—Puede sospechar lo que quiera mientras no lo vea.

—¿Y vas a aguantar una riña tras de otra con ella? ¿Negándolo todo una y otra vez?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Y no me agobies ya más, Sheila, joder! Déjame pensar...

—Tendrás que decidirte. Elegir. Sólo puedes tener a una de las dos.

—¿Me estás dando un ultimátum? Olvídalo. Sabías que estaba casada. Sabías que tú sólo eras una aventura. No pusiste ninguna objeción antes, ni lo harás ahora. Sólo sexo. Lo sabías.

—He podido replanteármelo.

—¡No! ¡No seas estúpida! ¡Nada de amor! ¿Lo oyes? Nos gustamos y punto. Sabes que me atraes muchísimo, pero eso no es excusa para cometer locuras. Siempre hemos encontrado momentos para nuestros encuentros furtivos sin necesidad de arriesgar más de lo necesario. Eso también forma parte del atractivo de nuestra relación. No hagamos que todo acabe peor de lo que ya está.

—Yo sólo quería dos días más para nosotras solas. Dos días completos sin sentir su

aliento en la nuca. Y los hemos tenido. ¿No me dirás que no han sido los dos mejores putos días que has pasado en estos cuatro años? ¡Si mojo la braga solo de pensarlo! ¿Tú no?

—Quién me mandará a mí meterme en estos líos... sí. Ha estado genial. Ya lo sabes. Ahora tenemos que pensar en cómo salir de esta.

—¿Aún la quieres?

—¿Qué? Daría mi vida por ella, aunque no te lo parezca.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste junto a ella? Yo te lo diré: porque sufrías por mí. Desde que te conté que me había prestado voluntaria para hacer esa reparación.

—Fue una estupidez por tu parte. Emily estaba segura. Tú no.

—¿Y qué hubieses hecho de no salir bien las cosas?

—¿Me pones a prueba?

—No. Tú misma te has contestado.

Extracto de la grabación nº 3012988, tomada en la sala de oficiales con el objeto de trasladar a la interesada la intención de abrirle expediente. Comparece Emily Barrett Fitzgerald:

—Siento que se haya tomado tantas molestias para nada, salvo para hacerse daño a usted misma. Sabemos que Sheila C. se arrancó un bolsillo de su traje aislante. Lo guardó saltándose los protocolos de seguridad para depositarlo más tarde muy cerca de las instalaciones en las cuales aguardaban usted misma y su hija. Ella lo niega. Mientras no lo encontremos, solo podemos mantenerla bajo suspensión cautelar. Pero tarde o temprano encontraremos esa tela contaminada, se lo aseguro. Cuando ello pase, cuando obtengamos la prueba, podremos cargar contra ella según ordenan las leyes de navegación aeroespacial. No le quepa duda de que el castigo será muy severo. Por otra parte, nada hay contra su mujer. Y en cuanto a usted... en mi opinión no es un asunto menos grave. Se ha aprovechado de su condición profesional, ha tomado ventaja de sus conocimientos técnicos haciendo uso ilegítimo de elementos que pertenecen a la compañía,

sin permiso alguno, y lejos de mostrar una actitud honesta. Por tanto, la grabación efectuada queda invalidada a efectos de prestarse como prueba en contra de Sheila C. Dicho de otro modo, no sirve para nada, salvo para abrir un proceso contra usted, por ejercer escuchas ilegales a otros empleados de la compañía. Debemos registrar todos sus archivos informáticos para asegurarnos que no existen más grabaciones a estos, u otros empleados. Procederemos a examinar el registro y borraremos sus claves. Desde ahora mismo la informo que queda invalidada para utilizar cualquier tipo de soporte informático que pertenezca la Scorpi.US. Dicha suspensión se prorrogará el resto de la travesía. Una vez lleguemos a la Tierra, se entregará el correspondiente expediente al juzgado de instancia militar, que convendrá una fecha para el juicio en el cual yo mismo deberé presentarme como parte de la acusación. Sabe que Jenkins, como delegado sindical, también tiene potestad para representarla legalmente dentro esta nave y ejercer su defensa. Podrá ponerse en contacto con él, discutir el asunto, y presentar alegaciones en un plazo no superior a quince días. ¿Ha entendido bien todo lo que le he dicho?

—De sobra, comandante.

—Emily... ¡Desconecte el micrófono, Johnston!

—¿No quiere que se grabe, señor?

—¡No, coño!

—Le recuerdo que está prohibido...

—Emily... como le decía, si me deja este idiota... personalmente he de confesarla que siento mucho todo esto. Llevo más de veinte años en este trabajo, y tengo tantos parsecs a mis espaldas, que podría haberme retirado en cualquier puñetero planeta de la galaxia de Andrómeda. En todo este tiempo, aún no he visto atacar naves en llamas más allá de Orión, ni brillar rayos C en la oscuridad... pero he visto bastantes cosas. Muchas cosas. Algunas de ellas quizá sean peores. Y debo estar haciéndome viejo, porque esto de los hijos y los matrimonios en travesía aún no lo veo. No logro asumirlo, ¿me entiende? Sin embargo, en este aspecto, yo no soy quién para juzgarles a ustedes. Las leyes, me guste o no, han cambiado. Deje que me siga since-

rando con usted. Verá: yo estoy en este trabajo a decisión propia. Porque me gusta. Nadie me obligó. Pienso que nací para ello. Siempre me gustaron las estrellas, desde pequeño. Ahora puedo llegar a ellas, contemplarlas de cerca. Y también me gusta esa increíble sensación que da ver el Sol formando parte de una nueva constelación. O el indescriptible sentimiento que se despierta al llegar, y ver que ese hermoso planeta que abandoné hace unos años aún sigue ahí, esperándome. Pero todo esto no sería posible sin sacrificar una parte de mi vida. Es el precio a pagar por ser parte de este plantel de privilegiados viajeros del cosmos. Yo tuve que dejar mi familia atrás. Dejé una mujer a la que quería. Dejé un hijo que jamás quiso volver a verme. Dejé buena parte de mí por un sueño. Un precio muy alto. Tal vez demasiado. Quiero decirle que, en cierta manera la admiro, más allá de que no pueda asimilar del todo su condición sexual. Usted ha intentado conciliar dos sueños, dos deseos. Demasiado bonito para ser verdad. Aún es un proceso que está muy verde. Las estrellas parece que siempre están ahí para hacernos soñar, pero tampoco son eternas. Nosotros sólo somos personas. Y ellas, sólo son estrellas. Lo siento. Peco de ser demasiado romántico...

—Le agradezco sus palabras, señor. Pero yo no me arrepiento de haber perseguido un sueño. Puede que me haya equivocado eligiendo compañera de viaje, y puede que parezca que ahora, ante mí, sólo se abren abismos y agujeros negros. Pero yo solo sigo viendo un espacio lleno de posibilidades. Eso de ahí, eso pequeñito que se ve brillando entre supernovas o estrellas moribundas, es un nuevo lucero. Un objetivo certero. Y yo no he de perder jamás esa pista. Se había olvidado usted que tengo una hija. Ella puede y podrá suplir todas mis carencias. Tantas horas a su lado me han hecho aprender mucho de ambas.

—Es una lástima que ciertas cosas, al fin, resulten ser iguales aquí y en la Tierra.

—¿Qué quiere decir?

—Que por muy rápido que viajemos, o muy lejos que vayamos, nunca conseguimos dejar atrás del todo nuestras miserias humanas. Ni

siquiera estando enfrentados directamente a la obra de Dios. Supongo que una vez lleguemos a casa, nada de esto nos parecerá tan extraño. Por cierto... tengo alguna curiosidad... ¿qué método utilizó para conseguir esa grabación? Es de muy buena calidad.

—¿De verdad quiere saberlo, comandante?

—No es que me vuelva loco por saberlo. Olvídelo si no. No tiene por qué contármelo.

—No importa. Ya me da igual lo que piense de mí. Supongo que el amor mal entendido lleva a los celos. Pero aún así, ha visto que eran fundados. Verá, esa conversación se tomó en una cama. Para su cumpleaños la regalé un nuevo piercing genital. Alta tecnología para las partes bajas.

—Reitero lo dicho: quizá me haya hecho demasiado viejo para este trabajo.

Javier Fernández Bilbao. Nacido en 1969, criado en Torrelavega (Cantabria) y actualmente empadronado en Muriedas, una localidad situada muy cerquita de Santander. De jovencito heredé de mi padre las obras completas de Julio Verne, y a ello creo que le debo mi temprana afición a lo fantástico, y a trasnochar. Vinieron después Zona 84, Cómix y Creepy para engancharme definitivamente a esta cosa tan indefinida. Más tarde conocí a John Carpenter, y a Jonh Landis, y empecé a tener tremendas pesadillas. Por culpa de una novia aficionada al “jevi” abandoné a mis adorados David Bowie, y A-HA. No llegué nunca a poner discos al revés (pues siempre fui cristiano con un gran problema de cargo de conciencia), pero me adentré bastante en la oscuridad. Ahí llegó Clive Barker para adoctrinarme, Poe para espantarme, y Lovecraft para acabar de echarme a perder como persona de bien. Soy eso que los que te conocen dan en llamar persona normal y corriente, y para el resto, no demasiado interesante. Intento llevar adelante a mi mujer y a mis queridos hijos con un trabajo de esos que se suda bastante. No tengo estudios, no hago deporte, fumo bastante, no tengo un blog, y conservo tres o cuatro amigos fieles, pero ninguno de ellos sabe siquiera que tengo como hobby la escritura; ni se lo pienso decir, porque aún estoy atravesando la fase vergonzosa. De confesar tu afición cuasi-secreta a que te llamen “raro”, va un paso. Si los conoceré yo. Hete aquí que algo va saliendo; me divierto con ello, algunos relatos respiran fuera del PC, y de momento con eso me conformo. Entre mis andanzas “escritoriles” cuento con: Finalista del “III premio LITER de Terror” (2009). Finalista en el CRYPTSHOW FESTIVAL 2009 publicado en la antología CRYPTONOMIKON II. Relato seleccionado para la publicación “CALABAZAS EN EL TRASTERO III: ESPECIAL POE” (2009). Relato finalista en los V PREMIOS ANDRÓMEDA DE FICCIÓN ESPECULATIVA (2009). Accésit en lengua castellana en el III CONCURSO DE MICRORELATOS DE TERROR Y GORE MOLINS DE REI (2009). Relato publicado en la revista colombiana “COSMOCÁPSULA n°2”, así como otros varios en AXXÓN, NGC 3660 y Portal de Ciencia Ficción (2010). Relato pu-

blicado en la revista “RED DE CIENCIA FICCIÓN n° 1 monográfico zombis” (2010). Relato publicado en la antología “32 MOTIVOS PARA NO DORMIR” de la editorial CÍRCULO ROJO (2011). Relato seleccionado para la antología “VISIONES 2011” auspiciado por la AEFCT. Relato de próxima publicación en la “ANTOLOGÍA Z Vol.III” de EDITORIAL DOLMEN.

Pablo Uría Díez (Bilbao 1978). Comprometido con el arte desde pequeño, es licenciado en Bellas Artes e ilustrador y diseñador gráfico para muchas editoriales a nivel nacional, entre las que se encuentran Planeta, Minotauro, Edhasa, Edaf, Alamut, Bibliopolis, Educando, Grupo Ajec, 23 Escalones o Ediciones Torre de Marfil, de la cual es además socio fundador. Una labor que ha compaginado con sus trabajos como ayudante de dirección en cine y tv las películas “Hoy no se fía, mañana sí”, “Un poco de chocolate” y “ASD, Alma sin dueño”, entre otras, así como en series de televisión como “Mis adorables vecinos” o la exitosa “El Internado”. Colaboró en Planetas Prohibidos 2 con la ilustración para el especial Yoss: UPC 2010 EL SINDROME DE SHANGRI-LA XIV www.pablouria.com

EL ORGASMO DE UN CERDO

Texto: Claudio Cerdán

Ilustración: Javier pauner

El doctor Maximiliá Vives conoció la derrota en su noche de bodas. Tuvo un largo noviazgo de casi nueve años con una católica que apenas le dejó rozarle una teta. Se consolaba en soledad mientras terminaba sus estudios de medicina, pero nada le preparó para el ansiado momento del sexo. Sin preservativo de ningún tipo, el acto sexual se culminó en cincuenta y siete segundos. Ni siquiera llegó al minuto.

Sorprendido y abrumado, se dijo que todo mejoraría con el tiempo. Durante su viaje de novios a las costas brasileñas no consiguió batir su record de resistencia. Y no solo eso, sino que casi eyacula cuando una mulata de pechos enormes se ofreció a follar sin descanso por el módico precio de una cajetilla de tabaco. Utilizando el pensamiento crítico y el método científico, asimiló lo incomprensible: era eyaculador precoz.

Por supuesto, su esposa estaba encantada. En un dejarse hacer durante un triste minuto tenía a su amante esposo satisfecho y podía volver a las cuentas del rosario. Pero Maximiliá Vives no estaba satisfecho. El acto sexual se convertía en un suplicio para él, más concentrado en que no terminase bruscamente que en disfrutar. En sus pajas de soltero él aguantaba algo más, pongamos que cinco minutos, y no comprendía por qué le sucedía aquello.

Pensó en suicidarse cuando se enteró que el orgasmo del cerdo duraba media hora. No el acto en sí, si no la parte gozosa, el momento de la eyaculación, el orgasmo primigenio.

Media hora, el bicho cabrón. No supo si cortarse las venas o hacerse vegetariano. Por supuesto, optó por combatir su mal con la ciencia.

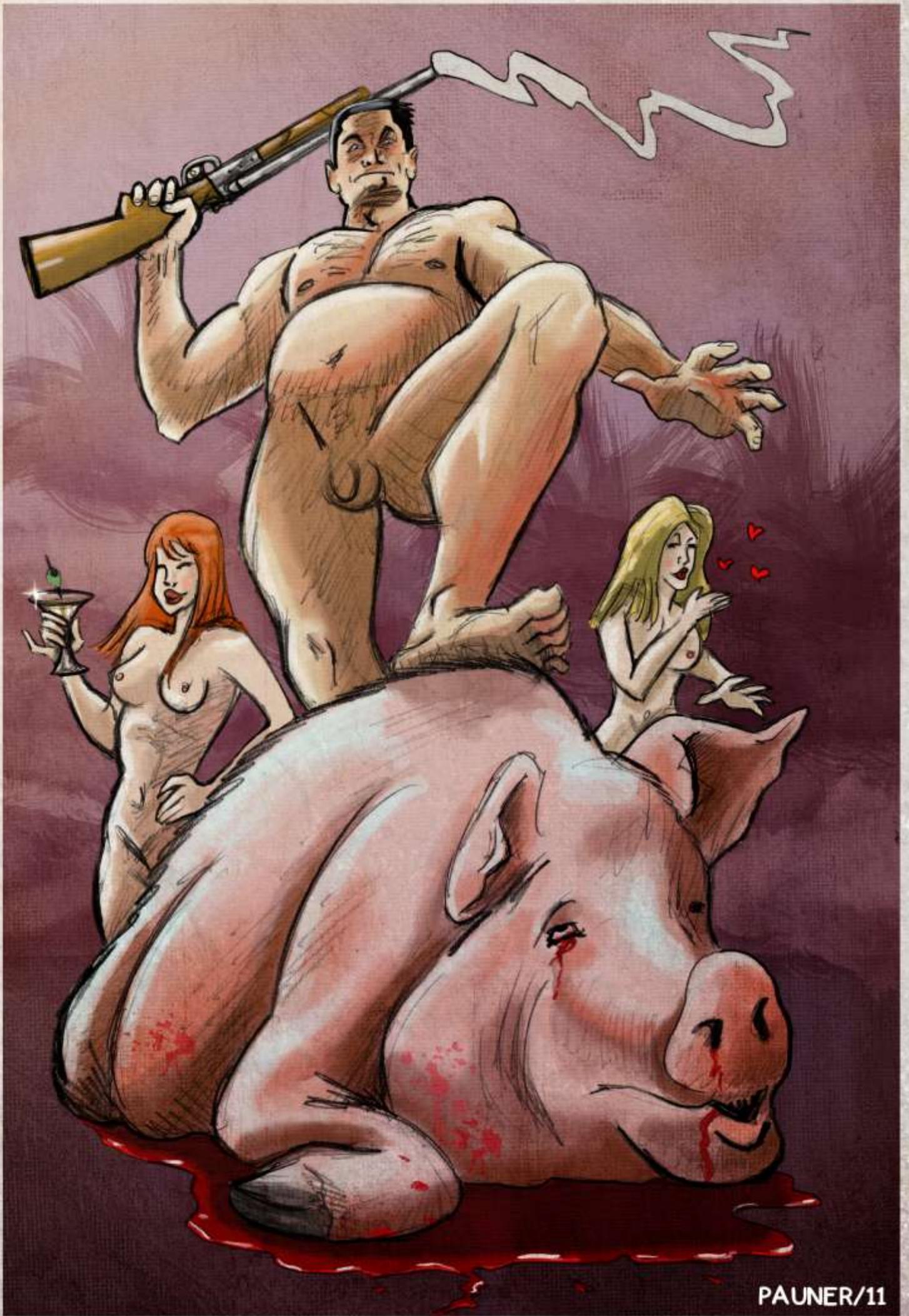
Obsesionado en los tiempos, consiguió una beca para estudiar el comportamiento sexual de los gorrinos bajo el pretexto de usar medicinas alternativas con ellos. Descubrió que los *pata negra* y los humanos comparten más del 97% del genoma. En ese 3% tenía la respuesta a todos sus males.

Sus investigaciones le llevaron años, años durante los cuales tuvo siete hijos y echó, exactamente, siete polvos. Entre sus hallazgos destacaban ciertas hormonas que hasta entonces habían pasado desapercibidas. Durante el acto sexual del bicho, estas hormonas se adherían al chute de testosterona y adrenalina amplificando la sensación de placer en el cerebro reptiliano.

Tardó cuatro años más en aislar dicha hormona y probarla con chimpancés, años que su esposa utilizó operarse las trompas de falopio por prescripción ginecológica. El doctor Vives casi hubiera preferido que reventase la muy puerca dando a luz a otro retoño. La hormona funcionó a la perfección y orangutanes de todo tipo se convulsionaban en un orgasmo eterno. Maximiliá intentó calcular la magnitud del placer, sabiendo que un orgasmo medio dura unos dos segundos. Los resultados matemáticos le dieron la razón: era un orgasmo infinito.

Llegó a un punto sin retorno cuando obtuvo permiso para experimentar con humanos. El peligro radicaba en si los monos sentían placer o si se trataba de otra cosa. Obtuvo cientos de voluntarios, y aunque estuvo tentado de ser el primer conejillo de indias, su raciocinio se impuso y realizó un muestreo exhaustivo entre los aspirantes. Eligió a tres, todos con disfunciones eréctiles o eyaculadores precoces reconocidos. Un puertorriqueño aquejado de hipogonadismo pero con musculatura hipertrófica, un deportista de élite retirado, y un tipo común. A todos se les suministró una dosis inofensiva de la hormona y procedieron a masturbarse ante la atenta mirada de las enfermeras.

Murieron de un ataque al corazón.



La investigación estuvo a punto de cancelarse. Los tres hombres eran personas sanas, dos de ellas en buena forma. El revés fue tal que tuvo que pedir permisos especiales para realizar una nueva prueba, esta vez con todas las garantías de que no hubieran fallecidos. El elegido fue un violador confeso, que esperaba curar su obsesión por las mujeres con un orgasmo infinito. Cuando sufrió el infarto, ni los desfibriladores preparados a tal efecto pudieron ser de ayuda.

La utopía del doctor Vives se fue al garete. El descubrimiento de dicha hormona estuvo a punto de encumbrarlo al Nobel de medicina, pero al final quedó relegado al ostracismo.

Unos meses después, el partido progresista de turno aprobó la Ley de la Eutanasia. Controvertida pero finalmente legitimada, se pensó cual podría ser el mejor modo de efectuar el suicidio asistido a enfermos terminales. Se dedujo que, ya que se usaban cuidados paliativos en enfermedades de gran dolor, la hormona del doctor Vives sería la seleccionada, convirtiendo a su descubridor en millonario. Su mujer, sin embargo, se separó de él y se llevó a sus siete hijos, aunque nunca llegó a divorciarse por la Iglesia.

El método Vives proporcionó una muerte placentera a millones de personas. Hubo incluso una copia china de similares efectos que se vendía en el mercado negro. Los suicidas habituales dejaron de lado los tiros en la cabeza, la ingestión masiva de pastillas y hasta el viejo truco de la soga al cuello para pasarse al medicamento Vives. Los psicólogos se hicieron imprescindibles para lavar el cerebro a quinceañeros que deseaban emociones nuevas, y hasta las prostitutas se legalizaron. El sueño de un hombre con eyaculación precoz se convirtió en el mayor genocidio voluntario conocido.

Maximiliá Vives se trasladó a una masía en Barcelona donde cría gorrinos en compañía de varias putas rusas. Su problema sexual persiste, pero ha descubierto que su verdadera vocación, lo que realmente le da

un orgasmo duradero, es meterle dos tiros a un cerdo en el momento justo en que está a punto de eyacular.

Su mejor marca quedó fijada en cincuenta y siete segundos.

Claudio Cerdán (Mordor, 1981) Licenciado en Sociología gracias a otro error del sistema educativo, pronto se tiró a la escritura (en todos sus sentidos). Ha publicado en una decena de antologías, gustándole eso de vivir del cuento. Gracias a chantajes varios, consiguió ganar algún premio literario, aunque prefiere ser el eterno finalista. También ha colaborado con diferentes revistas (Tierras de Acero MGZN, Historias Asombrosas, La Gangsterera...) y portales de Internet. Durante una borrachera se jugó a la ruleta rusa la publicación de su primera novela titulada El Dios de los Mutilados (Equipo Sirius, 2008), aunque desde entonces vive con una bala en la cabeza. No contento con ello, publicó su segundo libro, que llevó por título Cicatrices (Equipo Sirius, 2010) y que le valió su cuarta condena en firme. En 2011 publicó su nueva novela En El País de los Ciego (Ilarión). Guionista de cómics y cortometrajes, en la actualidad trabaja como madre de alquiler mientras intenta un lavado de cerebro masivo desde su blog <http://cerdantes.blogspot.com>.

Javier Pauner es un ilustrador graduado en la Escuela de Artes de Castellón. Nació el 11 de marzo de 1984, en esta misma ciudad. Pauner se interesó desde pequeño por la fantasía, el terror y la ciencia-ficción, gracias a las películas y series animadas de los años 80 y 90. No tardó en descubrir los cómics de superheroes, pero no empezó realmente su pasión por el mundo del cómic hasta cumplidos los quince años. Fan de Indiana Jones, Hellboy, Star Wars y Conan el Cimmerio, entre otras grandes sagas. Su pasión es contar historias, creando toda clase de personajes variopintos. Su especialidad como ilustrador es el color y dar expresividad en los personajes. Su deseo, crear mundos en los que se sumerjan los lectores, disfruten y sueñen en otra dimensión alejándose por un momento de la

cruda realidad. Uno de sus primeros cómics, de escasas cuatro páginas, ganó en 2003 el premio a la mejor historieta en el concurso de cómics de Castellón. Recientemente ha ganado un concurso de microrrelatos, organizado por la librería Argot. También ganó en 2008, el premio a la mejor ilustración de Indiana Jones en la web de la comunidad fan española. Colabora con las revistas; miNatura, Imaginarios y Planetas Prohibidos.

LA INSATISFACCIÓN DEL TODO

Un cuento escrito en cinco actos.

Texto: Roberto J. Rodríguez

Ilustración: Anabel Zaragozí

“Temed lo intrincados senderos de la soledad; sólo conducen al confinamiento”

Anónimo

ACTO I:

El mimo

Érase una vez un mimo que vivía en el interior de lo que parecía ser una enorme caja de paredes color salmón. Pasaba las horas muertas, aletargado, sumido en la más absoluta somnolencia. Raras veces quebraba la simetría de su propio inmovilismo; y cuando lo hacía, era con el único propósito de desentumecer sus músculos.

El mimo ignoraba como había llegado a convertirse en lo que era: una víctima propiciatoria del concepto. Pero eso no le inquietaba demasiado, pues pensaba que su presencia ahí, dentro de aquella caja color salmón, era necesaria... incluso, vital.

¿Necesaria? ¿Vital? ¿Para qué? No tenía la menor idea. Pero era mejor pensar eso, que llegar a la conclusión de que su presencia entre esas cuatro paredes color salmón se debía pura y simplemente al azar. La conclusión que podría sacar entonces de todo esto, no sería en absoluto de su agrado. Porque de ser así, de ser el azar quien lo hubiera puesto ahí a él, y no a otro, su presencia se tornaría insustancial, carente de todo significado, un mero accidente, un absurdo nacido de la casualidad. Por eso mismo, el mimo prefería pensar que su

confinamiento perseguía un propósito concreto, para el que su presencia —y no la de otro— era indispensable. Porque si no estuviese convencido, probablemente, le sería imposible mantener el equilibrio emocional; principal responsable de que la eternidad se hiciera un poco más llevadera.

Nunca se había planteado qué podría haber al otro lado de los tabiques color salmón que ponían cotos a sus dominios.

¿Qué podría ofrecerle lo que fuera que hubiera más allá de aquellos tabiques color salmón, que le indujera a abandonar un mundo hecho a su medida?

Últimamente, y cada vez con mayor frecuencia, había algo extraño en su propio comportamiento, que le hacía sentir una cierta incertidumbre que, poco a poco, derivó en preocupación. A veces, algo estallaba en lo más hondo de su ser, una especie de furia contenida, que lo encolerizaba hasta tal punto, que su calma se veía quebrada por un torbellino incesante de movimiento. Iba de un lado a otro, cual perro rabioso. Palpando las paredes primero y arañándolas después. Tan ebrio de vehemencia que ni siquiera la sangre que brotaba bajo las uñas de sus manos era capaz de apaciguar su ira. Era como si, en su desesperación, buscara un resquicio por el que poder colarse... ¿y escapar?

Con la misma celeridad con la que se había desatado la devastadora furia motriz, acudía otra vez la calma. Entonces el mimo se desplomaba, abatido y exhausto, apoyando el culo sobre los talones. Y se quedaba ahí, de rodillas, hecho un ovillo, sintiéndose terriblemente mal, sin saber muy bien por qué.

Hasta que el sueño no lo vencía, permanecía en esa misma posición fetal, contemplando el temblor de unos dedos —los de sus manos— que no habían sido moldeados para temblar.

Algo grave le sucedía, de eso no le cabía la menor duda. Estaba perdiendo el control sobre sí a pasos agigantados. Los platillos de

una balanza, antes firmemente estable, se desequilibraban ahora con excesiva facilidad.

Sólo en sus sueños, el mimo podía disfrutar del desenfreno y el descontrol que le eran negados durante la vigilia. Aunque era como si dichos sueños ya no pudieran contener las llamaradas del estallido del revoltijo de miedos, deseos y frustraciones que amenazaban con consumirle por dentro.

Por lo que todos esos sentimientos, que siempre habían estado bajo su control, florecían ahora con estrépito y embadurnaban la realidad que se extendía más allá de los dominios de Morfeo; mostrando lo que realmente eran y no lo que se esperaba que fueran las cosas.

Cólera y rabia entremezclada desenmascaraban el verdadero rostro oculto bajo el espeso maquillaje de un mimo. ¿Qué hay tras la máscara de un mimo? La respuesta es bien sencilla: bajo el maquillaje de un mimo, sólo hay un hombre.

Las crisis cada vez eran más frecuentes. Sus ataques de furia más salvajes e incontrolados. Tras cada nueva crisis, el mimo creía haber sobrepasado de largo su capacidad de aguante, pensaba que ya nada podía ser peor y que, de serlo, sería incapaz de soportarlo. Mas el último ataque siempre era mucho más doloroso, mucho más violento, mucho más descarnado que el anterior. Mientras él, en medio de esa insufrible agonía, sólo quería llorar, romperse definitivamente, para no tener así que rehacerse nunca más, y volver a padecer ese terrible suplicio otra vez.

No, por favor- suplicaba sin palabras el mimo- Por lo que más quieras, otra vez no...

Los ataques no sólo no cesaron, sino que las paredes color salmón dejaron de ser las únicas víctimas de su vehemencia desatada, infringiéndose en sus propias carnes el más sangriento de los castigos; desgarrando capas y capas de la epidermis que rodeaba sus muñecas con las uñas embadurnadas por

la sangre que brotaba a borbotones de sus venas amoratadas.

Y mientras se retorció como un animal herido, sólo tenía cabida un pensamiento en su mente, el temblor de sus manos. ¡Dios!, eso era lo peor, el temblor...

Cuando despertaba, el mimo descubría, al principio con sorpresa, luego con ira y, finalmente, con resignación, que las huellas de sangre esparcidas por toda la estancia, tras cada nuevo ataque, habían desaparecido por completo, recuperando los tabiques su esplendor asalmonado; y las venas de sus muñecas palpitaban como si nadie las hubiese reventado.

ACTO II:

Una puerta dibujada en el tabique

Los párpados descendieron paulatinamente, hasta que la pared color salmón, situada justo frente a él, desapareció bajo el telón negro de sus pestañas. En ese momento, cautivo de una oscuridad deseada, sintió como una ráfaga de aire fresco acariciaba su rostro y dilataba los poros de una tez seca y mal hidratada, debido a la espesa base de maquillaje que los cubría.

Mientras disfrutaba de la embriagadora brisa, cuyo sólo contacto le hacía trascender más allá de lo físico, le pareció oír un susurro que se le antojo melodioso. Guardó silencio, concentrado toda su atención en el sentido del oído. Escuchó, escuchó y escuchó...

Largo rato después, confirmó su hipótesis. Efectivamente, lo que había llegado hasta él a través de sus oídos no eran otra cosa que los primeros compases de una composición musical.

De pronto, ante sus ojos, se generó una puerta. Aunque más que una puerta, como objeto físico, parecía el dibujo de una puerta, como si alguien hubiese trazado sus contornos con un trozo de carbón sobre uno de los tabiques color salmón. La música provenía de dentro, de detrás del tabique.



El mimo, algo temeroso, mas su curiosidad era mayor que su miedo, introdujo los dedos de sus manos en la negrura de una de una de las líneas verticales. Supuso que hallaría un asidero, algo a lo que poder anclarse para abrir la puerta. Y así fue, aunque sólo fue capaz de agarrar el canto de la hoja con la yema de los dedos. Tiró como pudo, pero su punto de agarre no era bueno y, en cuanto hacia fuerza, las yemas de sus dedos resbalaban y soltaban su presa. Aun así, no se rindió. Tiró una vez más. Nada, la puerta parecía estar atrancada. Siguió tirando. Nada. Insistió. Nada.

Entonces tiró con toda su alma, en un último y desesperado intento por abrir la puerta. Su espalda se dobló en un arco imposible mientras sus músculos se tensaban como cables de acero y sus pies se anclaban al suelo. El mimo no estaba dispuesto a ceder. ¡Jamás! Era una cuestión de tiempo. Su orgullo estaba en juego. La puerta o él. Y hasta que su columna vertebral no dijera basta, él no cejaría en su empeño.

Sin que el mimo se diera cuenta de ello, algo comenzó a crecer en lo más hondo de su ser. La rabia, nacida de la frustración, había abierto un resquicio por el que se filtraba la ira; mantenida anteriormente a raya gracias a la quietud.

El mimo, por un momento, se asustó y estuvo a punto de ceder ante la puerta. Pero no lo hizo. Aunque el precio a pagar fuera demasiado alto, bien valdría la pena. Todo con tal de lograr su objetivo y vencer en su denodada lucha contra una puerta atrancada.

En ese momento, mientras su cuerpo se retorció debido a la terrible presión a la que eran sometidos todos y cada uno de sus músculos, justo en ese preciso momento y no en otro, con la razón nublada por el dolor, hubiera vendido su alma al mismísimo diablo si este le hubiera tentado. Todo con tal de traspasar el umbral de una puerta dibujada en la pared.

Su cuerpo comenzó a temblar espasmódicamente, su rostro se crispó bajo

el maquillaje, sus ojos, desorbitados, se inyectaron en sangre... Y, entonces, no pudo reprimir un alarido, cuyo sonido no sonó como el de un animal herido, no, más bien sonó como el de un loco. Era la carcajada de un demente. No gritaba, reía. ¡Y no sabéis cómo! La locura parecía haberse adueñado de él.

En plena catarsis de agónico gozo, donde las lágrimas del llanto se mezclaban con la saliva de la risa, se oyó un chasquido y la puerta se abrió unos pocos centímetros. El mimo salió repelido hacia atrás, al resbalar sus dedos del canto de la puerta. Y tras cruzar por los aires toda la habitación, sus huesos chocaron violentamente contra la pared opuesta.

Antes de incorporarse, se quedó unos segundos en el suelo, como si quisiera sosegar su furia, apaciguar la rabia, mientras gruñía y gemía entre jadeo y jadeo. Finalmente, logró calmarse, a pesar de que sus manos continuaban temblorosas y el sudor impregnaba todo su cuerpo. Se incorporó y se encaminó hacia la puerta, que ahora permanecía entornada.

Cuando llegó a sus inmediaciones, se detuvo, paralizado; quizá víctima del miedo, quizá llevado por la prudencia. Pero fuera como fuese, inmediatamente después, asomó su ojo derecho por el hueco que quedaba entre el quicio y el canto de la hoja, y lo que vio al otro lado, le sobrecogió.

Más allá del umbral, atisbo un majestuoso cuadro a medio hacer. Un lienzo salpicado por un crisol de colores y tonalidades diferentes, difuminado todo por el continuo movimiento rotatorio de una decena de manchas informes. Nunca antes los ojos del mimo habían sido testigos de tan portentoso espectáculo. Necesitó un tiempo para acostumbrarse a la luminosidad de un lugar que no era éste sino aquél.

Las manchas fueron aclarándose, los contornos adquiriendo un mayor contraste respecto al fondo y los rasgos perfilaron formas y dieron profundidad a la composición. Los borrones repartidos

simétricamente por todo el cuadro eran en realidad las siluetas de distinguidos caballeros, vestidos con sus mejores galas, y de sus respectivas damiselas, encorsetadas en bellísimos vestidos, muy escotados y provocativos, que bailaban al compás que les marcaba la música. Girando y girando, cual peonzas humanas.

El mimo espío durante una eternidad, quizá relativa, pero eternidad a fin de cuentas. No se atrevía si quiera a moverse, por lo que se limitaba a permanecer, temeroso de poder hacer. Era como si el simple hecho de plantearse la posibilidad de traspasar la fina línea que separaba dos mundos, estrangulara su ánimo. Una miscelánea de sentimientos antagónicos reverberaba en lo más hondo de su ser. Se sentía abrumado ante semejante mare mágnum de nuevas sensaciones. Desconcertado y excitado a un tiempo.

Mientras tanto, el majestuoso espectáculo que se desarrollaba más allá de una puerta que no debería estar, pero que aun así estaba, proseguía impertérrito, a pesar de la intrusión de un extraño que estaba, pero que no debería estar.

Dos mundos convergían en un mismo instante y ninguno sabría jamás de la presencia del otro.

El mimo era la única persona que parecía ser consciente del anormal acontecimiento que estaba teniendo lugar. Los demás, entregados al baile como estaban, parecían demasiado preocupados por no equivocarse los pasos como para notarlos. Pero algo ocurrió, que hizo que el mimo dejara de lado la generalidad para centrarse en lo particular. Pues el sensual influjo que expelían unos ojos verdes, resplandecientes como esmeraldas, enmarcados dentro de un rostro ovalado y armonioso, hizo presa de él. La legítima dueña de tan hermosos ojos se hallaba de pie en un rincón, como si quisiera pasar inadvertida entre la multitud. Su piel blanquecina permanecía cubierta, en parte, bajo la fina tela de un sencillito vestido gránate, con tirantes y de una sola pieza, que le llegaba hasta la mitad de sus muslos, y que dejaba entrever sus redondeces

pequeñas y firmes bajo los numerosos pliegues de la ropa. Parecía una campesina en medio de un baile de príncipes. Mas ni una sola de aquellas damas, pensó el mimo, podría competir en belleza con ella.

De pronto, mientras el mimo permanecía absorto, con sus ojos fijos en la muchacha del vestido gránate, la puerta se cerró; primero lentamente, y luego con un golpe seco, como se cerraría la contraportada de un gran volumen tras su lectura.

El mimo necesitó de un tiempo para tomar conciencia de lo que había ocurrido. Era como si, segundos después de que la puerta se hubiera cerrado, saliese del trance en el que se hallaba sumido y se diese de bruces con la cruda realidad. Otra vez volvía a estar solo, entre cuatro tabiques color salmón.

Se inclinó, posando una de sus orejas sobre donde antes hubo una puerta, y escuchó, con la esperanza de oír la música, mas sólo oyó el silencio.

Sí, otra vez estaba solo.

ACTO III: La muchacha.

El mimo se había entregado a la quietud en busca de refugio, mas seguía asediándole el recuerdo de aquellos hermosos ojos esmeralda.

Las crisis se fueron sucediendo y los intervalos de calma entre una y otra se iban acortando paulatinamente. La mente del mimo se desquiciaba con cada nuevo arrebatado de furia motriz y el temblor de sus manos se acrecentó hasta hacerse evidente a simple vista. No estaba bien, nada bien.

Pero un día, en el que se levantó más tranquilo de lo que había estado desde hacía mucho tiempo, decidió que ya nunca estaría solo. Su cabeza no retumbaba, por lo que podía pensar con claridad, por lo que podía reflexionar acerca de lo acontecido. La puerta dibujada en la pared había aparecido

cuando se encontraba en medio de una oscuridad deseada y había desaparecido cuando su atención se había centrado en lo particular, abstrayéndose de lo general. Así que pensó que si su propia imaginación, arrastrada posiblemente por su deseo de no estar solo, había sido la responsable de crearlo todo, tal vez, si lograba imaginar solo a la muchacha, ésta podría venir a él.

Con premura, pues temía que una nueva crisis diera al traste con todo, se puso manos a la obra. Se situó en el centro de la estancia y dejó que sus párpados cubrieran sus ojos. Y, otra vez prisionero de una oscuridad deseada, la imaginó, pero no sólo como algo físico... no... imaginó también el sonido de su voz, su tersura, su olor...

Entonces notó el frescor de la brisa sobre su cara y, en ese momento, el mimo hizo una perfecta reverencia, extendiendo su mano como si la ofreciera, gentilmente, a una dama. Su mano quedó suspendida en el aire, con la palma vuelta hacia arriba y los dedos levemente flexionados. Por fin sintió algo, el contacto aterciopelado de una mano femenina que se posaba delicadamente sobre la suya.

Abrió los ojos, y su corazón dio un vuelco. Si hubiera podido llorar, lo hubiera hecho. Ante él se hallaba la muchacha del vestido gránate, mirándole tímidamente con aquellos radiantes ojos esmeralda, mientras esbozaba una sonrisa nerviosa que aparecía y desaparecía.

El tiempo avanzaba inexorablemente dentro de la caja color salmón. La muchacha parecía adaptarse bien a su nueva situación. O al menos, eso era la impresión que transmitía de puertas afuera, pues nunca se quejaba del desagradable hedor que exudaba una estancia de aire viciado, ni tampoco de la sensación de suciedad que provocaba las altas temperaturas y que impregnaba todo su cuerpo de una pringosa película de sudor. Mas en días muy contados, cuando el calor resultaba insoportable, podía atisbarse en su faz el terrible malestar que le afligía; aunque ella se esforzara para que su anfitrión no se percatase de ello.

A medida que pasaba el tiempo, la muchacha empezaba a padecer los estragos intrínsecamente ligados al confinamiento. Era bien cierto que nadie le había obligado a tomar la mano del mimo y que, durante los primeros días, había disfrutado como una niña de cada instante pasado a su lado. Pero tampoco era menos cierto que no podía evitar desear, sobre todo en aquellos días de temperaturas extremas, huir lo más lejos posible de esa maldita caja. Se sentía como si le faltara el aire. Tenía la impresión de que las paredes color salmón que la rodeaban habían comenzado a achicar sus dimensiones, reduciendo el espacio paulatinamente, como si quisieran ahogarla. Además, con el tiempo, ella había empezado a sentirse como un elemento discordante, como si ella estuviera ocupando un espacio que no le correspondiese. Por otro lado, estaba convencida de que el mimo no podría vivir jamás fuera de esas cuatro paredes color salmón. Que moriría tan pronto como se le sacara de la caja. El razonamiento era demasiado complejo como para que ella pudiera seguirlo sin perderse, pero de lo que sí estaba segura era de que el mimo y la caja eran un solo ser: un compendio de caja y hombre. Por lo tanto, uno sería incapaz de vivir sin el otro, y el otro sin el uno. Pues, pensaba que, sería imposible justificar la existencia de la caja de tabiques color salmón, ubicada en todas y en ninguna parte, sin la presencia del mimo. Debido a esto, la muchacha se sentía culpable por sus ansias de libertad. Ya que de huir de la caja color salmón, irremisiblemente, debería dejar atrás a su preciado mimo. Cosa que pasaría sin ningún género de dudas, porque cómo iba a poder romper el vínculo, el cordón umbilical que le unía a la caja color salmón... no, era imposible.

La muchacha, aunque de manera muy solapada, estaba convirtiéndose en mujer. Los cambios por fuera eran evidentes, los cambios por dentro, es decir, a un nivel puramente hormonal, pronto lo serían. Con dichos cambios, probablemente, emergería en ella el deseo natural de encontrar un compañero. Alguien con quien poder entregarse a la pasión. Y, una vez colmado

su apetito sexual, quizá concebir una vida que se gestaría milagrosamente en su útero.

La muchacha pasaba la mayor parte del tiempo que el mimo dedicaba a la quietud a explorar su cuerpo. Deslizaba el dorso de sus manos sobre la tersa de piel de sus mamas, comprobando que estaban más abultadas que la última vez que las palpó, y que también volvía a experimentar ese agradable cosquilleo cuando presionaba sus dedos. Pasó la yema de sus dedos por los pezones y comenzó a jugar con ellos. Llevadas sus manos por la curiosidad del autoerotismo, frotaron su cuerpo, húmedo, yendo de una zona erógena a otra, como si supiese la localización exacta de cada una de ellas.

En pleno clímax sexual, mientras la muchacha acariciaba los labios de la vulva, sus dedos palpaban el canal vaginal y su otra mano estimulaba el monte Venus, la cara interna de los muslos, el vientre, la cara lateral del tronco... no pudo reprimir un suave gemido que quebró, inmediatamente, la quietud del mimo. Éste miró de reojo, y vio cómo se tocaba. No dijo nada, no hizo nada. Se limitó a entregarse nuevamente a la quietud.

ACTO IV: El muchacho

El mimo era incapaz de comprender el comportamiento de la muchacha. Por lo que pasaba la mayor parte del tiempo entregado a la quietud, pues lo prefería a tener que afrontar el problema, el cual le resultaba sumamente violento. Le costaba hacerse a la idea de que aquella hermosa muchacha del vestido gránate, que tiempo atrás le cautivara con sus ojos esmeraldas, hubiera cambiado tanto. De lo que sí estaba completamente seguro era que él no podría calmar el recién descubierto deseo sexual de una muchacha que había dejado de serlo. ¿Por qué? Pues porque en algún retazo de su memoria escondía la vergüenza de no ser capaz de colmar la pasión de una mujer. ¿Qué cómo podría saber eso, si nunca, al menos que él recordase, había tenido que amar a una mujer? No tenía ni la menor

idea. Simplemente, lo sabía. Y, para él, eso bastaba.

El dilema era el siguiente: el mimo sabía que si no hacía algo, las cosas sólo podían empeorar, mas si ponía remedio al problema, corría el enorme riesgo de perderla. Porque el remedio consistía en satisfacer a la muchacha; y si él era incapaz, otro debería hacerlo en su lugar. No le importaba que otro copulara con ella, lo que le molestaba es que una tercera persona se interpusiera entre ellos dos. El mimo la amaba desde su quietud. La había convertido en el pilar fundamental que sostenía la inestable estructura de toda una vida dedicada a la soledad. Había logrado una relativa estabilidad con el calor de su compañía, aunque el temblor de sus manos seguía ahí. El problema radicaba en que se sentía responsable de ello, pues era él quien le había traído hasta allí. No le quedaba más remedio que hacerlo, pensó apesadumbrado: debía proporcionarle un compañero.

Un día, tras desentumecer sus músculos, se dirigió a la muchacha que se encontraba recostada en un rincón, la despertó y la obligó a levantarse y a caminar hasta el centro de la estancia. La muchacha, aún adormecida, se dejaba hacer, limitándose a lanzar algún que otro gruñido en señal de protesta, mientras arrastraba los pies y se resistía a realizar el titánico esfuerzo de levantar los párpados.

El mimo cerró los ojos e, instantes después, los volvió a abrir. La muchacha le imitó y, sumida en la oscuridad como estaba, comenzó a impacientarse a medida que su expectación crecía. Poco a poco, sintió los párpados más ligeros, y tuvo que esforzarse para evitar que estos no se levantaran cual persianas. Entonces, notó como alguien le cogía cuidadosamente la mano derecha; en cuando hubo sentido el frío tacto de su piel supo que la mano pertenecía al mimo. Mas, cuando el mimo tiro de su mano hacia delante, percibió el roce cálido de otra mano, más robusta. Un escalofrío la hizo estremecerse y la obligó a abrir los ojos.

Ante ella había un apuesto joven de tez cetrina, rostro alargado y melena negra azabache, que la miraba con la misma mezcla de extrañeza y euforia con la que ella, pensaba, debía estar mirándolo a él. Llevaba puesto unos pantalones bombachos de color gris, unas botas altas de cuero y una camisa blanca, también muy amplia, con el cordel del cuello suelto, asomando el vello rizado del pecho, y adornado sus puños con puñetas.

Los días se sucedieron. La muchacha y el joven, ambos extremadamente tímidos, tardaron muchísimo en comenzar a relacionarse. Siendo necesaria la intervención del mimo que, al ver que ninguno de los dos hacia nada por acercarse al otro, se las apañaba para que terminasen juntos, bailando hasta la extenuación y riendo a mandíbula batiente. Pero lo que el mimo no lograba entender era su propia reacción cuando los veía bailar y se fijaba en como las manos de él se aferraban a la cintura de ella, las tripas se le revolvía y no podía evitar sentir nauseas...

Los dos jóvenes comenzaron a pasar todo el tiempo el uno al lado del otro, sentados en el suelo, o de pie, apoyados en alguno de los cuatro rincones que unían los tabiques color salmón de la caja. Se susurraban a la oreja, se miraban, cuchicheaban, se reían, se tocaban...

Y entonces, un día, pasó lo inevitable. Los dos amantes se entregaron a la pasión.

El mimo, tan pronto como oyó los gemidos de la muchacha y la vio retorciéndose entre sus piernas, literalmente engarzada de pies y manos al cuerpo desnudo de otro hombre, no pudo impedir que el odio exacerbado y la repugnancia más absoluta lo contaminaran. Hasta tal punto fue así, que su fisonomía fue transformándose bajo la espesa base de maquillaje que escondía su rostro. El cual se agrietó en un sin fin de líneas inconexas que acrecentó, más si cabe, el halo de locura que ahora dominaba su expresión. Miraba a los dos amantes con los ojos inyectados en sangre, el rostro crispado grotescamente y

los dientes apretados y asomados tras unos labios replegados.

ACTO V:

La metamorfosis

Después de amarse, sus cuerpos desnudos, impregnados uno de la esencia del otro, permanecieron, durante los que le pareció un mundo, compartiendo el silencio, hasta que el sueño pudo con ambos.

El joven durmió con la sien izquierda apoyada sobre el brazo, extendido a ras de suelo, mientras su otra mano reposaba delicadamente sobre la cadera de la muchacha; quien se mantuvo todo el tiempo acurrucada contra él, dándole la espalda, con los brazos encogidos tímidamente, y las muñecas dobladas delante de sus pechos, como si, inconscientemente, tratara de cubrir su desnudez.

El joven se despertó y ahogó un bostezo, llevándose la mano que tocaba la cadera de la muchacha a la boca. Después de retirar un mechón rebelde de su frente, se asomó, inclinando la cabeza, para comprobar si ella aún dormía... mas, tan pronto como sus ojos contemplaron su angelical rostro, éste se quedó totalmente ensimismado.

Una sibilante respiración, cuyo arrítmico sonido se clavó en su cerebro, cual mil alfileres calentados al rojo, lo devolvió bruscamente a la realidad.

Como si buscase al causante de tan desagradable ruido, apartó por un momento los ojos de su amada y miró al frente. Y a punto estuvo de vomitar su corazón por la boca, cuando al alzar su mirada dio de bruces con el grotesco rostro del mimo situado a un palmo del suyo. Entonces, se quedó paralizado, temblando como una hoja de papel, con los ojos muy abiertos y trémulos, sin saber qué hacer.

El mimo lo miraba fijamente, con ojos inquisidores, en la más absoluta quietud. Encorvado, acuclillado, como un depredador que se dispusiera a saltar sobre su presa.

Mas se guardó mucho de que las manos, entrelazadas por detrás de su espalda, permanecieran ocultas. No quería que su incesante temblor rompiera la simetría de su pose, haciéndolo menos amenazador a los ojos del joven. En aquella faz agrietada y grotesca, sólo había lugar para la cólera, ni rastro de lo que algún día fue.

De repente, el mimo le dedicó al joven una macabra sonrisa llena de amarillentos y pequeños dientes, afilados como colmillos, e, inmediatamente después, se levantó como un resorte, girando sobre sí mismo, dándole la espalda. Volvió sobre sus pasos y se detuvo a metro escaso del joven, con la cabeza escondida entre los hombros y las manos, ahora, entrelazadas sobre su regazo. Mientras el joven trataba de calmar su corazón desbocado, temeroso de que alguno de sus ventrículos pudiera reventar, el cuerpo del mimo adquirió una rigidez antinatural.

El joven escudriñó al mimo, mirándolo, expectante, durante un buen rato. Al ver que éste no daba muestras de movimiento, se tumbó otra vez. Aunque ahora lo hizo boca arriba, soltando toda la tensión acumulada. Eso sí, sin apartar en ningún momento los ojos del mimo, al que ahora podía vigilar sin necesidad de incorporarse.

El joven, comenzó a parpadear... cada vez con mayor insistencia... hasta que los párpados le pesaron demasiado como para mantenerse despierto, y el sueño lo venció.

Si el joven en vez de ver la nuca del mimo, hubiese contemplado la expresión de éste, no se hubiese visto arrastrado por el sueño, sino que hubiera sido la locura la que lo hubiera conducido a otro mundo, igual de onírico, sí, pero mucho más desquiciado y mucho menos placentero. El rostro del mimo estaba repugnantemente desencajado, con los ojos cubiertos por una fina película blanca y la boca abierta, exageradamente grande, como las fauces de una víbora, asomando una lengua viperina de entre sus labios. La cual estaba hinchada y amoratada a causa de los afilados colmillos que se clavaban en ella, desbordándose la sangre,

que manaba de los cortes, por su barbilla, saliente y convulsionada.

De pronto, el mimo miró por encima de su hombro. E, inmediatamente después, se acercó a los cuerpos desnudos de los amantes y se situó justo detrás del joven, poniéndose a la altura de su cabeza. Entonces, se agachó y, como si tirase de un hilo invisible conectado a la cabeza del joven, al alzar la mano, ésta quedó suspendida en el aire. Acercó su otra mano, con los dedos índice y corazón formando una uve. Los ojos del joven se movieron bajo los párpados, como si fuera a despertar de un momento a otro. El mimo juntó el dedo índice con el corazón, y la cabeza del joven se desplomó sobre el suelo, sin un aliento de vida.

La muchacha se despertó sobresaltada, como si acabase de tener una pesadilla. Y cuando vio a su amado tirado en el suelo, muerto, soltó el más descarnado de los alaridos. Seguidamente, se arrodilló a su lado, sollozando histéricamente, mientras acunaba la cabeza de un cadáver, que en vida le hizo el amor.

El mimo cogió a la muchacha por la cintura, y la zarandéó. Tras darle la vuelta, la abrazó con todas sus fuerzas, intentando calma así el sufrimiento de su hermosa muchacha de ojos esmeraldas, como tantas veces antes había hecho.

Mientras la sostenía entre sus brazos, ella expiró su último aliento de vida y su cuerpo se convirtió en algo blando y correoso. El mimo trató de evitar que el tronco de la muchacha se escurriera de entre sus manos o que se balanceara de un lado a otro, empeñándose en poner una y otra vez su espalda derecha... Y de los ojos del mimo brotó una lágrima que contenía más dolor que toda una vida de llanto.

Roberto J. Rodríguez. Madrid (n.1978). Técnico en Animación sociocultural. Cursó estudios de imagen y sonido en un IFP de Móstoles, y cine en una escuela privada de Madrid. Fundó "Corruption Productions" (colectivo amateur dedicado al cine), donde escribe, dirige, actúa y edita cortometrajes, tanto propios como ajenos. Escribe artículos y reseñas para la web de "Noche" (Asociación Española de Escritores de Terror), de la cual es socio. También forma parte del equipo de redacción de la revista "SFW Previews", y es colaborador de Scifiworld Magazine, así como de su portal en Internet. Ha publicado varios relatos de terror y fantasía en las revistas digitales El umbral oscuro, NGC3660 y Los Zombis no saben leer. En el campo del cómic, ha guionizado la adaptación de uno de sus relatos para la revista Exégesis. Este mismo año ha salido publicado "Antología Z. vol. 3" (Dolmen), en la que participó con el relato "La sordidez es la mejor compañía". Este año publicará "Sean bienvenidos... a su horrible final", dentro de una antología ambientada en el universo de los Mitos de Cthulhu (Edge). Tiene autoeditada la novela, de carácter intimista, "Confinamiento" (Galisgamdigital, la cual se puede descargar gratuitamente desde su blog. Aparte de esta, tiene dos más escritas, y otra en proceso. Una de ellas está a la espera de ser publicadas por ediciones Muza.<http://elsonadorsinparpados.blogspot.com/>



Anabel Zaragoza. Valencia (España) 1972. Ilustradora, escritora y lectora voraz. Ha publicado el relato "Estrella Matutina" en el nº 1 de la revista Historias Asombrosas, ilustró la novela "Después del Orgasmo" de José Miguel Vilar Bou y la contraportada de la revista digital miNatura (nº Universo P.K. Dick), así como ilustrando posteriores números. También colaboró en el número 2 de Planetas prohibidos ilustrando el relato "El día de la evolución". Actualmente amplía sus conocimientos de manipulación fotográfica, además de cursar un ciclo superior de Diseño y Producción Editorial.

LA CANCIÓN PEGADIZA

Texto: Roberto Malo

Ilustración: Pedro Belushi

Todo empezó, supongo, cuando escuché la canción “Historia de Ana” por primera vez. Era un domingo por la noche; estaba en la sala “No Vengas”, con mi hermano, y cantaba David Salas. A mitad de concierto, más o menos, la cantó.

*Recuerdo bien cuando estaba contigo
en las orillas del Pisuerga
y cuando metí en tu higo
mi preciada verga.*

*No olvidaré jamás
los innumerables polvos
en el asiento de atrás
de aquel Volvo.*

*Pero tú de pronto cambiaste,
o más bien te pasaste.
Cuando más yo te quería
te liaste con una tía.*

*Pero, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?
Oh, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?*

*Ha perdido el Madrid
y yo te he perdido a ti,
ahora pierdo hasta a las cartas
y tú con una tal Marta.*

*Me he pasado por tu casa
para ver lo que pasa.
Sólo me he enterado de una cosa:
tu amante se llama Rosa.*

*Pero, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?
Oh, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?*

*Y cana tras cana
sigo sin Ana...
Para que esto no acabe fatal*

hazte, por lo menos, bisexual.

*Yo por ti haría una locura,
yo por ti... ¡me haría cura!
Las hembras deben amar a los machos,
si tú no me amas... ¡me la escacho!*

*Pero, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?
Oh, Ana,
¿por qué te hiciste lesbiana?*

*He tomado ya la decisión
de hacerme la operación.
Hormonas ya estoy tomando
de muy cuando en cuando.*

*No creo que me puedas conocer,
yo ya soy una mujer.
He cambiado mis pelotas
por el nombre de Carlota.*

*Pero, Ana,
ahora no te da la gana.
Oh, Ana,
ahora no te da la gana.*

*Pero, nena, ¿tú quién eres?
¿Te crees que estoy loco?
Yo sólo he cambiado un poco,
me siguen gustando las mujeres.*

*No tienes ni siquiera piedad,
en vez de aceptarme por mi sacrificio
tú, mala mujer, me sacas de quicio
¡y yo he cambiado el carnet de identidad!*

*Pero, Ana,
por ti estoy sin banana.
Oh, Ana,
por ti estoy sin banana.*

Nos hizo mucha gracia, la verdad, y aplaudimos efusivamente durante su interpretación. Comentamos al finalizar el concierto la susodicha canción y alguna que otra y ahí -en principio- acabó todo. Pero no. Ni mucho menos. La carga había sido lanzada sobre nosotros, sin sospecharlo siquiera, y todavía no había detonado.

Tres días después, el miércoles por la mañana, me levanté de la cama con la

canción literalmente pegada a mi cabeza, acoplada como una lapa, como el sempiterno radiocasete de un rapero, machacándome, instándome a cantarla, a tararearla sin parar. “Pero, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana? / Oh, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana?”. Los mecanismos internos de las canciones se nos escapan a los que no entendemos de música. Algo tendrán las notas, la repetición, el ritmo, que se fijan en la mente como una segunda piel. Sin embargo, lo que me sucedía no era normal. Desde luego que no. La canción me pedía (me exigía, sería más exacto) que la cantara, que la tarareara, e incluso me recordaba que podía adquirir el disco por un módico precio en cualquier tienda cercana. No lo compré (menudo soy yo), pero me lo bajé por Internet rápidamente.

Una vez la canción estuvo en mi poder, maldición, yo estuve en poder de ella. Me pedía que la pusiera una y otra vez, que la cantara, que llevara el ritmo con los dedos, que tarareara el estribillo sin descanso. Estaba pillado por una canción. Era increíble pero cierto. Me tenía cogido y bien cogido, accionando el replay y sonando la canción una vez tras otra como en un bucle sin fin. En un descuido (en el breve intervalo entre finalizar la canción y empezar ésta de nuevo), le di a la pausa al aparato de música y en el bendito silencio que se instaló llamé por teléfono a mi hermano. Tenía que hablar con alguien, maldita sea, tenía que contárselo a alguien. No era en absoluto normal lo que me estaba sucediendo. Sin embargo, no era el único al que le estaba sucediendo. Mi hermano me confesó que se había levantado de la cama

con la canción “Historia de Ana” en la punta de la lengua, cantándola sin parar, sin poder quitársela de encima. “Pero, Ana, / ahora no te da la gana. / Oh, Ana, / ahora no te da la gana”. Sentí un nudo en mi garganta. Me dijo que había sentido la necesidad imperiosa (según sus propias palabras) de comprar el disco, pero que había conseguido sobreponerse a semejante disparate (ése es mi hermano, sangre de mi sangre), si bien finalmente también se había descargado la canción pegadiza (de hecho, la escuchaba claramente de fondo mientras hablaba con él). Desde entonces no hacía más que escucharla una y otra vez, una y otra vez. Ya

se la sabía de memoria, de pe a pa. Al parecer, estábamos los dos en el mismo barco, y los dos nos estábamos ahogando sin remedio. Había que hacer algo, y rápido. “Ven a ayudarme”, me imploró, “La canción no me deja salir de casa, y no puedo acudir al trabajo”. “Tranquilo, ahora voy”, le dije, “Yo he conseguido acallarla momentáneament

e”. Lo cierto es que no sabía cuánto tiempo tardaría ella en forzarme a ponerla de nuevo, así que agradecí el salir de mis cuatro paredes y huir en ayuda de mi hermano. Todo por la familia, me dije con decisión.

Ya en la calle sentí que en mi cabeza reverberaba la maldita canción, si bien no le hice mucho caso. Como un eco lejano, de alguna manera la muy cabrona seguía a mi lado. “Pero, Ana, / por ti estoy sin banana. / Oh, Ana, / por ti estoy sin banana”. Me la eché a la espalda y seguí caminando sin dilación. La canción se acomodó en mi espalda a modo de chepa musical y me



empezó a lanzar al cerebro la letra de la canción subtitulada, instándome a cantarla cual taimado karaoke. Conseguí a duras penas ignorar la letra, si bien mis débiles labios sucumbieron a tararear brevemente la musiquilla del pegadizo estribillo. No somos nada, pensé con amargura. Sí, mi hermano y yo no éramos nada. No sabía qué suerte habrían corrido las demás personas del concierto, pero estaba claro que a nosotros dos la maldita canción nos había dejado muy tocados.

Cuando al poco llegué a casa de mi hermano, llamé al timbre con cierto nerviosismo. Al otro lado de la puerta se escuchaba la canción perfectamente, si bien la voz un poco distorsionada. Valor y al toro, me dije. Menos mal que no llevamos a ninguna novia ni a ningún amigo al concierto, se me ocurrió pensar. Un instante después, se abrió la puerta de par en par. La había abierto mi hermano (o más bien lo que quedaba de él). Me indicó que pasara con un gesto desmañado y me saludó cantando, con los ojos vidriosos: “*Pero, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana? / Oh, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana?*”. Dios mío, mi hermano estaba peor de lo que me imaginaba. Estaba poseído literalmente por la canción (y además la cantaba fatal, todo hay que decirlo). Aquí se imponía un exorcismo por lo sano, me dije. Tenía que sacársela de las entrañas, y a la vez expulsarla de mi cabeza. La canción sería obra del diablo, no me cabía ninguna duda, pero algo se podría hacer para luchar contra ella. Así que, santiguándome tres veces, pasé al interior del salón (a la mismísima boca del lobo, ya que allí estaba el aparato de música) y me sentí al momento en un remolino o en un huracán musical, rodeado y zarandeado de lado a lado por la canción, retumbado a todo volumen a través de los altavoces de la estantería. El títere movido por hilos musicales que era mi hermano cerró la puerta de la entrada y vino hacia mí. Yo hice como que me sentaba en el sofá, derrotado por las circunstancias, pero, cuando mis nalgas estaban a punto de caer sobre el mullido mueble, di un enérgico bote y, lanzándome en plancha, apagué de golpe el aparato de música. Todo en cuestión de un

segundo, como un profesional del apagado certero y rápido. Y todas las lucecitas de la cadena se apagaron, sí, pero la canción no se apagó. Siguió sonando a nuestro alrededor, salida de vete a saber dónde. Me quedé doblemente acojonado. El reproductor de cedés estaba desconectado, sin ninguna duda, pero la canción seguía invadiendo nuestro espacio vital. La canción, estaba visto, era peor que un puto poltergeist melodioso.

Mi hermano me miró tristemente, doblegado por el ritmo machacón e interminable del maldito corte musical (que nos acababa de hacer, por cierto, un buen corte de mangas). Al observarlo de nuevo me di cuenta de que mi hermano no parecía un endemoniado, no; ahora lo veía claro: mi hermano se estaba convirtiendo en un zombi, en un zombi de un videoclip a lo *Thriller*, que aunque está muerto no puede hacer otra cosa que cantar y bailar la mierda de canción que le han endilgado. “Vámonos de aquí”, le dije rápidamente, y tomándolo de la mano lo llevé a rastras hasta la puerta. Así el pomo de la puerta con rabia, pero éste no se movió ni un milímetro. “Estamos atrapados”, me señaló mi hermano, abatido, “Mierda. De ésta me echan de la oficina”. A mí no me preocupaba el trabajo, la verdad (en mi empresa no me echarían demasiado de menos si no volvía), pero me preocupaba bastante más el hecho de estar atrapado por una canción. “No nos dejará salir”, sollozó mi hermano, “Es mucho más fuerte que nosotros”. Le iba a replicar airadamente, pero de mi boca sólo salió: “*Pero, Ana, / ahora no te da la gana. / Oh, Ana, / ahora no te da la gana*”. Me tapé la boca, aterrado. Estábamos atrapados, desde luego, por dentro y por fuera. Pero no me resigné. Me acerqué a las ventanas, pensando en una huida con tintes suicidas, pero estaban selladas. Pensé en romperlas, pero todos los objetos contundentes, de alguna forma, no se dejaban coger. El teléfono fijo no daba señal, era imposible llamar, y mi móvil y el de mi hermano se encontraban extrañamente sin cobertura, aunque sí que daban una tétrica señal: la musiquilla de la canción de las narices. Al diablo. ¿A quién queríamos engañar? No había escapatoria

posible. No podíamos hacer nada. Nosotros no, por lo menos... Sin embargo, por fuera... ¡Claro!

“La canción nos pide que la cantemos, y eso vamos a hacer, la vamos a cantar, y bien alto, con todas nuestras fuerzas”, le expliqué a mi hermano con la locura surcando mi rostro (y es que me veía reflejado en el espejo del salón). “¿Qué dices?”, musitó mi hermano sin comprender. “Vamos a cantar bien fuerte, y subir la música a todo volumen, para que así los vecinos llamen a la policía”. “¿La policía?”, atinó a decir mi hermano. “Sí, la policía nos sacará de aquí”, sentenció con seguridad. En ese momento me pareció una buena idea (tal vez el virus musical me había afectado ya demasiado), así que me puse a cantar la canción con toda mi alma, a pleno pulmón. “*PERO, ANA, / ¿POR QUÉ TE HICISTE LESBIANA? / OH, ANA, / ¿POR QUÉ TE HICISTE LESBIANA?*”. Mi hermano, algo extrañado de mi actitud, me secundó (pero cantando bastante peor que yo, que conste).

Horas después, estábamos afónicos perdidos, y ya tan sólo atinábamos a farfullar débilmente el estribillo de la canción. Nuestros vecinos, pensábamos, o bien pasaban completamente de nosotros, o bien, contagiados, también habían empezado a tararear la canción (no sabíamos qué explicación era peor). El caso es que la policía no aparecía. Nadie aparecía. Nadie. ¿Dónde estaban esas novias y esos amigos que tuvimos la deferencia de no llevar al maldito concierto? ¿Dónde? Sólo nos acompañaba la canción. La maldita canción pegadiza. “*Pero, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana? / Oh, Ana, / ¿por qué te hiciste lesbiana?*”. Era lo único que teníamos. Lo único, tal vez, que nos acompañaría eternamente.

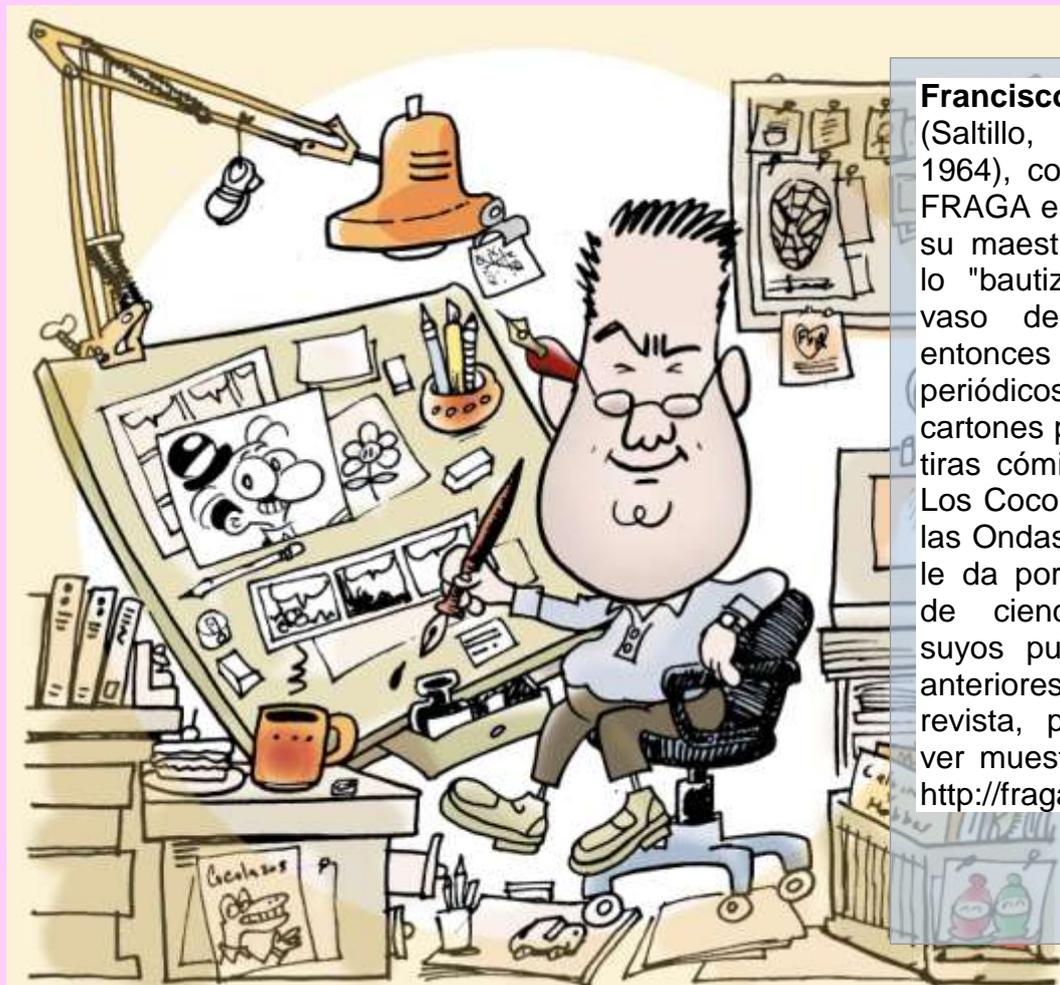
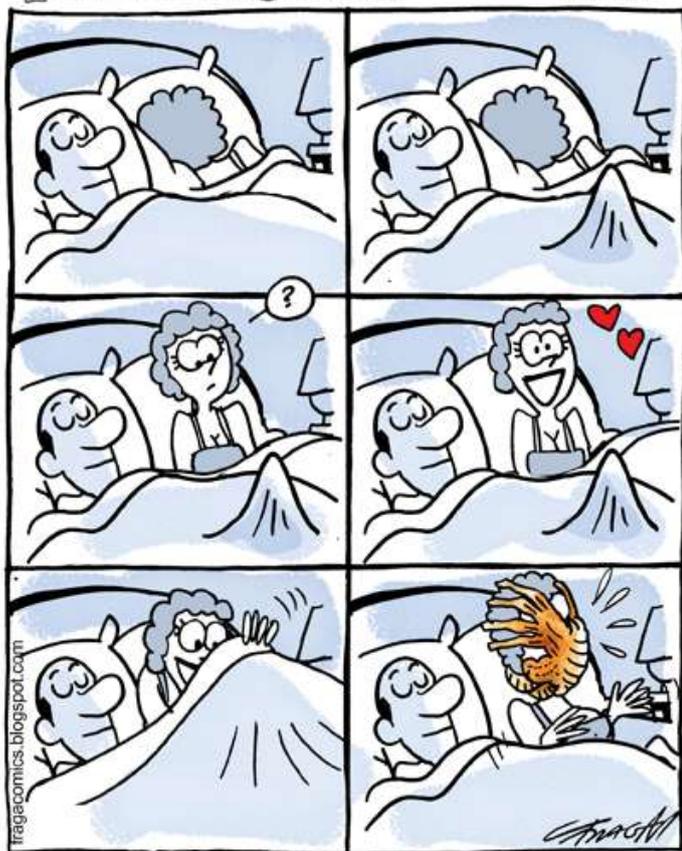
Cuando al final, deshechos, mi hermano y yo nos dormimos, la canción inundó nuestros sueños.

Pedro Belushi ha trabajado en múltiples proyectos de guiones, cómic e ilustración; guionista de Hero Kids (serie de dibujos animados en la onda Los Increíbles y las Super Nenas). Ha colaborado en el guión y realización de varios cortos y películas entre ellos “La Cesta” con Santiago Martínez, “Defensa de la sanidad pública” con Fernando Colomo e “Increíble pero cierto” con Adrián Delgado. Entre las películas, ha hecho un segmento (“La sopa de la abuela”) dentro de un largo de historias cortas de terror. Colabora con Santiago Eximeno en proyectos como ¿Quién es el Cruciforme?, Ediciones Efímeras o en el diseño de juegos de mesa, como Invasión. Entre sus obras están “Melquiades y El Genio” (Dibujo y guión. Ed. Sulaco 2000) y “Mighty Sixties” (Guión y diseño, junto a Carlos Vermut. Amaniaco Ed. 2001). Ha hecho diversas exposiciones dentro del Circuito del Humor Gráfico tanto nacional como internacional. Actualmente colabora con BEM on Line, Axxón, Sensación, Próxima y otras revistas de CiFi haciendo ilustraciones para relatos y portadas, así como guiones para otros ilustradores. Preferencias: humor negro, la línea Vértigo, el mundo Pop, la estética Tim Burton y Brad Bird, la CiFi, etc. Ha colaborado además en los anteriores números de Planetas Prohibidos. Tiene una galería en Saatchi. Su mail de contacto es pedros2020@yahoo.es

Roberto Malo (Zaragoza, 1970) es escritor, cuentacuentos y animador sociocultural. Ha publicado los libros de relatos “MALOS SUEÑOS” (CERTEZA, 2006) y “LA LUZ DEL DIABLO” (MIRA, 2008); las novelas “MALDITA NOVELA” (MIRA, 2007), “LA MAREA DEL DESPERTAR” (HEGEMÓN, 2007) y “LOS GUIONISTAS” (ECLIPSADOS, 2009), y el libro infantil (escrito en colaboración con Francisco Javier Mateos e ilustrado por David Laguens) “TANGA Y EL GRAN LEOPARDO” (COMANEGRA, 2009). Blog: <http://robertomalo.blogspot.com>. Durante 2011 aparecieron también los libros La Madre del Héroe y Asesinato en el club nudista. Otros datos: Roberto Malo. C/Tomás Pelayo, 21-35, Esc 2ª, 2ºA. 50009 Zaragoza. Tf: 652 03 59 89 / 976 44 15 10. maloroberto@hotmail.com

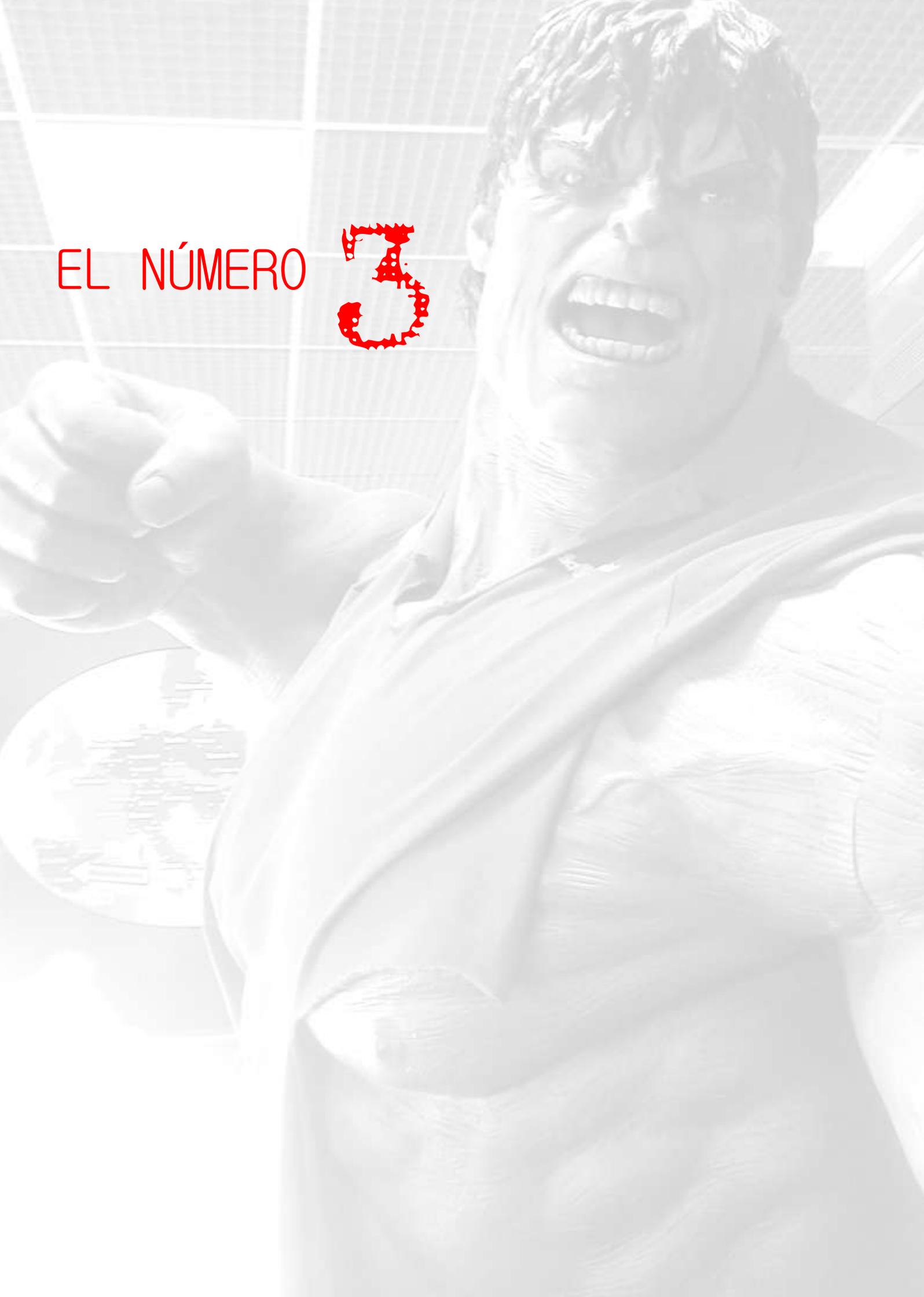
CÓMIC ONDAS FRAGIANAS





Francisco García Aldape (Saltillo, Coahuila, MÉXICO, 1964), comenzó a firmar como FRAGA en 1984 la tarde en que su maestro Oscar Peart Pérez lo "bautizó" como tal con un vaso de Coca-Cola. Desde entonces publica en varios periódicos y revistas sus cartones políticos, así como sus tiras cómicas de Don Ramirito, Los Cocolazos, Feng & Chuy, y las Ondas Fraguianas. También le da por ilustrar para revistas de ciencia ficción (trabajos suyos pueden encontrarse en anteriores números de esta revista, por ejemplo). Pueden ver muestras de su trabajo en: <http://fragacomics.blogspot.com>

EL NÚMERO 3



ARTÍCULOS

57/ CONAN EN LOS MEDIOS AUDIOVISUALES, J. Javier Arnau

62/ TODOS SOMOS DECKARD, Antón Martín



ABC DISTR. CO.
DETROIT, MICH.

CONAN EN LOS MEDIOS AUDIOVISUALES

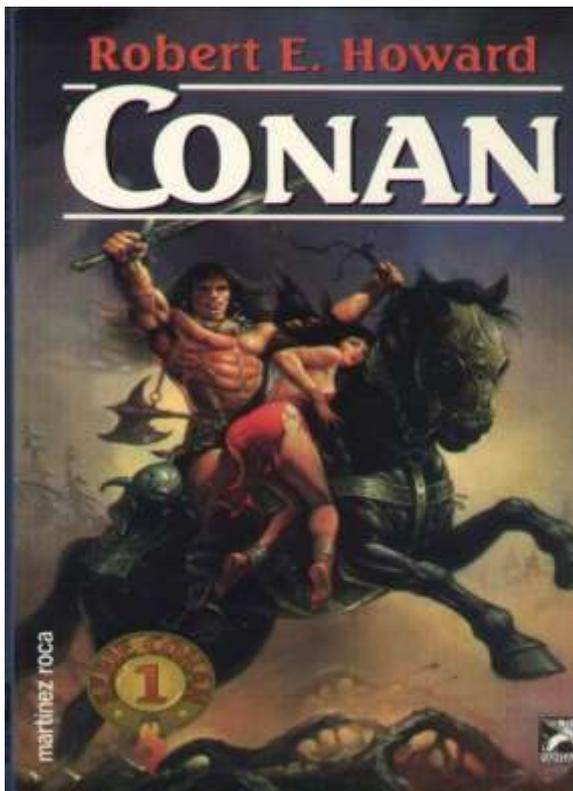
Texto: J. Javier Arnau

Hoy en día, cualquier personaje ficticio que se precie debe tener abiertas varias líneas de merchandising, acaparando todo el mercado posible en sus diferentes encarnaciones. Así, un personaje de cómic debe tener su correspondiente línea de juguetes, sus novelas -muchas veces meras novelizaciones del cómic-, su película, su serie de dibujos animados, etc.

Pero si hay algún personaje de ficción que ha resistido en todos esos campos dignamente, y desde el principio, ése es sin duda Conan. Además, el héroe creado por Robert Erwin Howard surgió primero en la literatura, para pasar después al cómic, al contrario de casi todos los héroes actuales de cómic.

I. CONAN EN LA LITERATURA

Robert E. Howard (1906-1936) publicó su primer relato *-Lanza y colmillo-* en 1925, y en 1926 su primera novela corta, siempre en la revista *Weird Tales*. En 1928 aparece la



serie sobre Solomon Kane, un puritano inglés, luchador incansable cuyas aventuras le llevan a extraños lugares. Pero es en 1929 cuando empieza la construcción de los relatos sobre un mundo prehistórico, una época muy distante en la historia del hombre, cuyo protagonista sería el rey Kull de Valusia, un antepasado de Conan.

Sin embargo, en 1932, R. E. Howard presenta un relato que le es rechazado; lo reescribe, y cambia al personaje central: acababa de nacer Conan, el Cimmerio, en un relato de su época de rey -lógico, dado el relato original del que provenía. El primer relato de Conan, "El fénix en la espada", vio la luz en Diciembre de 1932 en la revista pulp *Weird Tales*. Dicho relato era una reescritura de otro sobre otro personaje, el rey Kull, titulado "Y con este hacha gobernaré", que le había sido rechazado *por no contener elementos fantásticos*.

Estos relatos de Conan presentaban un mundo de hace unos 15.000 años, posteriores a los grandes cataclismos que habían acabado con la civilización antigua – la época de Kull–, pero muy anteriores a los primeros destellos de la historia escrita, donde la magia es efectiva, y los héroes son reales.

El gran acierto de Howard fue dotar a la serie con una enorme coherencia interna, detallando los diferentes países, razas e idiomas –muy en la línea de lo que posteriormente realizaría Tolkien en *El Señor de los Anillos*–, así como de una cronología en las andanzas de Conan, sabiendo dónde se encontraba exactamente en cada momento, qué le había sucedido, y qué edad tendría en esa época de su vida.

De todas maneras, en vida de Howard –se suicidó a los treinta años–, de Conan sólo se publicaron unos dieciocho relatos, de aproximadamente las dos docenas que tenía escritos, además de bocetos y borradores para otras historias.

Posteriormente, en los años 50, se empiezan a reeditar los relatos de Conan, por lo que la editorial pide a Lyon Sprague de Camp, uno

de los mayores estudiosos de la obra de Howard, que reescriba otras historias de Howard para adaptarlas al universo de Conan. Nace así otra serie de relatos de Conan, de la mano de autores como Linn Carter, y el mismo L. Sprague de Camp.

Bastante años después volverán a aparecer nuevos relatos del héroe bárbaro por excelencia, ésta vez amparados en la popularidad del cómic. En ésta nueva entrega, autores de todos los niveles y todas las tendencias, escriben novelas del bárbaro: Karl Edward Wagner, Roland Green, H. Ellison, Robert Jordan...

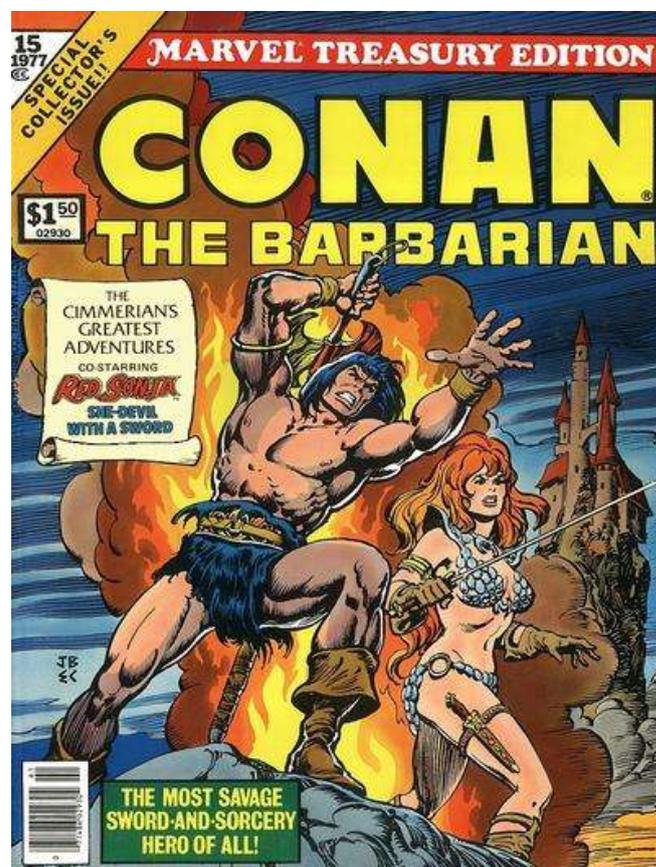
II. CONAN EN EL CÓMIC

En 1969, en Marvel Cómic se dan dos circunstancias que unidas, vinieron a significar mucho en la "vida" del bárbaro: Por un lado, se reciben miles de cartas solicitando adaptaciones al cómic de personajes literarios —Tarzán, El Señor de los Anillos, John Carter de Marte, Doc Savage, etc—; por otro lado, la idea por parte de los responsables de Marvel de ensanchar el horizonte de los cómics fuera del ámbito de los superhéroes.

Así, Stan Lee —director editorial— y Roy Thomas —director editorial asociado— convencen al editor, Martin Goodman, para intentar publicar una nueva serie. Se destina una pequeña cantidad de dinero para comprar los derechos del héroe de "espada y brujería" que eligiesen los editores; creyendo que los derechos de Conan, ya famoso por las novelas mencionadas de los años 50 y 60, iban a ser exorbitantes, se elige Thongor, de Lin Carter. Pero su agente no lo permite, por el poco dinero que le ofrecían.

Deciden ponerse en contacto con el albacea literario de R.E. Howard, Glenn Lord, consiguiendo los derechos por mucho menos de lo que esperaban, bajo la óptica de que un cómic podría hacer ganar lectores del héroe bárbaro. Aún así, el dinero ofrecido era mayor de lo que se podían permitir, por lo que hubo que recortar gastos en los

equipos creativos. Por eso, del guión tuvo que encargarse el mismo Roy Thomas —que estaba guionizando varios cómics de superhéroes, como Hulk y Vengadores—, y de la parte gráfica se hubo de prescindir de John Buscema, un enamorado del proyecto... pero a la vez el dibujante estrella de la casa y, por tanto, el de sueldo más alto. Se contrató a un joven inglés, que había hecho algún relleno en Marvel; pero este nuevo talento estaba en Estados Unidos sin papeles y sin casa, realizando los dibujos en los bancos del parque, y fue devuelto a su país por las autoridades americanas. Hasta poder regresar a EE.UU, Barry Windsor Smith, realizaba su trabajo desde su Gran Bretaña nata.



Al final, en 1970 aparece el primer cómic de Conan el bárbaro, con Roy Thomas al guión —con el tiempo sería el guionista que mejor conocería el personaje, al que ya estará para siempre asociado en la mente de los lectores—, y Barry Smith a los lápices, con lo que fue éste el que nos mostró por primera vez a Conan.

El Conan de Barry Smith es un joven cimmerico, de unos 17 años. Delgado pero

musculoso, con un casco de cuernos en su parte frontal, y un extraño medallón. Posteriormente, cuando la serie es ya un éxito, y Barry decide abandonar el personaje, se hace realidad la entrada de John Buscema en la serie, por lo que el aspecto del bárbaro cambiará —a veces incluso en las reelaboraciones de historias de B. Smith—, siendo bastante más adulto, más duro de facciones, y mucho más ancho de cuerpo; también desaparece el famoso casco.

Marvel publica diferentes series de Conan hasta 1996 (*Conan The Barbarian*, *The Savage Sword of Conan The Barbarian*, *Savage Tales*, *King Conan*, etc.). Posteriormente, hasta 2003 no se publica nada más del bárbaro, año en que la editorial Dark Horse se hace con los derechos, publicando la nueva serie llamada simplemente Conan, que a partir del número 50 se renombra, cambiando ligeramente de estilo, a Conan the cimmerian. También publican unas cuantas miniseries. Estas series de Conan, y Conan the cimmerian, buscan basarse en los relatos originales de Robert E. Howard, siguiendo en todo lo posible la cronología. Actualmente, finalizadas estas series, hay otras en proyecto, alguna de las cuales significa la vuelta de Roy Thomas a los guiones del cimmerico.

III. CONAN EN LAS TIRAS DE PRENSA

Con el éxito de cualquier personaje de cómic, viene indefectiblemente su paso a las tiras de prensa. Éste paso supone varios factores que hacen variar la concepción del personaje:

- En un principio, cambia la periodicidad, pues las apariciones suelen ser diarias -pueden ser de lunes a viernes, o sólo de domingo, pero suelen acabar siendo diarias.
- Van dirigidas a otro tipo de público, generalmente el que no compra cómics, por lo que la ambientación de las historias debe ser diferente.

Por eso, tanto en el caso de Conan como de cualquier héroe que da el salto del cómic a los diarios, surgen las opciones de, o coger las historias con menos carga para los lectores no acostumbrados, y reescribirlas, o bien escribir historias totalmente nuevas, que no tengan mucho en común con las del cómic -aunque sean fácilmente reconocibles por el lector habitual del cómic.



Así, en las “Daily Trips” de Conan, aparecen nuevas visiones de historias ya realizadas anteriormente —como por ejemplo la famosa *La Torre del Elefante*, de la que existen no menos de cuatro versiones: B. Smith, J. Buscema, Cary Nord y Alfredo Alcalá—, y se desarrollan tramas mucho más *lights* que en los cómics.

IV. CONAN EN EL CINE

Rafaella y Dinno de Laurentis: *Conan*, *Barbarella*, *Flash Gordon*, *Dune*... historia de lo que podía haber sido pero nunca llegó a ser... en fin. Dado el éxito de Conan en otros medios, el siguiente paso lógico era el cine. En un principio, se pensó en adaptar el relato “El coloso negro”, original de R. E. Howard, pero finalmente se deshechó tal idea.

Para el protagonista, se elige a Arnold Schwarzenegger, por su similitud física con el Conan de John Buscema. Como director se opta por John Milius, guionista de películas como “Las aventuras de Jeremiah Jonhson” —Sidney Pollack, 1972—, “El juez de la horca” —John Houston, 1972— y sobre todo, “Yakuza” —Sidney Pollack, 1975—, y director

de películas como "Dillinger" –1973– y "El viento y el león" –1975–.



El guión acaba siendo elaborado por el propio Milius y un Oliver Stone curiosamente interesado por el género fantástico. Pero, pese a la incorporación de L. Sprague de Camp como asesor, el resultado final es una amalgama de relatos de los diferentes héroes de Howard, lo que no satisfizo a muchos de los seguidores del bárbaro cimmerico. Además, Schwarzenegger puede que dé el físico del personaje, pero no llega en ningún momento a capturar su esencia, mostrándonos sólo a un bárbaro musculoso, pero poco inteligente, también debido a la labor del director y guionistas, por supuesto.

Pero Arnold tenía contrato vigente todavía, por lo que se rueda una continuación, "Conan el destructor" -1984-, esta vez bajo la batuta de Richard Fleisher –"20.000 leguas de viaje submarino", "Barrabás", "Los vikingos", etc–.

Si en la primera el asesor era L.S. de Camp, en esta iba a ser Roy Thomas, el máximo conocedor del bárbaro por sus años guionizando sus cómics. Sin embargo, el resultado queda más pobre de lo que se podía esperar, peor incluso que la anterior, asemejándose más a los refritos italianos que surgieron siguiendo la estela del verdadero Conan.

Aun así, el contrato seguía vigente –en principio, era para cinco o seis películas–, por lo que se realiza otra película más, "Red Sonja/El Guerrero Rojo" –1985–, también bajo la dirección de R. Fleisher. En ésta, dada su ínfima calidad, y en vista del desastre de las dos anteriores, se suprime cualquier referencia a Conan, siendo el personaje de Arnold el de un tal "príncipe Kalidor".

(NOTA CURIOSA: se dice que en principio sí era Conan, pues Red Sonja, en los cómics es una aventurera, acompañante ocasional del bárbaro. Pero en el doblaje, se suprimió la palabra Conan, sustituyéndola por Kalidor: también se comenta, que leyendo los labios, el nombre que se pronuncia para referirse al personaje de Arnold Schwarzenegger es Conan).

Por todo esto, se decide terminar la serie, quedando en el aire al menos un par de películas más. Se habló incluso de realizar una nueva película, que narraría las aventuras de Conan Rey, por lo que el papel le iría de maravilla a Arnold Schwarzenegger: es más, se comenta que sería de la época de rey justamente para que lo pueda interpretar Arnold.

Aún mejor, existe un guión de K. E. Wagner, y para directores se barajan a John Milius, Oliver Stone y Paul Verhoeven –petición de Arnold–. Parece ser que se iniciaron conversaciones entre Milius y los productores –los hermanos Wachosky– en cuanto a la concepción del personaje. Pero la realidad ha sido otra, y lo que realmente se ha rodado ha sido la película CONAN, en 3D, interpretada por Jason Momoa y dirigida por Marcus Nispel (*Viernes 13 [2009]*, *El guía del*

desfiladero [Pathfinder], La matanza de Texas 2004])

(ver reseña de esta película en la sección correspondiente)



Por otro lado, también destacamos que el guión de la película "Kull el conquistador", protagonizada por Kevin Sorbo, el Hércules televisivo, era en principio para una película de Conan; curioso si pensamos que el primer relato de Conan fue uno de Kull rechazado y reescrito por R. E. Howard.

V. CONAN EN LA TELEVISIÓN

Hace años, una de las diferentes emisoras de T.V. españolas, pasó en su horario infantil las series de dibujos de Conan: "Conan" y "Conan y los jóvenes guerreros". Guiones sumamente infantilizados, más propios de una película de Disney —mascota graciosa/repelente incluida— que a las verdaderas andanzas de nuestro héroe. Además de una animación torpe, y un desarrollo que se nos antoja, en nuestra opinión, inaguantable.

También existe la serie con personajes reales, que parece ser que en España sólo se ha visto a través de las parabólicas (no sabemos si ahora con la proliferación de canales por cable, ha sido emitida en alguno

de ellos). Según se comenta, ha pasado sin pena ni gloria, esta producción americana protagonizada por el fisiculturista alemán Rolf Moeller en el papel de Conan, y con intereses del mismísimo Arnold Schwazennegger. Dicha serie constaba de un episodio piloto de unos 90 minutos, y otros veintiuno de unos 43 minutos.

Actualmente, hace ya tiempo que se está hablando de una versión en dibujos del famoso relato "Clavos Rojos"; veremos como queda la cosa porque ya hace bastante que corren los rumores, pero aún no hay noticias en firme.

También cabe señalar que existen incluso discos recitados de las aventuras de Conan. Lo que creo que no llegó a existir jamás, según palabras del propio Roy Thomas es un programa de radio.



Bueno, pues hasta aquí esta breve reseña del paso de Conan el bárbaro por los diferentes medios audiovisuales, sin entrar en el merchandising puro —espadas, estatuas, convenciones, etc.—, ni por su edición en España desde principio de los años 70: todo esto tal vez lo veamos en un futuro artículo, pues es interesante reseñar los más de treinta años de edición de las historias de Conan.

J. Javier Arnau es escritor. Sus publicaciones y actividades pueden consultarse en <http://jjarnau1.blogspot.com/>

TODOS SOMOS DECKARD

Texto: Antón Martín

Cuando Rick Deckard (El Blade Runner del film de Ridley Scott: 1982) llega a su oscuro departamento en un piso 97 viene destruido. Está cansado de la vida que lleva y detesta su trabajo. Solo lo ha aceptado porque no tiene más remedio. *Si no eres policía no eres nadie*. Las palabras de Bryant aún resuenan en su cabeza. Tiene dientes sueltos y algunos faltantes, el sabor metálico de su propia sangre en la boca y está mojado. Todo el tiempo siente dolor en su cuerpo, solo quiere dormir.



En Los Ángeles del 2019 siempre está mojado, llueve desde todos lados y no importa si es de día o de noche, pues la niebla de un planeta añoso y en constante exilio todo lo cubre. Solo algunos viven en la Tierra, los que no han podido aprobar el examen médico, los pobres, los excluidos, la policía, y aquellos comerciantes que dependen de la *Corporación Tyrrel*, como proveedores de ojos, piel y órganos artificiales.

Deckard es uno de ellos. Camina por entre los intersticios de una ciudad oscura húmeda y repleta de neón, mientras la interlengua se mezcla con la publicidad en español,

asiático y árabe que invita a vivir en las colonias exteriores de la Tierra, o a comprar un androide para las tareas del hogar. Deckard come en la calle rápidamente y luego regresa a su oscuro lugar, a su piano, a sus fotos, a sus recuerdos.

Antes de “aceptar” volver a su antiguo trabajo de “retirar” a personas artificiales pienso que Deckard debió haber saldado muchas de las preguntas que aparecen en el film, o quizá no. Si acaso por error había retirado a un humano, qué es lo que hacía o definía a un ser humano, o quizá por qué eligió ese trabajo y no otro.

Deckard parece haber sido bueno en lo que hacía. Bryant al buscarlo le dice que quiere su magia, la magia del veterano Blade Runner. Pero él ya estaba retirado. De seguro vivía deambulando por la ciudad, sentándose a comer sushi callejero, fideos chinos, bebiendo de vez en cuando. Mirando la ciudad hundida en esa niebla eterna. Sintiendo la lluvia caer día tras día o tras noche. Buscando entre las vitrinas alguna imagen que le diera tranquilidad. Al parecer Deckard no tuvo opción.

No la tuvo al convertirse en un Blade Runner y tampoco la tuvo al aceptar aquel trabajo. Retirar a cuatro ejemplares de Nexus 6 que habían escapado. Pero el crimen no era ese... el crimen era ser un Nexus 6 y estar en la Tierra. Los Nexus 6 estaban proscritos so pena de muerte, de hace años ya cuando un grupo de ellos se había revelado sangrientamente. En suma, Deckart era el verdugo de los Nexus. Una especie de guillotinator ciberpunk que, tecnología, armas e instinto de por medio, va detectando y eliminado (retirando) a los réplicas.

Deckard exhibe cierta destreza en su accionar cuando aplica el test *Voight Kampff*

para detectar replicantes que parecen humanos, algo más allá que un policía normal. Sin embargo, bastantes dificultades tiene cuando de RETIRAR a los Nexus 6 se trata.

A Zhora, la primera y bella replicante que bailaba en un club, solo consigue retirarla luego de ser golpeado y de una persecución larga y peligrosa. Varios disparos fueron necesarios para que Zhora expirase.

A Leon, no lo retira él. Es Rachael la que con un certero disparo en la frente evita que el réplico termine con los dedos metidos en los ojos de Deckard.

Con Pris sufrió bastante. La gimnástica muñeca de placer lo tuvo contra las cuerdas con una llave de piernas digna de un pulpo de los mares perdidos de Ulises. El exhibicionismo contorsionista de Pris terminó con ella. Una bala salida del arma de Deckard le atraviesa el torso para quedar convulsionando como un pescado fuera del agua. Hizo falta una bala más y Deckard ya no quería más guerra.

Lo de Roy es de antología. El NEXUS 6, enérgico y hasta lúdico, aúlla como un lobo y lo persigue. Deckard huye con miedo y busca algo a que asirse. Tiene los dedos de su mano quebrados y ha perdido su arma en la huída. Finalmente Roy le salva la vida y luego de una pregunta casi filosófica muere. Deckard queda tirado ahí. Cansado, herido y algo aturdido.

Has cumplido tu misión le dice Gaff. No obstante aún queda Rachael. A la que ya ama y que corre a rescatar.

Como se ve, para Deckard cada réplico es más difícil de retirar. Finalmente a Rachael no la retira. Es más, le salva y se la lleva como única esperanza de tener una nueva vida, lejos de aquella ciudad y sus oscuras

proyecciones. Es Rachael, quien le ha proporcionado las preguntas (respuestas) y le ha abismado al error, quien le ha salvado la vida y quien ha desnudado algo de humanidad en Deckard. Es Rachael realmente la verdadera protagonista. Sin ella, Deckard estaría muerto a mitad de trabajo.



Solo con, por y en Rachael, Deckard toma una decisión de verdad. Soberana. Renunciando a su Bladerunneridad. Renunciando a años y años hundido en esa ciudad.

A menudo en nuestras vidas deben aparecer Rachael's que nos recuerdan eso. Sea una persona, una causa o un proyecto de vida que nos saque de esa ausencia de renuncias. Quizá los sueños también ocupen ese espacio. Pero la pregunta es ¿Acaso todos pueden optar? Cuántos miles de millones de seres humanos no tienen otra opción que desempeñar un trabajo que no toleran y que les come la vida y que ineludiblemente van salvando el día a día.

Atascados como funcionarios estatales o de grandes corporaciones perviven en un círculo de renuncias fracasadas. En un continuo aproximarse al escape, retrocediendo en las memorias, atascados en la lluvia permanente de un alma adormecida.

Antón Martín. Nacido al sur del mundo, en Santiago de Chile. Cuando la ciudad luminosa era objeto del bombardeo de los aviones de las fuerzas imperiales. De niño vio luces en el cielo, naves más allá del cinturón de Orión, leyendo a Asimov, Clarke y Bradbury. De joven persiguió las luces en el cielo en el norte de Chile, documentando los incidentes del chupacabras, abducciones y aterrizajes y encuentros en la oscuridad. Viajó por toda América buscando señales de otras vidas, recogiendo testimonios en Bolivia, y Alto Perú. Sumergido en la selva amazónica conoció la sabiduría de las tribus más antiguas. Desapareció años en medio del Amazonas. Volvió a Chile para dedicarse al ejercicio de la profesión de abogado en Valparaíso, la ciudad más brillante de todas. Desde el puerto del hambre vigila la noche, y ausculta el universo insondable. De vez en cuando a su despacho llega un Aquiliano, un replicante, o a veces una bella mujer que parece de otro planeta. Su trabajo es ahora resolver misterios, que casi siempre, terminan llevándolo más allá de los límites de la realidad.

UN AUTOR: FÉLIX BALLESTEROS

66/ ENTREVISTA A FÉLIX BALLESTEROS, por Claudio Landete

71/ LA PELIGROSA VERDAD, de Félix Ballesteros y David Velázquez



En el número 2 de esta revista, publicamos la reseña de la novela ganadora del premio Andrómeda 2009, publicada en 2011, *El Hijo del Hombre*, de Félix Ballesteros Rivas. Gracias a la amabilidad del autor, y a la del editor Claudio Landete Anaya, este mes os traemos un relato inédito, y una entrevista. Asimismo, agradecemos la labor del ilustrador David Velázquez.

ENTREVISTA A FÉLIX BALLESTEROS RIVAS

Por Claudio Landete

Defínete a ti mismo.

En una novela de Terry Pratchett, un genio de Discomundo le concede a uno de sus criados el privilegio de que le haga una pregunta, la que quiera, con la promesa de que se la responderá; cuando el criado le pregunta '¿Qué hacemos para cenar hoy?' el genio se rasca la barbilla, y murmura algo del estilo de '...bien...bien, una de las difíciles...'. Esta pregunta es mucho más difícil, por supuesto. ¿No la podemos dejar para el final?

Bueno, vale, ¡a por ello!

Yendo de dentro a fuera, creo que soy una persona introvertida, con escasísimas habilidades sociales y nula inteligencia emocional, criado sin hermanos y en un entorno sin otros niños, soy alguien que se ha pasado la vida analizando lo que me rodea de una manera cerebral para intentar encontrar respuestas a preguntas para otros tan instintivamente obvias como '¿por qué me preguntas esto?'.

Bueno, mi mujer dice que tampoco es que yo sea un gremlin. Y que ese constante analizar la situación me facilita ahora escribir y describir.

En lo privado, soy un esposo y padre casi obsesionado con la importancia de familia. Al menos la mía es para mí lo más importante. Lo único que le sigue en

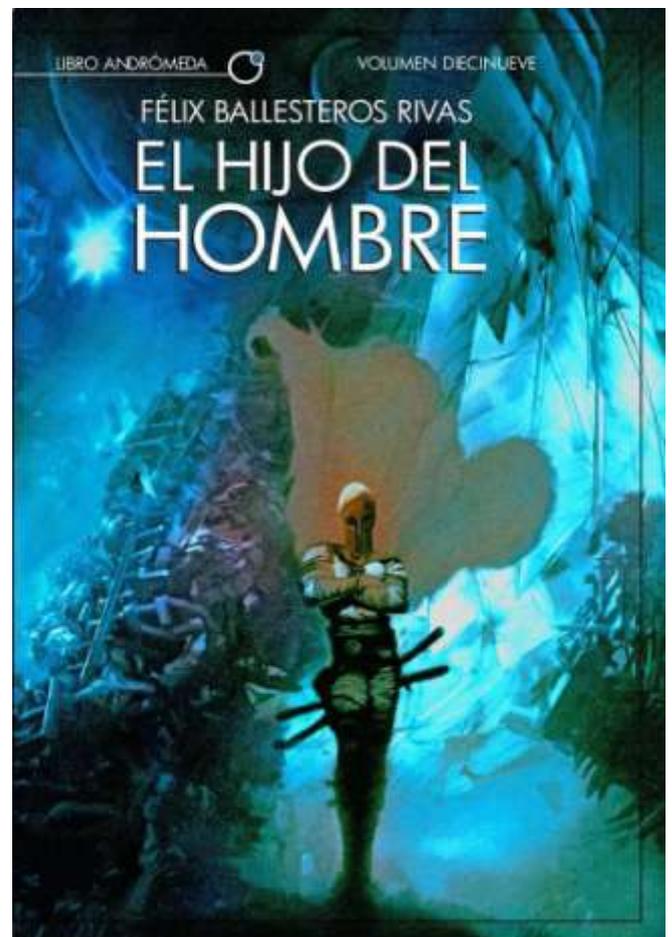
transcendencia es escribir historias que a otros les aporten emociones o pensamientos.

En lo público soy un ingeniero siempre tratando de entender cómo funciona el mundo que me rodea e imaginando la manera de que funcione un poco mejor.

¿Estás de acuerdo en que la ciencia ficción debe instruir a la vez que entretiene?

Todo la Literatura debe aportar algo a quien la lee, la Ciencia-Ficción no es diferente en eso, pero el valor de algunos libros viene, sobre todo, de lo que nos hace sentir, otros por lo que nos enseñan.

Lo único peculiar de la Ciencia-Ficción es que siempre hay quien cree que lo que nos debe enseñar es matemáticas, química o astrofísica, pero yo creo que también nos puede aportar grandes cosas a cualquier rincón de nuestro cerebro, incluyendo unas risas o unas lágrimas: yo me leí llorando sin remedio las últimas 170 páginas de la saga de Cita con Rama...



¿Es posible que la ciencia ficción haya perdido su sentido, pues el mañana ya está aquí, o todo lo contrario, que al estar integrada en la sociedad actual ha llegado su mejor momento?

Si hay un par de cosas que necesita la Sociedad del Siglo XXI son, sin duda, una filosofía/ética/moral/principios que vaya(n) más allá de las siguientes elecciones y una Ficción realmente Especulativa que nos ayude a ver más allá de lo que nos rodea.

Hace cien años el mundo se movía despacio y la sociedad no cambiaba mucho (desde nuestro punto de vista actual) en diez o veinte años.

Luego, en los primeros años 'setenta', un catedrático me decía una frase muy sólida y dogmática: 'la televisión va por antena, el teléfono por cable y las mujeres no entran en el Ejército'... hoy la televisión va por cable, el teléfono tiene una antena interna y una sobrina mía estuvo en el Ejército, precisamente en el mismo cuartel en el que yo había estado unos meses como oficial un cuarto de siglo antes.

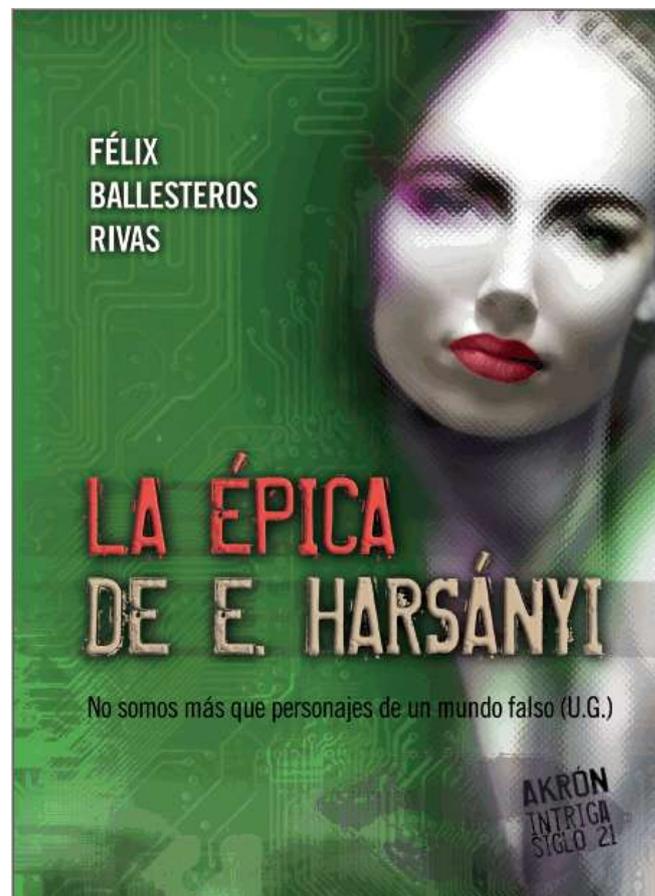
Y hoy la Sociedad evoluciona a velocidad siempre creciente, y necesita más que nunca a quienes son (¿somos?) capaces de ver más allá del hoy y del aquí, de mostrarnos a todos la Sociedad a la que nos dirigimos y de expresarlo de una forma que nos entre en el estómago y en el corazón, no sólo en la estantería: necesita la Ficción Especulativa en todas sus variantes ¡más que nunca!

¿Piensas que continúa con éxito el matrimonio Ciencia Ficción-Universidad iniciado hace décadas?

Sí, y espero que por los siglos de los siglos, porque quienes estudian en la Universidad deben ser ¡y son! las personas que se están preguntando cómo es el mundo que les rodea ¡para cambiarlo!

No todos los inconformistas consiguen o quieren llegar a la Universidad, pero es indudable que la mayoría de los conformistas se quedan fuera.

Cualquier Campus es fértil campo abonado para la Ciencia-Ficción y para muchas otras cosas maravillosas y creativas, ellos son los cimientos de los siguientes cuarenta años, que están por escribirse y que sólo la Ciencia-Ficción puede adelantárselos.



¿Cómo surgió la idea de que escribieras una serie de artículos sobre Ciencia y Ciencia Ficción?

Es un complemento ideal a lo que llevo años haciendo. Porque no sólo he escrito Ciencia-Ficción: también tengo publicada una serie de intriga sobre delitos tecnológicos y un par de libros de divulgación (pendientes de que la crisis pase y algún editor se anime a publicarlos) sobre el Coche Eléctrico y otro (a medias con un amigo) con el auto-explicativo título de Grandes desastres tecnológicos del Siglo XX.

Estos artículos casan muy bien en mi personal catálogo: siempre estoy escribiendo sobre ciencia y tecnología, con relatos o ensayos, y escribir textos de

divulgación en los alrededores de la Ciencia-Ficción me resulta más próximo a la diversión que al esfuerzo.

¿Cuántos artículos tienes previstos escribir sobre este tema? ¿Puedes adelantarnos algo de los contenidos?

Lo primero que me pasó por la cabeza se parecía mucho al catálogo de una librería: en una librería bien surtida hay secciones dedicadas a la Física, la Química, las Matemáticas, Sociología, Medicina, etc., así es que abordé la tarea de forma sistemática; pero estoy viendo que no todas las ramas de la Ciencia están igual de tratadas en la Ciencia-Ficción.

Por ejemplo, acabo de terminar el artículo dedicado a la Química, y encontrar el contenido me ha costado más que en los artículos anteriores. De igual manera, ya voy sospechando que habrá ramas realmente secas y otras, por supuesto, en las que no seré yo el más adecuado para sacarles sus frutos, por lo que estoy abierto a colaboraciones.

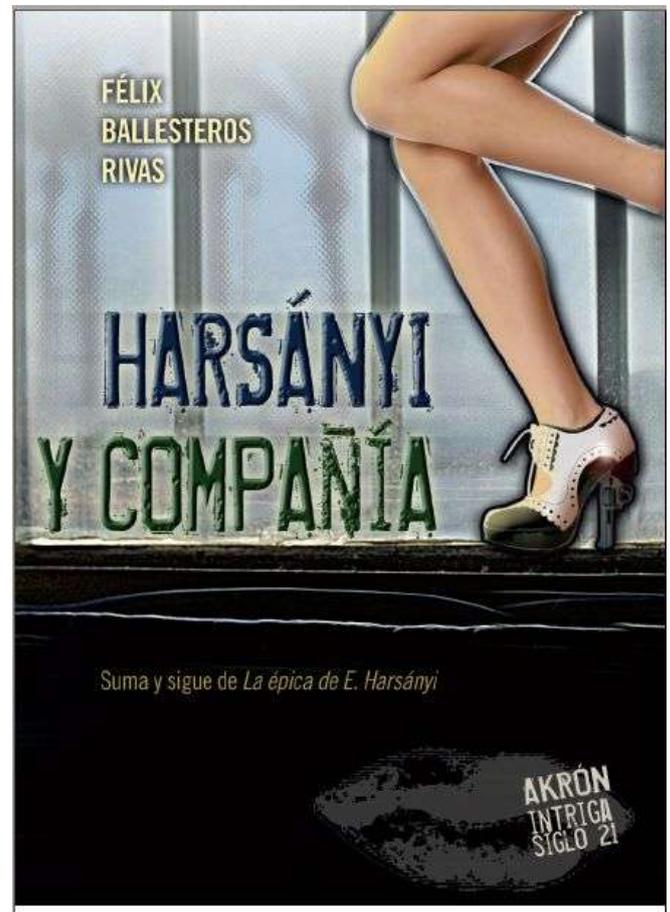
Ya tengo alguna idea de lo que contar en Biología y Cibernética, y tengo el lazo echado a algún colaborador para Medicina, Sociología y Psicología pero... ¿alguien se anima con Las Matemáticas y la Ciencia-Ficción?

El contenido es muy claro: dar unas pinceladas de la Ciencia correspondiente a ese artículo que vienen bien para disfrutar mejor de la Ciencia-Ficción. Por ejemplo, al decir eso de '¡Que La Fuerza te acompañe!' puede venir bien saber qué fuerzas existen y cuales son imaginarias.

¿Cuáles son tus próximos proyectos?

Aparte de estos artículos, tengo que actualizar el libro sobre el Coche Eléctrico, que es un área en el que están sucediendo cosas importantes a creciente velocidad, y, sobre todo, tengo entre manos una novela muy ambiciosa sobre el declive brusco de la Civilización por culpa de un fenómeno natural que tiene ciertas posibilidades de

sucedir en los próximos años (estemos todos atentos a las próximas erupciones solares); espero tenerla terminada para principios del año 12 y sería el 'origen' de El Hijo del Hombre.



¿Para quién escribes? ¿Qué importancia tiene la visión del lector dentro de tu proceso creativo?

Escribo para alguien con Curiosidad, alguien que se para en mitad de una página a pensar en las implicaciones de lo que está leyendo, que interrumpe la lectura y se pone a navegar por Internet para completar la información que recibe, alguien que lee en el autobús, que si lee en papel no le preocupa que su libro se moje bajo la lluvia pero que tiene terror a quedarse sin nada que leer a mitad del viaje, alguien que presta libros pese al riesgo de que no se los devuelvan y que más de una vez se le ha quemado la cena por culpa de un relato demasiado absorbente.

Como yo también soy así, no me cuesta mucho imaginar al lector y no suelo cambiar

nada a priori sólo para gustar a nadie diferente de los que me rodean. De todas formas, cuando alguien lee algo mío y me hace sugerencias, es muy raro que no saque corriendo el teclado para corregir lo que me dice que es mejorable; aprecio muchísimo cualquier comentario.

Ahora como consumidor de ciencia ficción... ¿Estás satisfecho con la oferta actual o encuentras carencias en el mercado?

El mercado editorial en castellano, en mi opinión, no goza de buena salud; casi diría que no goza de ningún tipo de salud y, desde luego, ni siquiera goza. Y la Ciencia-Ficción está en la parte de debajo de esa arrastrada existencia.

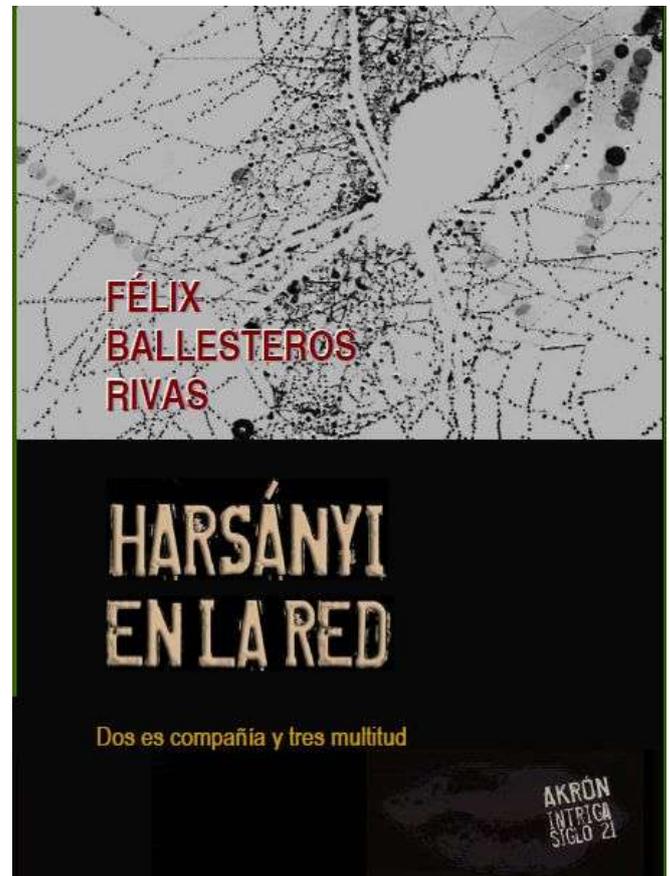
La mayoría de editores creo que lo son por pura vocación, y que si lo hacen por negocio no lo pasan tan bien.

Otra cosa son los que se dedican a publicar en castellano lo que ya está demostrado que tuvo éxito en otro idioma, sobre todo en inglés, por supuesto: el riesgo es mucho menor.

No trato de criticar a nadie: yo no soy tan valiente como para (intentar) hacerme editor, así es que tan sólo puedo saludar con inmenso respeto a los que se lanzan a esta difícil empresa y felicitarles/agradecerles por dar a luz obras de las que puedan sentir un muy cierto orgullo.

Y de estos, los que dan oportunidades a desconocidos... ¡unos héroes de la Cultura!

Por supuesto, la gran carencia que encuentro es la más difícil de llenar: dinero, inversión, promoción... si la quinta parte de lo que se gasta en promocionar películas, teléfonos o electrodomésticos se dedicase a promocionar libros que merecen la pena (no sólo lo último de los de siempre), la gente estaría mejor cultivada, sería más feliz y el mundo mejor. ¿Verdad que es un panorama digno de la Ciencia-Ficción utópica?



La prosaica realidad, sin embargo, es que cuesta encontrar lo que merece la pena, y sin sitios como Planetas Prohibidos sería casi imposible.

Elige tu personaje literario favorito y explica por qué.

Desde los nueve años mi personaje favorito es *Ciro Smith*, el protagonista de *La isla misteriosa* de *Julio Verne*: llega a una isla remota con unos amigos sin nada más que 'lo puesto'... ¡y sus conocimientos!; pero con sólo esos condimentos y un cuchillo que improvisa con el collar del perro, trabajando duro, al cabo de un tiempo viven en una casa con ascensor, tienen granjas y están pensando en una línea de ferrocarril.

Es el arquetipo del Ingeniero y de que ¡Saber es Poder!

Por cierto, mi personaje favorito de la vida real es *Imhotep*: el constructor de la primera pirámide escalonada y el único ingeniero que ha llegado a ser venerado como un Dios, con templos y todo.

Piensa que vas a quedar registrado en los archivos personales del Dr. Who, y el tiempo se acaba. ¿Qué es lo último que quieres explicar de ti para que quede constancia en tiempos venideros?

Que la gente interesante la encuentro en todas partes, que valoro una buena conversación mucho más que una buena botella y que una persona me parece importante sobre todo si puedo hablar con ella de cualquier cosa... y recibir una respuesta inteligente, aunque a veces la respuesta inteligente consista en el silencio.

¡Ah!, y que mi web es www.felixballesterosrivas.es y mi correo es dimealgo80@itieh.com

Claudio Landete Anaya lleva más de quince años realizando actividades de difusión y promoción del género fantástico en la provincia de Barcelona, como son: la edición de las colecciones Libro Andrómeda y Mundo Imaginario, así como la convocatoria anual de un premio literario de ficción especulativa. <http://www.libroandromeda.com/>

LA PELIGROSA VERDAD

Texto: Félix Ballesteros Rivas

Ilustración: David Velázquez

En medio del alboroto, entre especialistas que brindaban con champán en vasos de plástico y se llenaban la boca con croquetas demasiado blandas para comerlas con los dedos, rodeado de caras alegres por todos lados, se le improvisó un podio con la mesa de la historiadora que estaba de baja postparto y allí tuvo que subir el homenajeado, con grandes esfuerzos por culpa de su avanzada edad y su precario estado de salud.

La planta del edificio era grande, pero no tan grande como para necesitar altavoces, y menos con el respetuoso silencio con que atendían sus palabras el centenar de historiadores, físicos y matemáticos que le rodearon; pero le hicieron esperar a que el micrófono de una grabadora estuviese frente a sus labios: alguien quería que se recordase cada palabra de lo que iba a decir.

Amigos... compañeros... ¡No sé cómo llamaros! ¡Llevo muy poco tiempo aquí!

Me pedís que os cuente cómo se me ocurrió pero, ya que alguien se empeña en grabar esto, tengo que empezar por contar cómo empezó todo para mí, porque tiene su importancia para entenderlo.

Y tengo que empezar este principio agradeciendo la oportunidad que me disteis de volcar mis recuerdos en el Proyecto mucho antes de lo que tocaba por mi edad. No sé qué parámetro de los que salieron de los test os hizo adelantar la fecha, pero gracias.

En las pantallas de las mesas de los alrededores diversas imágenes exploraban situaciones, algunas de ellas reconocibles: se podía ver el interior del vagón de tren en el que Hitler y Franco negociaban, en otra se veía el descapotable negro de J. F. Kennedy recorrer las calles de Dallas desde diversos ángulos, en otra una mujer negra jugaba con un recién nacido en la llanura keniana...

Al principio estaba tan ansioso que no creo que lo que le contaba a los especialistas sir-

viere de mucho, los recuerdos de toda mi vida no creo que hayan aportado gran cosa a la documentación de algún hecho histórico trascendente pero, por lo visto, mi paso por el Proyecto parece que lo consideráis positivo.

Risas, algún grito. Unos pocos aplaudieron, pero la mayoría estaba limitada en sus movimientos de manos por algún vaso, o un trozo de las pizzas que acababan de llegar.

El caso es que cuando me ofrecisteis ponerme a los mandos, apenas entendía lo que estaba haciendo. Era demasiado bueno para ser verdad y cuando me hice consciente de lo que estábamos tocando se me pusieron todos los pelos de punta: estábamos viendo el Pasado. Me tuvisteis que convencer de que era una verdadera imagen del pasado, de que no era, como decían todas las informaciones públicas sobre el Proyecto, una recreación del pasado en una imagen sintética basada en los recuerdos que estáis recopilando.

Me fue muy difícil, al principio, entender las limitaciones que os estabais encontrando. Cuando me encontré la primera imagen borrosa, me parecía que tendría que aclararse de manera natural con más información ¡si es que hay algo natural en todo esto!

Pero estaban esas escenas en las que cuanta más información se aportaba, más confuso era el resultado...

Me animasteis a que siguiese por cualquier otra parte, que practicara con cualquier otra escena que me interesase, que adquiriese práctica con problemas sencillos antes de meterme en líos.

Gracias otra vez. Ha sido todo un privilegio.

¡Teníais ya una buena visión del asesinato de Julio Cesar! ¿Cómo no engancharse?

Alguien puso en la pantalla de la pared de detrás esa escena: un grupo de senadores de la Roma Imperial, con sus togas, con las columnas del Senado al fondo, el revuelo a la llegada de Julio Cesar...

También pude llegar a ver a mi padre de joven -la voz se le quebró por un instante, pero se recuperó y siguió sin que fuese obvia

la interrupción-, estaba en el entierro de José Antonio en el Valle de Los Caídos y conseguí encontrarle porque me contó la escena de dentro de la basílica, cuando alguien gritó '¡Franco traidor!' detrás de él. ¡Era real! ¡Estaba viendo el pasado!

La escena de la pantalla la cambiaron para que se viese la detención de aquel falangista demasiado atrevido.

Me pasé un par de días fantásticos jugando con los mandos, asistí a mi propio nacimiento en medio de un dramático apagón general, asistí a las cacerías de Hemingway en África, vi a Fermi y a Freeman desarrollar la primera bomba atómica, asistí a sus clases... y, por lo que contáis, me descubristeis ese instinto que siempre estáis buscando entre todos los que tocan el sistema. Por lo visto lo tenía y yo era capaz de sacar esa escena extra, ese ángulo perdido de las imágenes del Pasado.

Una de las que le escuchaban, una joven con la bata azul de los historiadores, le gritó desde la parte de atrás: '¡Dinos cómo lo haces!'. Se ganó un guiño del orador y un coro de aprobación de los que escuchaban.

Pues para mí, la mejor analogía es que cuando observas una imagen tridimensional de algo, lo inmediato es mover el punto de observación a un lado y a otro para ver la parte de atrás de las cosas. En la imagen que viene del pasado hay también partes de atrás, continuaciones y precedentes que puedes intuir pero que si no le das al sistema las pistas precisas es como si no pudieses ver del pasado más que las cosas que ya conoces.

Hasta ahora, el método rutinario era añadir más y más información y, si no se tenía información sobre el hecho que investigabais, hacer suposiciones más o menos sesudas -el orador hizo una amable reverencia al grupo de los historiadores-. El acceso al Pasado se abre cuando enfocas el punto exacto del espacio-tiempo y cuando puedes predecir cómo ha evolucionado hasta allí y como seguirá desde allí, más o menos -con ojos de disculpa miraba el orador al jefe del Proyecto, a pocos metros, que le hizo un guiño amable-, y sólo entonces se engancha el canal del observación. Y descubristeis que yo

acertaba más que la mayoría en esas suposiciones.

Por lo que me habéis explicado en estos días es algo que está en el meollo de todo el Proyecto: toda esa maraña de absurdos que es la Mecánica Cuántica es un limbo de improbabilidades que sólo se pueden superar por la intuición, que según... ¿Penrose me dijisteis? -uno de los espectadores más cercanos, un casi anciano de barba ataviado con la bata negra de los matemáticos asintió ante la mirada del orador, 'Roger Penrose' aclaró con respeto, casi con una reverencia-pues ese señor dijo que la intuición estaba relacionada con las variaciones cuánticas en el cerebro y, al conectarlo con vuestros maravillosos cascos al Sistema parece que unos cerebros conectamos mejor que otros y, sobre todo, que las intuiciones de algunos son más productivas... para el bien de todos. ¡Y para conseguir ver lo que hoy hemos visto!

Una ovación cerrada cortó al orador. Por una vez los vasos reposaron en mesas y estanterías, y alguna croqueta se metió en la boca de forma tan apresurada que la involucrada no pudo decir nada mientras aplaudía con los carrillos hinchados.

Gracias, gracias pero me temo que mi parte en este éxito es mérito de mis padres, o del patatús que casi me mata hace unos meses -risas-. Además, vosotros tenéis mucho más que ver en este éxito. Sin vuestro esfuerzo de nada habría servido mi pequeña intervención.

Aprovechando que muchos vasos seguían en baldas y lugares más o menos estables, otra vez los aplausos le interrumpieron.

Pero estaba el Gran Pero, la dificultad a la que nadie, por el momento, había conseguido hincar el diente. Yo llegue en el momento oportuno, creo que si no lo hubiese descubierto, cualquiera lo hubiese hecho un día u otro pero, como me tocó a mí, gracias otra vez por la oportunidad. Lo malo es que ahora me pedís que lo explique... vamos a ello.

El Jefe, se puso de pie y señalando al orador con su vaso de plástico dijo: 'Este éxito llevará tu nombre o el que lleve, pero es lo que ha puesto a la Sección Europea del Pro-

yecto por delante la Central Norteamericana’.

¡Que sigan los gringos escarbando en la Biblia!, a ver si terminan encontrando a Cristo.

Un espontáneo ¡Viva! salió de todas las gargantas y se tardó unos segundos en reclamar orden para que el orador retomase su discurso, después de aclararse la garganta con más champán.

En ese mismo momento, en la Embajada Norteamericana un agente con una rancia pajarita al cuello terminaba de visualizar en su pantalla un informe en el que destacaba una foto de un francotirador apostado detrás de unos arbustos a la espera del paso de la comitiva presidencial en Dallas; ya se reconocía a Jacqueline Kennedy sonriente y saludando a la cámara. Cerró la pantalla y les hizo una seña a las dos personas a las que enseñaba el informe, que se levantaron, se pusieron las chaquetas que ocultaban sendas pistolas y salieron del despacho camino de las cocheras.

Aunque sólo sea para la grabación, dejadme ahora que me ponga didáctico como cuando daba clases en la Universidad.

El Problema era que algunos episodios de la Historia no había quien los enfocase. Por mucha información que se añadiese, el Tiempo no abría sus puertas para nosotros, lo más que conseguíamos eran difusas imágenes que podían referirse al tema estudiado o a cualquier otro.

Además, desde luego, estaba el dato de que eran episodios especialmente interesantes o polémicos: el asesinato de Kennedy, los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, la ocupación europea del norte de África... era muy curioso que hubiésemos desentrañado asuntos tan difíciles como el incendio del Hindenburg y, sin embargo, episodios bien documentados como la entrevista de Hendaya entre Franco y Hitler no hubiese manera de que saliesen adelante.

Añadíais más y más información, todas las fuentes eran coherentes y, sin embargo, parecía como si cada vez que se detallaba mejor el entorno los resultados eran peores.

Como algunos sabéis yo escribí varias novelas policiacas. Es un arte que tiene sus dificultades, como todo, pero que en este caso resulta muy útil porque te hace jugar al ajedrez contra ti mismo: tienes que imaginar un delito creíble, que el lector llegue a pensar que es posible que quede impune, y a la vez tienes que imaginar una forma, ¡también creíble! de descubrirlo y que no se le haya ocurrido a nadie hasta que lo escribas. Es complicado hacerlo bien. Y en este caso, ese entrenamiento me vino de perlas.

Estaba pensando en qué elementos nos podían influir, y sólo encontraba uno: la Información que metíamos en el Sistema.

Toda la información que introducíamos era coherente, igual que en todos los demás casos, pero el resultado no era el de siempre.

¿Qué otra cosa era diferente en estos casos?

El silencio en la sala era casi religioso. Incluso se estaban enfriando sin que nadie les hiciese caso las últimas pizzas que habían llegado.

La diferencia estaba en la polémica, el conflicto, el hecho de que todos ellos eran casos sobre los que saber la verdad podía hacer daño, quizá, a personas u organizaciones que todavía existían o se podrían sentir señaladas por lo que la Historia nos desvelase.

Organizaciones filonazis o filojudías podían sentirse molestas con las revelaciones sobre los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, algo parecido podía suceder alrededor de la Conferencia de Hendaya o la de Yalta, alguno de los responsables del asesinato de Kennedy podía estar todavía vivo o sus hijos, o ser organizaciones poderosas con infinitos integrantes como el KGB o la CIA o la OAS quienes estuviesen... ¡poniéndonos zancadillas!

Esa fue la idea que me vino a la cabeza: estábamos fracasando donde tenemos enemigos, tropezábamos donde otros podían estar trabajando en contra del Proyecto.

Entonces empecé a pensar en cómo lo haría yo, cómo cometería yo ese delito. Eso fue lo más fácil: introduciendo información falsa en el sistema y no registrándola en los diarios. Creemos que para saber qué datos se

han introducido basta con preguntar al Sistema, pero si algún dato es significativo y no está registrado como tal, si alguien en sus recuerdos sobre su juventud en Ceuta, por ejemplo, menciona que le oyó mencionar a su abuelo que el Espinosa de los Monteros que actuó de traductor en la Conferencia de Hendaya no era el verdadero, sino un doble... el Sistema empezaría por poner en duda todo lo afirmado en sus memorias por aquel militar, ¡que son una de las mejores fuentes para desentrañar lo que sucedió en aquel vagón de tren!

Todavía era sólo una teoría, pero con la ayuda de varios de vosotros -hizo una reverencia hacia donde estaban la mayoría de los matemáticos de la sala, gesto que fue correspondido con alegres vítores-, definimos un sistema casi 100% independiente, fuera del control de la Central y de toda influencia, introducimos de nuevo todos los datos de los que estábamos seguros, de uno en uno, pero en un incidente de otro nombre y que, aparentemente, era distinto del que estaba posiblemente contaminado... y el resto ya lo sabéis: esta mañana el Pasado ha empezado a abrirnos las últimas ventanas, una tras otra.

El orador hizo un amplio gesto a las pantallas que mostraban al segundo tirador disparando sobre la comitiva de Kennedy, la Conferencia de Yalta con incluso los cuchicheos entre Churchill y Roosevelt, las tristes imágenes de campos de concentración en varias otras...

La ovación, generalizada, terminó de hecho el discurso.

Se bajó de la mesa con ayuda de varios jóvenes, le pusieron un vaso en la mano, se lo rellenaron varias veces...

Él se acercó al jefe del laboratorio y les hicieron un respetuoso corro mientras se daban el enésimo abrazo del día y tuvieron un instante de relativa calma mientras nadie se atrevía a acercarse a los jefes.

-Oye, dime la verdad de una vez: ¿por qué me elegiste para esto?

-Bien, se acerca la hora de que lo sepas, pero faltan unos minutos. ¿Puedes esperar un

poco más? Te aseguro que no será ni media hora.

-Bueeeeno.

Cuando la enésima palmada en la espalda apartó al rey de la tarde de sus interlocutores, una mujer se acercó al que había dado tan ambigua respuesta.

-¿A mí me lo puedes decir ya?

-Si prometes ser discreta durante media hora.

-Con tal de saberlo te lo juraría sobre las obras completas de Einstein, Dirac y Penrose.

-Él no se acuerda, el ictus que sufrió hace unos meses le han dejado un poco tocada la memoria y, además, eso también aceleró su inclusión en el Proyecto.

-Pero ¿de qué no se acuerda?

-Todo es porque encontramos que este tipo, en el año 2011, escribió en el número 003 de la revista Planetas Prohibidos un cuentecillo que lo predecía todo, absolutamente todo lo que está sucediendo esta tarde.

-¡No puede ser!

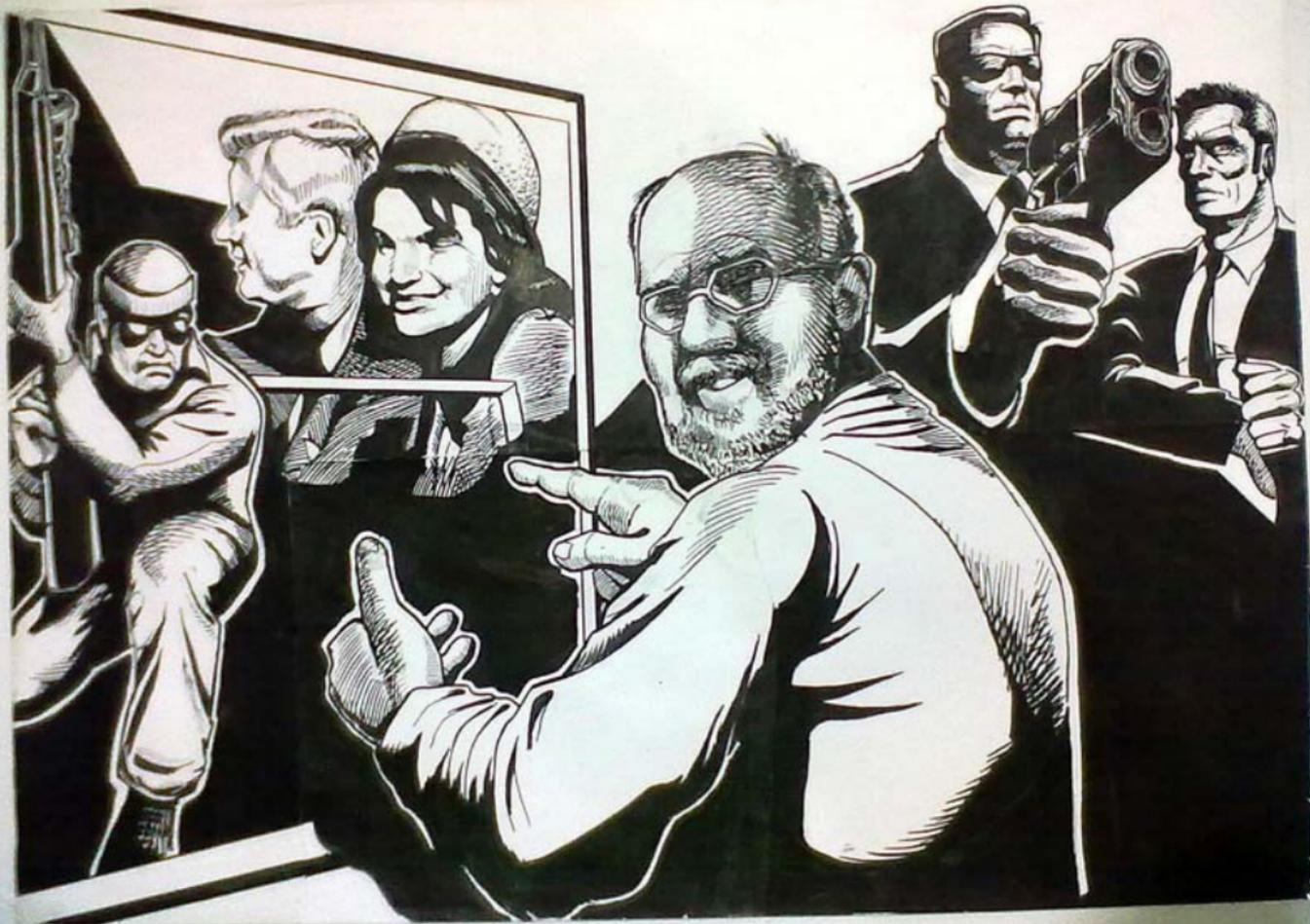
-Puede ser, y no es la primera vez que sucede: en el verano de 1945, poco después del estallido de la primera bomba atómica entraron en casa de otro escritor los del FBI porque descubrieron que él había publicado un cuento que describía a la perfección ese estallido, con el hongo ese que nadie antes había visto... lo había escrito un mes antes de que hicieran estallar la primera.

-Pero eso es muy gordo.

-De hecho es otro Proyecto, mucho más secreto que este, que se desarrolla en alguna otra parte y al que nos transferirán a ti y a mí ahora que éste está encarrilado. Vas a leer muchos cuentos de Ciencia Ficción en los próximos años.

-Y ¿por qué no se lo has dicho a Félix?

-Porque su cuento termina de una manera preocupante, y no quería que se pusiese nervioso si se acordaba.



En ese mismo momento, dos hombres muy correctamente vestidos se apearon de un vehículo grande y negro delante de la entrada del edificio. Se acercaron al portero y preguntaron:

-¿Está todavía el señor Ballesteros Rivas en el laboratorio?

-Sí, está todavía arriba.

-¿Podríamos verle? -y mostraron una tarjeta en la que figuraba el escudo de la Embajada Norteamericana.

-Sí, desde luego, de hecho tengo instrucciones de hacerles pasar a una sala de visitas y avisar a los jefes del Proyecto.

-¿Nos esperaban?

-Me hablaron de dos agentes como ustedes que pregunt... -ante la pistola que le encañonaba, el vigilante dejó de hablar a mitad de una sílaba.

-Será mejor que nos lleve a donde se encuentra el señor Ballesteros. ¡Inmediatamente!

David Velázquez. Buenos Aires, Argentina. Nacido en la Provincia de Buenos Aires, en la ciudad de Temperley, comenzó a dibujar muy tempranamente destacándose por su habilidad natural para el dibujo. Siempre desarrolló su habilidad en forma paralela a otras actividades, dedicándose a dibujar en sus tiempos libres de manera independiente y autodidacta sintiéndose especialmente atraído por diversas ramas de la ilustración. Recientemente pudo dedicarse de lleno a la pasión de toda su vida comenzando a estudiar para pulir y definir su técnica. Dio sus primeros pasos en la EHA, Escuela Argentina de Historieta, con los profesores Sergio Ibáñez en Dibujo de historieta y Anatomía y Marcelo Valentini en Narrativa y Composición, incursionando con la técnica del dibujo en lápiz y entintado. Actualmente concurre al prestigioso Estudio de Arte Villagran tomando clases con los maestros Enrique y Carlos Villagran. DavidV- Retratos, <http://chrisseven-retratos.blogspot.com/>

RELATOS

78/ EL HOMBRE DE DIAMANTE, Magnus Dagon y Komixmaster

84/ EL FUTURO, Carlos Suchowolski y Azramari.

94/ LOS OBJETOS QUE PROVOCARON LA EXTINCIÓN DE LOS HOMBRES, Gabriel Romero y Guillermo Romano.

103/ EN EL LABERINTO, Juan Manuel Valitutti y José Antonio Marchán

112/ UNA RÉPLICA IMPERFECTA, Oscar Muñoz Caneiro y P. Belushi



EL HOMBRE DE DIAMANTE

Texto: Magnus Dagon

Ilustración: Komixmaster

Le decían el *Hombre de Diamante* porque su cuerpo despedía un fulgor rojo y caleidoscópico cuando lo crearon. Sin embargo nadie nunca le llamó así. No tenía nombre, ni espíritu, ni nada que pudiera considerarse identidad.

Sin embargo, poseía emociones. Las conocía de manera objetiva, igual que se distinguen los colores y los sonidos. Lograba percibirlas, como si poseyera un sexto sentido, como si las pudiera tocar con sus dedos triangularizados o probarlas con su poligonal lengua. La aspereza raspante del odio, el inquietante cosquilleo de la soledad o la suavidad de la pasión no resultaban desconocidos para él, que podía medirlos y calibrarlos, y a veces, incluso, mezclarlos para obtener una emoción más compleja e interesante.

El Hombre de Diamante vivía en un almacén. Un almacén enorme, grande como una ciudad, en el que podía pasear a sus anchas y comportarse como rey absoluto de sus dominios. El almacén estaba lleno de seres humanos, clasificados y distribuidos en tubos cilíndricos a su medida, no como si estuvieran hibernados, pues crecían dentro de sus recipientes, pero decididamente mejor que si simplemente estuvieran hacinados.

El Hombre de Diamante creyó recordar que alguna vez supo por qué estaban allí, o tal vez lo había logrado deducir él mismo. La superpoblación había alcanzado cotas insostenibles, tanto que los hombres ya no eran literalmente libres de caminar sobre la faz de la Tierra. Se les almacenaba y dotaba de recuerdos artificiales, y cuando estaban a punto de morir de viejos se les sacaba de su receptáculo para que vivieran esos últimos minutos como un ser humano de verdad. El Hombre de Diamante sabía que ninguno de los sujetos que se sometían al proceso podía

saber que su vida había sido preprogramada, que en realidad nunca había dado un solo paso ni abierto los ojos hasta el momento mismo de su muerte. Pero aun así algo le decía que si lo supieran, algo parecido a la tristeza inundaría sus recuerdos. Tristeza mezclada con algo más, concluyó. El paso del tiempo le había hecho darse cuenta de que los seres humanos tendían a mezclar sus emociones tristes, a veces incluso con otras alegres, uno de los tipos de mezcla que más llegaba a fascinarle.

Su misión en el almacén era la de crear recuerdos para aquellos seres humanos, como un arquitecto del destino, un supervisor del futuro de la humanidad. Tenía libre albedrío para hacer lo que quisiera con cada sujeto, pero comprendía bien el alcance de su responsabilidad y por ello siempre delegaba la vida de cada sujeto al azar en términos generales. Esbozaba en su mente un esquema de lo que debería suceder en rasgos básicos, y luego se basaba en experiencias con sujetos anteriores para esbozar los pequeños detalles. Esa era la parte que más le gustaba, aquella en la que tenía que mezclar sensaciones y recuerdos contrapuestos. La mente del sujeto, que recibía los estímulos, hacía el resto e inventaba el trasfondo, la realidad, el mundo tal y como pensaba que sería. Los de espíritu fuerte y arrollador se ubicaban en extraños mundos arcaicos, poblados de toda clase de sorprendentes criaturas. Los realistas, las mentes racionales, creaban mundos muy similares al auténtico, pero casi siempre había detalles que no podían aventurar y que tenían que reinventar en su cabeza. Algunos creían que las nubes eran extensiones de tierra flotantes, otros pensaban que podían respirar y vivir en las profundidades de los mares. Los había que no llegaban a inventar el sueño, ni la necesidad de dormir, o que no eran capaces de concebir la existencia del sonido.

Luego había mundos que si bien eran bastante coherentes resultaban insólitos, peculiares. Una vez se encontró con un sujeto que pensaba que los partos siempre eran de gemelos y viajaba por su mundo inventado intentando buscar al suyo propio.

Otro pensaba que el universo en realidad sólo medía unos pocos kilómetros, e incluso hubo una vez uno cuyo mundo carecía de colores, como si fuera una antigua película en blanco y negro.

El Hombre de Diamante había concluido, tras las repetidas observaciones de los mundos a los que tenía acceso, que aunque en aparente estado de suspensión animada, aquellos seres humanos aprovechaban de manera inconsciente el entorno que les rodeaba, por minúsculo y pobre que fuera, para incorporarlo a su vivencia interior. Sólo así se podía explicar, por ejemplo, que todos ellos siempre se dieran a sí mismos no sólo aspecto humano, sino su propio aspecto real. Sin embargo, era su misión no sólo corregir mundos que estuvieran demasiado alejados de la realidad imperante, sino asegurarse de que la transición posterior a los cinco minutos de existencia de cada sujeto fuera suave y sin incongruencias.

Sin embargo, el Hombre de Diamante tenía un secreto. Un secreto tan horrible que intentaba negarse a sí mismo su existencia.

Se trataba de Alma.

No conocía su nombre verdadero, por supuesto, pero la había llamado Alma debido a que era una palabra que nunca había logrado comprender pero cuya sonoridad le agradaba. Alma estaba en la octava fila de la sala código 736f756c, al fondo de otros receptáculos traídos en periodos similares al suyo. Según el contador, debía tener unos veinte años de edad.

El problema con Alma era que no era capaz de generar recuerdos adecuados para ella. Siempre que la veía no lograba mezclar bien las emociones, no conseguía encontrar la textura de realismo adecuada para dotar de coherencia su propio mundo interior.

Era incapaz de manejar el odio, por ejemplo. Según el esquema que tenía trazado para ella, había grandes dosis de odio a lo largo de su vida. Odio contra el mundo que la rodeaba, puro e irracional en su adolescencia, evolucionando hasta la vida

adulta para mezclarse con tristeza y desesperación. No era algo nuevo para él. La vida de la mayoría de los seres humanos que modelaba presentaba ese patrón básico.

Pero con Alma era distinto. Con ella no era capaz de ejercer de manera adecuada su función. Algo le ocurría cuando trataba de realizar la mezcla adecuada de emociones. Algo que estaba más allá de su propia comprensión.

Estoy averiado, pensó el Hombre de Diamante. Y por vez primera en toda su existencia, sintió temor, pero como una emoción propia.

A partir de ese momento fue como si empezara a sentirse hambriento, y quisiera probar más de aquellas emociones personalizadas. Sin embargo, no tardó en descubrir que sólo le sucedía con Alma. Miraba su pelo flotando en el líquido incoloro, y sus ojos cerrados y en posición relajada, y se preguntaba de qué color serían, y acto seguido por qué podía importarle un dato sin importancia como aquel. Y un deseo extraño le inundaba por dentro, pues el Hombre de Diamante no era exactamente una máquina, pero tampoco estaba vivo. El Hombre de Diamante no podía romperse, pero deseaba conocer el significado de la fragilidad.

Fue por eso por lo que, por vez primera, creó recuerdos no basándose en el azar sino en su propia voluntad. Lo primero que hizo fue prescindir de todo lo que considerara desagradable a sus sentidos. Dejó a un lado la frustración, el odio, la rabia, la soledad y la impotencia, y se concentró en llenar el pasado de Alma sólo de recuerdos que le produjeran sensaciones positivas.

El esquema básico que creó, sin embargo, no le resultó convincente. Aunque estaba plagado de emociones agradables y suaves, tenía la intuición de que faltaba algo, de que aquello no correspondía a una vida real, una vida que un ser humano considerara digna de vivir. Fue por eso que, aunque concentrado en otros sujetos al mismo tiempo, siempre regresaba a la sala 736f756c para seguir trabajando en la que empezaba a considerar sería la obra más



importante de las que había orquestado hasta la fecha.

Poco a poco se dio cuenta de que no era tan sencillo como coger lo que considerara agradable y meterlo todo al mismo tiempo. Tenía que dosificarlo, introducirlo poco a poco. Mezclarlo con otras emociones en las dosis adecuadas. Comenzó a comprender que si primero empleaba emociones desagradables y luego, inmediatamente después, introducía otras agradables, el resultado final resultaba mucho más interesante que si empleaba ambas por separado.

Al mismo tiempo, el mundo de Alma comenzaba a perfilarse poco a poco. Era un mundo en cierto modo bastante real. El Hombre de Diamante calificaba como real a los mundos donde sus habitantes ficticios solían experimentar, en la mayoría de los casos, emociones desagradables. Sin embargo había varios toques de distinción que lo convertían en un mundo propio. El primero de ellos era que nunca era de noche en el mismo, además de que no había lluvia. Luego, por otro lado, no parecía existir la gravedad, o al menos no para las personas, pues todo el mundo podía volar a su antojo.

El Hombre de Diamante, cuyo cuerpo era muy pesado, se preguntó cómo sería volar. Y mientras la miraba flotar con su pelo ondeando al viento, pasando entre un grupo de chicos jóvenes que efectuaban tirabuzones y rizos en el aire, por encima de las aceras sin carreteras ni coches, decidió implantarse a sí mismo en los recuerdos de Alma.

Aquello no fue una tarea fácil para el Hombre de Diamante. Porque cuanto más se esforzaba en crear recuerdos para aparecer en la vida de Alma, más se iba dando cuenta de que tenía que experimentarlos de verdad, o de lo contrario no sabía si serían apropiados o distorsionarían todo lo que había creado hasta la fecha. Sorprendentemente, a medida que los iba perfilando con más claridad, que los iba introduciendo en su pasado, la mente de Alma cambiaba su aspecto y le daba el de un

hombre de verdad, un chico de su misma edad que iba creciendo al tiempo que ella crecía. Pero a pesar de ello, Alma sabía quién era en realidad, el Hombre de Diamante, aunque su brillo ya no fuera espejado y sólo fuera una criatura de mentira que ni siquiera parecía funcionar bien.

Poco a poco los detalles se fueron añadiendo, y el Hombre de Diamante comenzó a vivir una vida propia. Él era estudiante de universidad cuando conoció a Alma. Estudiaban juntos la misma carrera y se cruzaron por primera vez planeando hacia el edificio principal del campus, donde habían quedado con amigos separados. Alma llevaba una maleta ya que regresaba a su casa a pasar unos días, y él se ofreció a cargar con ella mientras volaban juntos de regreso. Aquello le agradó a Alma, aunque él no lo sabía aún.

Después de aquello la volvió a ver en varias ocasiones, ya que casualmente coincidieron en el curso siguiente. Se sentaron en la misma fila, junto a varios amigos comunes, y comenzaron a frecuentar los mismos lugares a las mismas horas. Un buen día, finalmente, él comentó a una amiga de Alma que se sentía atraído por ella, y después de aquello, temeroso, se marchó a dar una vuelta por la ciudad, teniendo miedo de lo que acababa de hacer —el miedo era una emoción muy parecida al placer, pensó—. Cuando regresó volando a su casa, se encontró con que Alma estaba allí, esperándole.

Después de aquello todo fue distinto. Recordó la primera vez que la cogió de la mano, parándose frente al primer escalón de su facultad para obligarla a detenerse, poder mirar sus ojos marrones y acercar sus dedos a los de ella. Recordó la primera vez que la besó, sentados ambos frente a una fuente apagada, sin decir nada durante horas pero haciendo que el momento llegara justo cuando ya ella decía que tenía que marcharse. Recordó la primera vez que se acostaron juntos, una emoción placentera pero no la más placentera de las que sintió con ella por aquel entonces. Recordó la

primera pelea, importante para él incluso a pesar de tratarse de una situación no deseada.

Pasó los años junto a ella, sin separarse nunca, y comprobó cómo, en la mente de ella, él evolucionaba y cambiaba. Se volvía primero adulto, y las emociones puras de la juventud se veían sustituidas por matices dotados de una textura y diversidad mucho más apasionante. Todas las emociones anteriores se entremezclaban unas con otras, y aunque lo había presenciado millones de veces antes, nunca lo había hecho sobre sí mismo, lo que le hizo darse cuenta de lo que estaba en realidad ofreciendo a los seres humanos. Los años pasaron en la imaginación de Alma, al mismo tiempo que lo hacían sobre su cuerpo, y él también envejecía de manera ilusoria, comprendiendo lo que implica tener una única vida, no sólo en sentido futuro sino también mirando hacia atrás, mirando hacia el pasado y recopilando todas las experiencias.

Hubo un momento en el que el Hombre de Diamante perdió de vista su verdadera ocupación. Porque ya no estaba creando recuerdos, sino que los estaba viviendo; y ya no podría juntar emociones de manera objetiva, sino que siempre estarían contaminadas por el filtro de sus falsas vivencias.

Cuando la vida de Alma ya estaba pronta a terminar, hizo los arreglos necesarios. Introdujo primero el concepto de que estaba tan débil que ya no podía volar. Luego, sabedor de que la trasladarían a una sala gris y fría donde viviría sus cinco minutos de vida real para después morir, añadió el recuerdo estándar de que era trasladada allí temporalmente para cuidar mejor de ella y hacerle un diagnóstico.

Pero cuando exploró en la mente de Alma, se dio cuenta, horrorizado, de que él estaba allí, en sus recuerdos, en aquella habitación triste y apagada. Y por mucho que intentó alterarlos, no fue capaz de borrar su aparición de esa última imagen.

Finalmente llegó el día en que la maquinaria se puso en marcha y el receptáculo que alojaba a Alma fue desplazado y transportado, por medio de tubos en el suelo, hasta el lugar donde la prepararían para sus últimos cinco minutos. El Hombre de Diamante no pudo por más que sentir una terrible, terrorífica angustia, cuando vio que se llevaban el receptáculo de Alma, que desaparecía hundiéndose bajo sus pies, y que estaría sola, esperándole a él, con el corazón quebrado por no encontrar a su lado a la persona con la que creía haber pasado la vida entera.

Se acercó a una de las múltiples salidas del almacén y comenzó a golpear con fuerza, sin saber bien dónde tenía que ir ni por qué deseaba hacerlo, y cuando finalmente la compuerta cedió, y tras caminar por un par de anchos y elevados pasillos, tuvo frente a sí a otros hombres de diamante parecidos a él, pero con un brillo menor, que vigilaban la zona. Intentó ignorarles y avanzar, pero dos de ellos se echaron sobre él y lo redujeron en cuestión de un momento. Sus movimientos eran mecánicos, carentes de personalidad alguna, pero no por ello menos contundentes. En cuestión de unos minutos, y pese a toda resistencia por su parte, redujeron al Hombre de Diamante y lo encerraron en una sala de reparaciones.

Allí experimentó toda clase de emociones desagradables, sobre todo pensando en Alma, en aquella impersonal habitación, esperando su llegada sin saber que no aparecería nadie y moriría sola en aquel lugar.

Recordó el llanto, eso que había visto en muchos seres humanos cuando les aplicaba emociones desagradables, y a veces algunas agradables, y se planteó si en aquel momento él lloraría si fuera capaz de hacerlo.

No mucho tiempo después entraron nuevos hombres de diamante y le sometieron a las reparaciones, que consistían básicamente en sustituir su capacidad de alterar y manejar las emociones por unos sofisticados sistemas de defensa. Después de eso le llevaron al

pasillo, el que sería su nuevo hogar a partir de entonces. Justo cuando estaba llegando, presencié cómo otro ocupaba su lugar y entraba en su almacén, el que había sido todo su universo hasta aquel entonces.

Sin embargo no se quejó ni protestó en ningún momento. Ya no era capaz de manejar emociones, pero aún tenía las suyas propias, al parecer escondidas en alguna otra parte de su estructura interna, alguna que los reparadores no pudieron encontrar o ignoraban que existiera. Y por ese motivo decidió desempeñar con soltura su trabajo, vigilar aquel pasillo que, aunque él no lo sabía, no había sido jamás amenazado en siglos por nadie más salvo él mismo.

Al menos, pensó, tenía tiempo de reflexionar. De recordar cómo había sido su vida junto a Alma, porque había tenido una vida. La había vivido, y eso la hacía tan legítima como la de cualquier otro ser humano.

Miró hacia arriba, a los miles de tubos que se entrecruzaban en el techo, y se planteó si no habría otro ser planificando su destino, y no estaría en realidad en un receptáculo de un almacén lleno de millones de hombres de diamante.

Komixmaster (Rodolfo Valenzuela). Dibujante de comics e ilustrador. Investiga y experimenta diferentes técnicas de ilustración y 3D. Ilustrador de la REVISTA 2001 de Ciencia Ficción y Terror del Equipo SIRIUS de Madrid. Dibujante de Mundo Robot y Alfaeridiani. Colaborador de varias revistas electrónicas (Albis Off, Manifiesto Parapsipunk, Planetas Prohibidos, etc). Sus influencias, tratando de imitar los artistas y el estilo de la WARREN y MAD, RICHARD CORBEN, FRANK FRAZETTA, PABLO MARCOS, TONY DE ZÚÑIGA, JACK KIRBY, JOHN ROMITA, JOHN SEVERIN, WALLACE WOOD, JOHN WARD, RICARDO VILLAGRÁN, TODD McFARLANE.

Magnus Dagon. (Miguel Ángel López Muñoz). Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B, y en el 2009 el IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado el libro 'Los Siete Secretos del Mundo Olvidado' (Grupo Ajec, 2010) y actualmente publica una novela con estética comic, online, gratis y por entregas, llamada 'Los Caídos' (www.loscaidoslibro.com). Publicó en el primer número de Planetas prohibidos el relato La Pared Acristalada. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar en www.myspace.com/balambgardenmusic.

EL FUTURO

Texto: Carlos Suchowolski

Ilustración: Azramari

Nunca creyó en la infalibilidad absoluta del ingenio, y hasta llegó a temer, como se supusiera en algún cuento sobre artilugios similares que una vez había leído, que quizás no volvería nunca a despertar. Había fantaseado, en efecto, con una trampa o una broma pesada del tiempo como la de aquella vieja historia, pero lo que no se le ocurrió que podía suceder fue que la cápsula se abriera antes de tiempo; en concreto, tal como podía ver ahora en el reloj de la consola, transcurridos exactamente treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos desde que diera comienzo su prometedor hibernación.

Nada, sin embargo, mostraba signos de haberse estropeado. Su pulso seguía latiendo al ritmo en que los dígitos marcaban los segundos y estos se incrementaban de uno en uno con evidente rigor. Arriba, en la pantalla de plasma, el día de la fecha, el mes, el año, indicaban que sólo habían transcurrido cuatro décadas desde que se sometiera al experimento con la esperanza de despertar, pasado un siglo, un siglo íntegro, en el futuro.

A un lado, en un soporte en forma de tableta típico de los hospitales, vio su propia ficha. Había sido tratado como un paciente hasta no hacía muchos años. Su nombre, Andrés Morales Garrido, encabezaba todas las hojas que se habían ido superponiendo. En la columna de la izquierda las fechas de los controles; él último estaba fechado veinte años atrás. Desde entonces, parecía haber sido olvidado. ¡Debía encontrar a alguien que le explicara todo eso; en todo caso, alguien que lo relanzase al menos para un nuevo período de la misma duración! Pero en la sala aséptica e impoluta donde permaneciera hibernando no había nadie y,

al seguir avanzando pasillo tras pasillo, sala tras sala, aula tras aula, se le hizo todo cada vez más extraño, porque todo parecía indicar que lo mismo sucedía en toda la Facultad.

Afuera era de día; las diez y pico del reloj se confirmaban. Y tampoco allí, en el exterior, se apreciaba movimiento humano alguno y el silencio en toda la Ciudad Universitaria, en ese día calmo hasta el extremo de lo imaginable, era tan intenso que se apreciaba el zumbido de las moscas y los mordiscos que los demás insectos daban a las hojas de los árboles. ¿Sería domingo? ¿Día de alguna fiesta espectacular recientemente instituida y de tan efectivo seguimiento? Se estremeció al volver a tener malos presagios, esta vez al imaginar el holocausto que de tantas formas se presagiaba en... aquellos días... -sus labios abortaron una mueca- de hacía ya... cuarenta años. "Vamos, no es posible!", se dijo: ¿La humanidad habría sido capaz de eliminarse a sí misma mientras él dormía? No, no podía tratarse de algo así. "La Bomba" habría acabado con él, con la cápsula, con el reloj, con el tiempo, aunque...

Recordó que la Guerra había encontrado otras herramientas, que había escuchado o leído algo acerca de la posibilidad de desintegrar al hombre sin afectar a los edificios, a las máquinas, a las piedras... Eso sin mencionar a la guerra bacteriológica. "En cuarenta años pudieron descubrir algo incluso más sofisticado", pensó, "y dejar vivas a las moscas y a las plantas. ¡Imbéciles!" En efecto, la Naturaleza permanecía.

La calle que desembocaba en la Facultad de Ciencias seguía bordeada de jardines y de árboles. De las fisuras de la escalinata emergían brotes salvajes de pasto. Y además, todos esos coches, millares de coches aparcados al pie mismo de las escalinatas, ocupando incluso las aceras y el centro mismo de las calles convergentes. Como si en aquel sitio hace tiempo se hubiera celebrado un último espectáculo.

Atravesó a pie el cementerio de automóviles que se extendía hasta los límites de la

ciudad comprobando que los coches mostraban claros signos de oxidación que decrecían en la medida en que se hallaban más alejados de la Facultad. Las casas estaban igualmente abandonadas y las tiendas cerradas como un domingo cualquiera. Todo, salvo casos aislados, automóviles, viviendas y negocios, estaban bien cerrados, intencionalmente, como si la gente sólo se hubiera marchado de vacaciones, y como si hubiese planeado volver...

La imagen de la guerra se desdibujó y el muchacho tejió nuevas hipótesis entresacadas de la literatura fantástica que había devorado desde muy pequeño. El recuerdo de aquel cuento de Bradbury acerca de un cohete con el que todos querían irse a Marte le vino a la cabeza. Marte lo llevó a pensar en una invasión y en el secuestro de todos los terráqueos por extraterrestres. Quizá para esclavizarlos, como unos hombres habían hecho con otros un par de siglos antes de que él naciera.

Dedicó el resto de la mañana a recorrer las calles de la ciudad. Nada había cambiado mayormente desde que se durmiera y su ánimo experimentó la frustración y la alegría en simultáneo ante los numerosos rincones que reconocía de inmediato y que había descartado volver a ver cien años más tarde. Por un momento concluyó que el fallo del experimento tuvo que ser mayor y que tan sólo había dado un pequeño y ridículo salto en el tiempo, ni siquiera de cuarenta años, como mucho de ¿diez?

El malhumor que aquello le produjo estuvo a punto de hacerle ignorar una tienda de ropa en cuyo escaparate yacía un maniquí semidesnudo. El escaparate estaba roto, el interior desvalijado, y el maniquí tumbado mostraba signos de vandalismo en su cuerpo inanimado. Algunos girones de tela colgaban del cuello roto, de una pantorrilla desarticulada. A un lado, un cartel invitaba todavía a vestirse "adecuadamente": "No haga el ridículo si quiere conquistar el lugar que se merece." El malhumor volvió a tornarse confusión y desamparo.

"¿A dónde se habían ido todos?" y "¿Por qué todos?", se preguntó impotente. La mayoría parecía haber dejado sus pertenencias con la intención de reencontrarlas, de volver a usarlas en vida. ¿Qué los había retenido, qué les había impedido regresar, quién los había engañado? Tenía que averiguarlo.

En una esquina encontró un vehículo extraño y feo que se distinguía de todos los demás. Tenía el aspecto de una camioneta y el techo estaba cubierto como de... "¡Baterías solares!", exclamó excitado. Pero la sorpresa dejó sitio al desengaño: "¿Esto es todo lo que dio de sí la humanidad en cuarenta años?" Mientras subía a la especie de camioneta e intentaba ponerla en marcha, se sosegó pensando que quizá se habrían llevado lo mejor, que, quizás, habrían dejado esa ciudad como un gran museo, que, quizás, estarían cerca, quizá a unos pocos kilómetros, en otro emplazamiento donde, ahí sí, hallaría el futuro que siempre había deseado conocer.

Fue sencillísimo poner el vehículo en marcha y seguir la calle hacia las afueras. No tuvo que elegir un rumbo, los coches alineados contra las aceras y ciertas bocacalles bloqueadas con otros coches demarcaban una especie de sendero único, que en cierto modo no le pareció casual. Al cabo de un rato, tuvo la sensación de hallarse dentro de un laberinto del que quizá no pudiese salir nunca. O de una trampa. Pero la idea también alimentaba la convicción de que en ambos casos habría seres inteligentes, aunque fueran marcianos, detrás de todo eso. Que sólo seres inteligentes, aunque fueran marcianos, pudieron prepararle ese sendero único, esperarlo, y darle todas las respuestas. Entró en un barrio de la periferia. Lo recordaba. Alguna vez había estado ahí... hacía más de cuarenta años. Todavía se veía obligado a seguir el camino prefabricado. Las bocacalles seguían bloqueadas, ahora con troncos, basura, verjas oxidadas y todo tipo de objetos.

El muchacho observaba con atención cada rincón y cada esquina, el corazón palpitándole agitado, esperando en cualquier momento la sorpresa, seguramente

extraña, tal vez terrible, que se le había preparado. Quizá, se dijo, sea tan sólo como en el juego de las escondidas: piedra libre, piedra libre para aquella piedra, para aquel letrero que cuelga de un hilo, para aquella mecedora que se está meciendo...

Detuvo en seco la camioneta (a escasos metros de unos troncos cruzados que le cerraban definitivamente el paso a la manera de una meta final.) Se bajó de un salto. Dobló la esquina que antes había sobrepasado. Meciéndose, meciéndose, un viejo lo saludaba con la mano. ¿Era él el Minotauro?

Corrió hacia el viejo e, ignorando el recuerdo de tantos alienígenas y seres mitológicos que habían adoptado la apariencia humana o que poseyeron facultades hipnóticas francamente diabólicas, le preguntó por los demás.

El viejo se llevó un índice a la oreja derecha y ahí hurgó con la uña; una uña larga, salvaje.

-No hay como tener todo el tiempo del mundo -dijo simulando un bostezo. Y volviendo a mirar al joven: -¿Decías...?

Tardó en reaccionar de nuevo y sólo atinó a repetir la pregunta.

-Exactamente no lo sé. Y tu, ¿qué sabes...?
-Oiga, y espero que no tenga que darle muchas explicaciones, llevo unos cuarenta años durmiendo (el viejo lanzó un irónico silbido), hibernando. ¿Sabe a qué me refiero?
-Creo que sí.

-Pues bien, acabo de despertar, creo que... por error (el viejo no pudo evitar una mueca malévol), puesto que todo había quedado dispuesto para que sucediera sesenta años más tarde, en el futuro. Bueno, eso si es que ya han pasado cuarenta, algo que no parece...

El viejo mostraba dientes amarillos y huecos negros entre los desbaratados pelos blancos que ocultaban los labios.

-¿De modo que de no haber sido por ese "error" habrías seguido durmiendo? ¿No te parece excesivo?

-No, usted no lo comprende -dijo el joven. - Quise dormir durante un siglo para poder conocer el futuro y ¿con qué me encuentro al despertar?, con una ciudad abandonada. Vamos, contésteme, ¿dónde están todos, a dónde diablos se han ido?

El viejo volvió a trabajar con el índice en el oído. Se meció con un crujido chillón del mimbre en medio del silencio y se reclinó. Ambas manos cayeron a los lados y los dedos acariciaron el polvo de la acera y los pastos salvajes que asomaban por entre unas grietas.

-¡Ah, no hay como tener tiempo!- dijo tan sólo.

El calor se balanceaba en la brisa. El joven miró a uno y otro lado de la calle. Tal vez hubiera alguien más, alguien que estuviera cuerdo. Pero a un lado y al otro sólo había desolación. Vio una pequeña sombra que corría de un extremo al otro de la calle dejando tras de sí una nubecilla de polvo. Desde los techos unos ojillos brillantes observaban la escena con recelo. De repente el aire trajo una bocanada maloliente. El joven volvió a mirar al viejo y las miradas de ambos se cruzaron.

-¿A qué se debe el disfraz?- le dijo el viejo.
-¿Disfraz? ¿Mi mono de astronauta? -se miró a sí mismo sorprendido; con ese uniforme metalizado confiaba perderse entre la multitud de un mundo muy avanzado. Se ruborizó: -Pensé que sería lo más propio, pensé que sería la moda del futuro...

-De modo que...
-Sí -afirmó vehemente.- Quería ver el futuro. He dormido... decidí dormir cien años para conseguirlo. Algo debió fallar, maldita sea, y la cápsula de hibernación se abrió antes de tiempo, si no...

-¿Si no qué, habrías dormido hasta "El Futuro"?

El muchacho no respondió. Aparte del mecanismo, algo más no funcionaba como era debido.



-¿Dónde está la ciudad nueva?-preguntó por preguntar.- Usted es uno de esos nostálgicos que no quiso marcharse, ¿verdad?

El viejo lo miraba sin perder la calma ni el brillo pícaro de los ojos. El muchacho vio un cajón y lo arrimó para sentarse.

-¿No hay nadie más por aquí?

-Ayer me dejó un viejo amigo.

-¿Un amigo? ¿Y hacia dónde fue? ¿Se fue a la ciudad nueva, con los otros, se... -él también adoptó un estilo irónico- se cansó de...?

-Oh, no, él se fue a la mierda, pero no como los demás... El murió, y antes que yo. Antes que yo, muchacho, ¡y eso es muy importante!

-¿Quiere decir que los demás también han... muerto, antes...?

-Qué te parece si dejas de decir tonterías y nos vamos los dos a enterrar a mi amigo. Se lo ha ganado, ¿sabes? ¡Sip, se lo ha ganado por perder la apuesta!

El joven permaneció boquiabierto. Viejo loco: el fantasma del mundo abandonado, un fantasma travieso y desquiciado. Un Minotauro de pacotilla.

-Disculpe, pero no puedo seguir perdiendo más el tiempo-. Se puso de pie:- Si no sabe o no quiere decirme dónde están los demás intentaré encontrarlos solo.

Un fulgor asesino lo miró desde la mecedora. El mimbres crujió. "¡Ah!", parecía decirle esa mirada, "¡No te va a gustar nada la verdad!" El muchacho volvió a tomar asiento como si una fuerza invisible se lo hubiera impuesto.

"¡Eso está mejor!", le sugirió la sonrisa que se abrió paso entre las barbas descuidadas. "¡Ahí va...!"

-¡Se fueron al futuro, ni más ni menos que cien años al futuro, sólo que ellos debieron llegar de verdad!

El muchacho imaginó millares de cápsulas, máquinas, autobuses, trenes y aviones del tiempo alejándose de ahí mientras él dormía plácidamente al ritmo normal del maldito

tiempo del mundo. Soñando con el futuro, soñando... El vacío que hasta ese momento había soportado en el estómago casi sin darse cuenta, subió y bajó y oprimió por fin el pulmón. Infinito largo vacío hacia las barbas, las grietas, el cielo...

El viejo lo arrastró hasta el sillón de mimbre. Empapó un trapo en el agua de lluvia que almacenaba en una vieja caldera en desuso y se lo aplicó con ternura en la frente. Un chico atractivo. Pero, con disciplina, abandonó la idea apenas acariciada: ya no había lugar para esas cosas, el tiempo de amar había acabado y sólo quedaba un último juegucito, esperar pacientemente la muerte. Y el muchacho había despertado sólo para eso, había sido invocado por esa y para esa única causa. Un día, quizá más pronto de lo que él mismo podía suponer, moriría, y ahí estaría el muchacho de la cápsula, el muchacho que había deseado ver el futuro, para hacerle ganar su última apuesta.

El viejo soltó una carcajada incontrolada y la acalló aturdido. "En fin", se dijo como para tranquilizar a la conciencia, "De cualquier manera, nada habría cambiado para él. ¿De qué le habría servido despertar sesenta años más tarde? La suerte lo decidió todo y yo he ganado."

-¿Me desmayé? -dijo el joven reaccionando.

-Habrá sido el calor, el hambre... Uno no se recupera así como así de un sueño tan largo... me parece... Creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte descansando mientras yo voy a cumplir con mi deber de enterrador. Dentro hallarás unas galletas, sobre la mesa. No dejes el frasco destapado, hay que tener cuidado con los bichos. Hem... cuando regrese te prepararé algo más sustancioso.

Le dio la espalda y se dirigió a la casa del amigo muerto. Cuando salía con el cuerpo a cuestas, observó que el muchacho se había quedado dormido. Cargó el cadáver sobre una carretilla, cruzó encima una pala ("El cuenco de espuma de jabón del gordo Buck Mulligan y la navaja", bromeó su palabra interior) y subió la calle hacia el bosque

cercano. El olor del cadáver era lo de menos. Iba pensando en el árbol musgoso que su amigo había elegido hacía tiempo para sí mismo. "Será una tumba pagana al pie de tu árbol, amigo mío." E iba pensando que en él tallaría: "Al perdedor de la última apuesta." Sonreía y recordaba sonriendo: "Introíbo ad áltare Dei", y daba empujones intermitentes a la carretilla, y hacía caso omiso del olor, que apestaba. "Buena idea nos dio el viejo Joyce!", se decía sonriendo, y siguió haciendo con las ideas estribillos sincopados: "Sé que tu lo dirías ahora si hubieras ganado. Pero el que ganó fui yo. Y seré el último en ser enterrado como se apostó. Yo, yo, como se apostó. Oh, jo, jo... Seré yo, seré yo, seré yo..." Y así, recordando, combinando el recuerdo con la risa y la risa con el canto, canto sonoro y canto interior, fue en busca del árbol musgoso, del lugar prometido, preguntándose luego, de repente, entre palada y palada de tierra, si él mismo merecería un día atenciones similares por parte del muchacho, si su carruaje sería esa misma carretilla, o si iría al hombro, o a la rastra, y reconociendo que, para ese entonces, le daría igual. En cualquier caso sería enterrado el último, sí señor, el último... y volvió a reír con fuerza y a cantar tonterías con su buen vozarrón viejo y reseco como el mundo.

Cuando volvió, sucio de tierra fresca, encontró al joven intentando encender fuego bajo una cafetera.

-No te gustará el café, lleva muchos años mal almacenado.

-Tengo hambre -dijo el muchacho.

-Te he prometido algo aceptable y cumpliré. Y que sirva de reconciliación, y de bienvenida. Ya verás cómo al final nos entenderemos.

El joven mostró un rostro sumiso y agradecido y entró en silencio tras el anciano.

-La naturaleza continúa trabajando- dijo el viejo mientras reunía los ingredientes para la cena.

-Aún me cuesta creerlo.

-Eso es porque siempre has estado acostumbrado a lo artificial.

-¿Cómo? Oh, no me refería a la naturaleza, al menos a la irracional. Lo que me cuesta creer es que nadie se acordara de mí y que todos se fueran dejándome sin más en la cápsula. Si encontraron un sistema mejor, ¿qué les habría costado despertarme y llevarme con ellos?

-Quién iba a pensar en ti en esos tiempos. Las cosas llegaron al paroxismo. De cualquier forma... -el viejo sonrió divertido- quizá se imaginaron que acabarías por reencontrarte con ellos más adelante, o que los estarías esperando despierto... Después de todo, pudieron suponerte un pionero.

Durante algunos minutos sólo se escucharon los golpes de los cacharros contra los cacharros y el taconeo ansioso del muchacho contra el suelo.

-Un poco de maíz, un poco de sal...

-¿Y usted, porqué decidió quedarse? ¿Amor por la naturaleza salvaje tal vez?

-No me dio la gana. Ser un borrego más saltando a través de aquella Pantalla... "Nos vamos al próximo siglo!", chillaban, "Y si no nos gusta volveremos a saltar." ¡Imbéciles!, ninguno volvió para contarnos con qué se habían encontrado.

-El paraíso, quizá.

-¡Aunque así fuera!- algo fue a parar violentamente a la olla- ¡Bah!; puro mito.

-Puedo imaginármelo: cada vez habrán sido más y más...

-Precisamente, los grupos fueron cada vez más numerosos- apostilló el viejo mientras se volvía a mirarlo con sorna- Hasta que se desató el caos.

-Unos tras otros a través de "La Pantalla", ¿no era eso?

¿Eso había dicho, se le había escapado? "¡Oh, mierda!", se dijo mordisqueándose la barba y tirándose del extremo de la chaqueta raída que llevaba puesta, "¡Soy un viejo chocho que ya debería estar muerto!"

-De modo que no fue un cohete ni una bicicleta ni máquina del tiempo alguna sino una simple "pantalla", algo así como un campo de energía enmarcado, como una puerta, una puerta al futuro.

-Otro día intentaré explicártelo. Cenemos ahora, que se enfría la comida. Y por cierto- añadió el viejo sin saber ocultar que lo que buscaba era cambiar de tema, enterrar aquella "puerta al futuro" quizás de igual modo que esa tarde había enterrado a su amigo-, deja de tratarme de usted. ¿No has pensado que si no hubieses permanecido "congelado" todo ese tiempo, ambos seríamos ahora de la misma edad? ¿No es increíble? Yo creo que deberíamos mirarlo de ese modo.

Después de cenar, el viejo limpió la mesa y colocó entre ambos un tablero de ajedrez.

-Menos mal que no eres un maestro, sería incómodo que me ganaras siempre- dijo el viejo al ver la tímida apertura del joven-. Nos entenderemos. Mi amigo, el que murió ayer, era un gran tipo, aunque un poco testarudo. Muchas veces discutíamos durante horas, pero nunca logré quitarle de la cabeza sus estúpidas concepciones ecologistas.

-¡Por eso se quedó!- exclamó con desconcertante admiración el joven.

-Sí, era muy testarudo. Yo discutía con él por pura diversión. Hacía rato que la Razón me traía sin cuidado. Pero él insistió hasta el último momento. Ahora que ha muerto pienso que cada uno se representaba tan sólo a sí mismo. Jugábamos mucho al ajedrez, pero también nos inventábamos los juegos. Y apostábamos cada dos por tres... Por cierto, ¿has leído el "Ulises"?

-Vi la película.

-No, no estoy hablando de los griegos.

-¡Oiga, no era nada de griegos! La vi en un cine de Arte y Ensayo, pero no recuerdo el argumento.

-¡Bah!, es igual- dijo, y como si sacara de la memoria el cartel de un anuncio, añadió:- "Uno... tendría que tener a alguien para enterrarlo cuando muriera..." Lo leíamos a trozos sin llegar a terminarlo, sólo buscábamos ideas para nuestros juegos. Tomábamos al azar un libro tras otro de la biblioteca. Se le ocurrió a él. Decía, y era cierto, que en los libros siempre se pueden hallar frases con las que inventar un juego. Hay montones.

El viejo señaló con ademán cansino la biblioteca abarrotada de libros mal apilados.

-No los devolvíamos...

Bostezó con la boca muy abierta, se estiró sobre la mesa desplazando el tablero y apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados.

-Mañana te enseñaré otras cosas. Ahora estoy francamente cansado...- y pareció quedarse dormido.

"¡Mañana!", se dijo el muchacho; él no había nacido para Robinsón de un planeta desierto, y mucho menos para Viernes. "¡Ya veremos mañana!" Confirmó que el viejo dormía y salió. Quedaba claridad en el cielo.

-¿Dónde estás?!! ¿?...Dóóóndeestás??!!- gritó el viejo al amanecer, y salió a buscarlo provisto de una escopeta.

Lo encontró, como había temido, saliendo de la Facultad de Ciencias.

-¡Maldito seas! -dijo- ¡Tendría que haberla destruido!

-¿Y por qué no lo hiciste?

El viejo enmudeció un segundo.

-Todo juego tiene que tener su trampa. Y ahora, siéntate ahí.

Obedeció sentándose en los escalones bajo la amenaza de la escopeta.

-Escucha- dijo- no te comprendo: aún está ahí, funcionando, apuntando hacia el futuro. ¿Por qué no nos vamos juntos? Volvía a buscarte pensando que podría convencerte.

-¡Estúpido! Debiste marcharte solo. Ahora ninguno de los dos se va a ir. Yo seré quien te convenza a tí, ¡con esto!- blandió el arma y se sentó a un par de escalones de distancia del joven.

Era una situación absurda. El viejo no estaba en sus cabales; "La Pantalla" ahí dentro, en perfecto estado, y él amenazándolo con un arma. ¿Durante cuánto tiempo? Si se le ocurría entrar a destruirla no se lo permitiría; perdido por perdido, lo

empujaría escaleras abajo, aunque mejor sería quitarle antes la escopeta, si bien... el riesgo de caer con él...

El joven se descubrió las palmas de las manos húmedas de sudor. La luz del sol, en el horizonte, recortaba las siluetas de los edificios fantasmas.

-¿De modo que tendré que esperar a que te mueras?- dijo.

-Así es, como mínimo -contestó el viejo- Después... después podrás irte al "futuro", si quieres. Mientras tanto no encontrarás mejor compañía que la mía, ya lo verás -añadió entre carcajadas.

-La tuya y la de eso.

El joven adelantó una mano hacia el cañón, que se retrajo; el viejo no era tonto, y continuó hablando sin darle importancia al incidente:

-Hay muchas cosas que me gustaría decirte. En mis circunstancias he tenido mucho tiempo para pensar, para sacar conclusiones. Deberías escucharme.

-"Todo el tiempo del mundo"- se burló el joven- ¡Bah! Lo único que me interesa es el futuro. Los cuarenta años que dormí sólo tuvieron ese objeto, no pienso desperdiciarlos. Ni siquiera me retuvo mi novia.

-Y yo... ¿qué pasa, que no te gusto lo suficiente?

El muchacho se estremeció de repugnancia. El viejo se dio cuenta de que de nuevo se le había ido la lengua. Se enfureció consigo mismo y el malhumor se disparó:

-¡"EL FUTURO", "EL FUTURO"!"- refunfuñó el viejo- ¡Pero si lo estás viendo, pedazo de imbécil! ¡Este es el futuro, este es tu futuro y el mío!- y se puso de pie, fuera de sí, y se puso a gesticular a un lado y a otro, señalando las casas abandonadas, las paredes invadidas por el moho y las plantas salvajes, y los roedores que iban y venían y que corrían a esconderse en miles de recovecos, como sintiéndose aún usurpadores, y los insectos que pululaban sin limitaciones, y pateó los escombros

escaleras abajo, y... El muchacho aprovechó la ocasión para arrancarle la escopeta de las manos.

-¡Estás loco de remate!- le gritó- Y por mí, si eso es todo, ya estás muerto.

Le arrancó la escopeta de las manos haciendo caer al viejo que no atinó a reaccionar (¿para qué, al fin de cuentas?) y de un disparo le quitó la vida.

-¡Viejo marica loco de mierda!- añadió, y arrojó la escopeta contra el cuerpo inerte- ¡Y no pienso enterrarte porque da lo mismo! (Como en un espejismo se vio a sí mismo bajando esos escalones pasados cien años y se vio descubriendo el esqueleto del viejo en el mismo sitio donde dejaba ahora el cadáver, como si este se hubiese quedado allí a esperar a que él volviese, arrepentido de la traición y dispuesto por fin a enterrarlo. Pero la supuesta premonición pasó de largo y se desmenuzó en el viento). "Dentro de cien años todo esto será diferente", se dijo.

Subió la escalinata hacia la gran entrada y volvió la cabeza por última vez. Aquello era efectivamente una tumba, los movimientos que permanecían en ese mundo eran del todo imperceptibles. Pobre viejo; después de todo le había regalado cuarenta años más, al final su "salto" sería de ciento cuarenta. Lástima no llevar una cámara fotográfica; sería el único en haber visto la Tierra durante ese despreciable interregno. Tal vez en alguna casa, en alguna tienda... Pero ya se había demorado demasiado y lo mejor que podía hacer era dejar ese mundo en el olvido de una vez por todas. ¡Fuera con las antiguallas y con los recuerdos! "La Pantalla" lo aguardaba ahí dentro, la misma que habían usado sus contemporáneos sensatos para irse al futuro, eso era lo realmente histórico. "Era un viejo de mierda", se dijo.

Volvió a revisar los controles, el viejo podía haberle dejado otra trampa preparada, la entrada a alguno de sus "ingeniosos" juegos. "Ninguno volvió para contarnos...", recordó. "¡Idiota!, ¿a quién le iba a

interesar?", y avanzó hacia la Pantalla repitiendo con un escalofrío: "¡Viejo loco de mierda!", dejando parte del insulto en el pasado, de donde comenzaba a desaparecer, mientras cruzaba la tenue neblina tras la que se iba delineando el futuro.

Un instante de cien años más tarde, el joven salía a la luz opalina de la misma sala. A diferencia de la vez anterior, todo a su alrededor estaba destrozado: las instalaciones, los controles, la propia Pantalla. A través de una grieta en la pared se vislumbraba el final del día y en un rincón bailaban los destellos y las sombras que producía un pequeño fuego en extinción. "¡Viejo loco de mierda!", repitió entonces impotente, pensando que no lo había matado y que presa de toda su rabia el viejo había entrado detrás de él y lo había destrozado todo, antes de que él acabara el salto, cien años antes. Pero eso no tenía sentido. Y entonces se dio cuenta y cayó de rodillas, allí mismo, entre los restos de la Pantalla, que sin duda había sido destrozada bajo los impulsos de una desesperación como la que él mismo estaba experimentando en ese momento. El viejo había estado en lo cierto; el futuro era tal y como se lo había descrito antes de morir asesinado:

... las paredes invadidas por el moho y las plantas salvajes, los roedores yendo y viniendo y corriendo a esconderse todavía, insectos, y escombros, y puertas desvencijadas cuya madera era posible de reconocer aún entre las cenizas de la hoguera alrededor de la cual, antes de que él irrumpiera desde "el otro lado", ante la proximidad de una noche más de las muchas iguales habidas desde que llegaron, habían estado calentándose algunos seres humanos, sin duda un pequeño grupo de mujeres y de hombres de aquellos que, en grupos cada vez más numerosos, fueron llegando del pasado, los que despreciaron o no alcanzaron a dar un nuevo (nuevamente inútil) salto de cien años, los que envejecieron ahí mismo y tal vez enloquecieron, un grupo que no habría aceptado internarse en los bosques para comenzar de nuevo.

Al cabo de un momento inmensurable, el joven se puso de pie y, con todo el tiempo del mundo, se dirigió a la salida: el esqueleto del viejo debía seguir esperando en las escalinatas para ser enterrado "introibo ad áltare Dei".



Carlos Suchowolski nació el 16 de Enero de 1948, en Mendoza, Argentina. Desde 1976 vive en España y desde 1984 definitivamente en Madrid. Estudió Ciencias Exactas y Computación y trabajó como informático, ejerciendo de empresario desde 1992 en una empresa de equipamiento digital para la industria gráfica y del audiovisual. Sus primeros relatos fueron publicados en periódicos de Mendoza, Argentina, uno de los cuales ("Pupilaje") obtuvo el tercer premio en el concurso organizado por el diario "Mendoza" en 1968, en el que Marco Denevi actuó como jurado. Escribió dos obras de teatro infantil que integraron el espectáculo de guiñol "Ratulinovich", del que se realizaron más de 350 representaciones en Madrid y otras provincias durante los años 1978-1979. En 1988, resultó finalista en el concurso internacional de cuentos que organizó la editorial Ultramar con el cuento "El pico en su sitio..." (cuyo título actual es "Comer con el pico y batir las alas hasta que haya máquinas en el cielo") que la mencionada editorial publicó como parte de la antología "La fragua y otros inventos" donde aparecen el cuento premiado y los finalistas.

Publicó diversos cuentos y microcuentos en revistas impresas y electrónicas como Black Hole, Sinergia, Artifex, Axxon, Químicamente impuro, Minatura, Breves más que breves, etc., y algunos fueron seleccionados y publicados por la Sociedad Española de Ciencia Ficción en 2004 y 2007 para sus colecciones anuales como los mejores cuentos aparecidos a lo largo de cada uno de esos años. En 2007 se publicó su primera novela con el título “Una nueva conciencia” y está prevista la publicación de una colección de cuentos para principios de 2012 en Bs.As. bajo el título de “Siete tiempos del futuro”. Fue traducido al flamenco y al búlgaro, integrando una antología publicada por el Congreso de Ciencia Ficción y Fantasía de Sofía del año 2009. Actualmente está acabando una nueva colección de cuentos y está corrigiendo los borradores de un ensayo y una segunda novela.

Azramari. Vive en Monterrey, Mexico, Diseñador gráfico, de profesión, trabaja con múltiples técnicas, ha realizado algunas ilustraciones para relatos y portadas, algunos de sus trabajos se pueden ver en <http://ilustranomicon.blogspot.com/>

LOS OBJETOS QUE PROVOCARON LA EXTINCIÓN DE LOS HOMBRES

Texto: Gabriel Romero de Ávila

Ilustración: Guillermo Romano

« El dolor es algo a lo que el organismo se acostumbra. Lo único con lo que puede amenazaros el enemigo no es con dolor, sino con la muerte, que no es un mal sino una liberación, cuando se muere al servicio de Marte »

Domingo, 31 de diciembre de 2399.

23:50 h UTC.

El primer recuerdo que Jenna Brakken tenía de sí misma eran los orfanatos militarizados. Bajo la estricta guía de la general Ansea Maris, unos cincuenta mil chicos y chicas eran admitidos cada año provenientes de las Cámaras de Gestación, a sabiendas de que ni una décima parte de ellos sobreviviría al cruel entrenamiento marciano. Y no porque no los criaran duros, o sus genes no estuvieran en las mejores condiciones, pero ni siquiera las más avanzadas técnicas de manipulación genética podían prepararlos para las tácticas de Maris. Campañas de meses por la jungla sin apenas comida ni agua, lavarse con barro y estiércol, alimentarse con fruta podrida. El hemisferio sur de Marte había sido acondicionado como un gigantesco campo de entrenamiento para niños, con unos mil doscientos microclimas distintos, a cuál más hostil.

Los educaban en la rabia, en la necesidad sobrehumana de vivir más allá de cualquier adversidad, y eso los hacía imbatibles.

Jenna Brakken nunca tuvo amigos, pues tal cosa estaba prohibida en Marte. Tuvo compañeros, y rivales, tuvo una sana competencia con muchos, y relaciones sexuales con unos cuantos más, ya que la Gran Autoridad Marciana consideraba “las necesidades de la carne” (tal y como se

denominaba en la oscura jerga castrense) como un bien más del cuerpo que también necesitaban para vivir. Y por tanto prescindible, igual que la comida y el agua.

Si se tenía, era por supuesto bien recibido. Si no, bueno... nadie se ha muerto nunca de eso.

Alexei Zaratov había sido uno de aquellos amantes. Nada más, y nada menos.

En algún lugar de su mente debía de saber que iban a asesinarlo esta noche. La luna estaba demasiado llena, las calles demasiado iluminadas... Como si presintieran el derramamiento de sangre, y quisieran estar muy atentas.

—En efecto, Coronel Madureira. El peligro que supone Marte es considerablemente mayor de lo que habíamos pensado. Yo mismo tuve que abandonar Deimos con cierta... premura.

—Muy desafortunado, Comandante. El Ejército Marciano ya ha levantado en armas a los suyos, y tendremos que activar las naves para detenerlo. El Gobierno era reacio a intervenir de modo directo, pero no nos va a quedar otra opción.

—Nadie quería una guerra en nuestra propia atmósfera, pero temo que esos cerdos desean obligarnos a ella.

—¿Y cómo reaccionará PanAmérica entonces, Comandante? Nos interesa muchísimo su opinión.

—Bueno... Creo que podremos contar con ellos. Después de mis gestiones en Deimos, el Gobierno del Presidente Colón va a sufrir un duro revés económico, y eso no es bueno de cara a un enfrentamiento bélico. Si hay guerra contra las Colonias, no les quedará otra opción que unirse a nosotros.

—Como imaginábamos. Y recuerde, Comandante: si PanAmérica le plantea alguna forma de pacto, escuche sus condiciones, pero imponga las nuestras.

—Así será, no tenga duda. *Ebediyet*.

—*Ebediyet*, Comandante Porto.

Las facciones del Jefe de Investigaciones Criminales de Europa se esfumaron en el interior del coche, y supo que estaban jugando con fuego. Podía sentir a los marcianos respirando en su nuca, y muy pronto los vería cara a cara en la Tierra.

El juego se estaba volviendo demasiado peligroso.

En verdad el primer recuerdo que tenía de sí misma era junto a Alexei Zaratov. Se habían criado juntos en el orfanato al provenir de zonas geográficas adyacentes, y pronto se habían hecho inseparables. Cada nuevo reto, cada nueva prueba a superar en este insufrible proceso de maduración lo habían conquistado uno al lado del otro. Cuando Zaratov se ganó por primera vez la piel del jabalí radiactivo de las junglas del sur, fue a Jenna Brakken a quien se lo contó antes que a nadie. Cuando Jenna cazó con sus propias manos un thout de los míticos Hombres Verdes, corrió hasta su amigo a celebrarlo. Cuando ambos perdieron la virginidad, también lo hicieron juntos.

No había en realidad ninguna clase de sentimiento entre ellos, pues los sentimientos estaban perseguidos en Marte como crímenes de guerra, pero se tenían una confianza y una lealtad absolutas, y no había nadie más con quien quisieran pasar los días. Se buscaban a cada momento, se contaban los más íntimos secretos del corazón.

En cualquier otro lugar del Universo habrían estado enamorados. Aquí eran sólo compañeros de Escuadra.

La cuadriga frenó muy despacio frente a la misma puerta del Palacio de Atenea, y los guardias holográficos hicieron reverencias a su amo. En verdad el Comandante Marco Aurelio Porto era un hombre muy poderoso, y él lo sabía. Director de la Oficina de Inteligencia de la Provincia de Hispania, su carrera había sido meteórica, siempre

basada en la fidelidad más completa y los favores mutuos. Desde las más sucias cloacas de Sagunto había aprendido a sobrevivir por sí mismo, sin miedo, sin reparos en quebrar algún hueso o castigar a algún inocente hasta que sus jefes le ordenasen parar. O matarlo. El comienzo de la Segunda Guerra Fría le pilló en Teherán, ajusticiando prisioneros políticos e interrogando a testigos que nunca sabían nada. Él siempre fue el mejor. En toda su larga carrera nunca hubo nadie que pudiera esconderle un secreto, morir hasta que él dijera o resistirse a mentir en alguna declaración. Sus artes eran famosas por todo el planeta, y su lealtad igualmente inquebrantable.

Pero con el inicio de las hostilidades con América, las prioridades cambiaron ciento ochenta grados. Oriente había dejado de ser vital, y sus continuos cambios de opinión (sobre todo religiosos) podrían ser manejados por vías políticas. Ahora lo fundamental era cortar las alas a Panamérica. De forma que los hombres más valiosos y las redes de información más tupidas fueron trasladados a puestos de mayor relevancia, y sobre todo próximos a sus nuevos enemigos. Al mismo Marco Aurelio Porto se le ofreció la jefatura de la delegación en Sagunto, y seis años después ya dominaba toda la provincia. No pudieron hacer cosa mejor para él que devolverle a casa, pues muchos de los viejos contactos aún permanecían allí después de tantos años, y no costó un gran esfuerzo reclutarlos. Su poder floreció como nunca, y ahora acumulaba tal grado de influencia que el más mínimo de sus deseos se convertía en realidad. Por muy mezquino o siniestro que fuera.

“Las leyes son como las mujeres”, había dicho Porto en una vieja ocasión. “Hay que aprovechar la menor oportunidad para violarlas”.

Y como siempre ocurre con los bellacos, al Gobierno le interesaba tener hombres así bajo su mando, porque son predecibles, y porque nunca dan problemas si se cubren sus pequeñas necesidades.



—Buenas noches, Comandante, y bienvenido al Palacio de Atenea. La finca está segura y la vigilancia al máximo. Espero que disfrute la velada.

Asintió con una mueca de desprecio, como si el mero hecho de levantar una ceja ante un subordinado le costara un infinito trabajo. Ratas. Estaba protegido por ratas, servido por ratas. Sus leales guardias en la entrada, los siempre aduladores secretarios, las mujeres que luchaban por acostarse con él. Sólo ratas. Animales erguidos movidos por instintos primarios, desconocedores de las auténticas fuerzas que mueven el Universo. Las fuerzas que él manejaba cada día.

Y se preguntó una vez más cómo era posible que vivieran sin tener la más remota idea de lo que estaba pasando. Sin saber que fue su mano la que acabó con la vida del Ministro Ariel Bernetti, la que despeñó su vehículo barranco abajo y luego lo remató con seis tiros en la frente. No podían ser más que ratas, incapaces de ver a los titanes que realmente gobernaban su planeta. Al ejecutor de Marius Drax y toda su familia mafiosa, que pretendieron jugar con los gobernadores de Hispania y sólo se encontraron a un asesino. Al torturador de esposas e hijos en la Cordillera de los Andes, donde el narcotráfico es la única ley que impera, y nadie gana, sólo importa quién pierde menos.

Marco Aurelio Porto era un coloso, un dios entre hormigas, obligado a soportarlas en la medida en que podía aprovecharse de ellas.

O eso al menos es lo que él pensaba de sí mismo.

—Por aquí, Comandante. La muchacha le espera.

No respondió, pero estaba contento. Llevaba mucho esperando esta ocasión. El largo viaje comercial a Deimos le había agotado por completo, y aunque venía satisfecho (los acuerdos para la fabricación de vehículos militares pondrían contra las cuerdas al Gobierno Americano), eso no le restaba

cansancio. Por suerte ya estaba en casa. Necesitaba un café caliente y un buen masaje de relajación, y luego tal vez se acostara con la masajista, si es que sus hombres habían sabido elegirla.

La luna estaba demasiado llena, las calles demasiado iluminadas...

El despacho se llenó de luz tan pronto como él abrió las puertas de roble, y la joven ya estaba esperándole. Una dulce muchacha rubia de brillantes ojos azules, pechos firmes y caderas prominentes (*“Seguro que nórdica, holandesa o belga”*). El uniforme blanco de la agencia de compañía se ajustaba a su cuerpo como las manos de un amante fiel, y Porto soñó con ser él quien la abrazase.

—Buenas noches, Comandante. Mi nombre es Bianca, y espero satisfacerle por completo. ¿Sería tan amable de quitarse la ropa?

—Desde luego, señorita.

Se tumbó en la camilla antigravitatoria, y la joven empezó a trabajar su cuello. Al principio sintió dolor por las terribles contracturas que había acumulado, pero enseguida le invadió un placer fantástico, y un sopor. Empezó a relajarse, consciente de que todo lo demás podía esperarle.

Dejó caer la mano a un lado de la camilla, y rozó la pierna de la chica, de un modo casi fortuito. Después acarició sus muslos, y un poco más arriba sus nalgas, tensas y fortalecidas.

—Desnúdate -le susurró, y ella se mostró incomodada.

—Pero, mi señor, aún no he terminado el masaje. Esas contracturas...

—Pueden esperar. Ahora quiero que me satisfagas de otra forma.

La masajista rió de modo pícaro, y a una sola orden mental toda su ropa se convirtió en humo. El delgado uniforme blanco se deshizo en briznas de aire, y quedaron a la

vista sus grandiosos pechos de botones rosados, su vientre liso, su vagina imberbe. El pecho del Comandante empezó a latir con rabia, y sus labios se curvaron hacia arriba.

Y al momento un frío recorrió la sala, y se apagaron las luces.

La mujer se disolvió hecha humo como su vestido, y Porto supo que había sido engañado. Entonces le recorrió la Voz, atravesando su cuerpo como una corriente eléctrica.

—El disfrute acaba aquí, Comandante. Mi nombre es Ursa, y ya sabe quién me envía.

La camilla quedó súbitamente muerta, y tanto ella como su paciente cayeron al suelo con estrépito.

—¡No sé qué buscas —gritó furioso—, pero has firmado tu sentencia de muerte! ¿Tienes idea de con quién te estás metiendo?

Recorrió la sala con su sonda telepática, pero no halló un solo pensamiento que le rodeara. ¿Dónde estaban metidos? ¿Y cómo habían hecho el numerito de la masajista? Él la había tocado, no era un holograma. La lluvia repiqueteaba contra el enorme ventanal, y los rayos eléctricos le daban la única luz a la estancia. Y mientras, la Voz seguía resonando.

—Marco Aurelio Porto, General del Ejército de Tierra de Nilidia, Director de la Oficina de Inteligencia de la Provincia de Hispania. Antes Adrián Manzini, antes John Henry Böhs, antes Kharim ben Yizad. Asesino sin escrúpulos, torturador y espía. ¿Crees que te conocemos bien?

Y un escalofrío le recorrió la espalda. Sólo había un ser en todo el Universo que pudiera conocer sus viejos nombres.

—De modo que el Dios de la Guerra finalmente ha enviado alguien a buscarme.

—Era sólo cuestión de tiempo. El cargo que ostentas es una fachada de tu auténtica misión, pero parece que has olvidado a

quién sirves. ¿Creías que no nos daríamos cuenta de tu traición? ¿O acaso pensabas que eras el único espía marciano en el Gobierno de la Tierra?

—No tienes nada que reprocharme. He sido fiel a tu amo. Le he informado cumplidamente de todo lo que se cuece en Hispania, y en ningún momento le vendí.

El ventanal se llenó de luz eléctrica, dibujando la suave figura de una mujer sentada en su mesa. El aire se enrareció de niebla y viento, y sobre el muro de la niebla apareció dibujado su propio rostro, de apenas quince minutos antes. Y sus palabras eran tremendamente delatorias:

«—En efecto, Coronel Madureira. El peligro que supone Marte es considerablemente mayor de lo que pensamos. Yo mismo tuve que abandonar Deimos con cierta... premura.

—Muy desafortunado, Comandante. El Ejército Marciano ya ha levantado en armas a los suyos, y tendremos que activar las naves para detenerlo. El Gobierno era reacio a intervenir de modo directo, pero no nos va a quedar otra opción... »

Porto enrojeció de ira, y a un gesto de su mano el aire fue sacudido por una intensísima descarga de luz, igual que la mesa y la figura de la mujer. Sus viejas palabras quedaron interrumpidas, y su imagen se fragmentó como un espejo roto en mil pedazos. Se elevó en el aire, y su cuerpo desnudo parecía el de un omnipotente dios hecho hombre.

—¿Piensas que me tienes en tus manos? Llevo haciendo este trabajo desde mucho antes de que tú nacieras. Vas a tener que ser muy buena para que me asustes.

La joven no mostró el más mínimo gesto de sorpresa, y la energía del ataque la circundó como si fuera intocable. El viento se apartaba a su alrededor, y su mirada se clavó en la violenta figura del Comandante como si no fuera nada para ella. Lo observó impertérrita, y se limitó a chasquear los dedos.

Y el Universo entero se detuvo en sus manos.

El Comandante Marco Aurelio Porto se desveló asustado en el propio lecho de su casa. Miró a su alrededor, y el miedo invadió sus huesos. Era de noche. Su habitación estaba inalterada, y más allá el resto de su casa. Lo único que no formaba parte de su hábitat natural era la Voz, que volvió a retumbar en su conciencia.

—Llevas todo el día dormido. En ningún momento has dejado tu cama, ni viajaste a Deimos, ni hablaste nunca con el Coronel Madureira. Todo lo que has creído ver y oír son sólo fantasías creadas por mi poder. Eres sólo un títere en mis manos. ¿Comprendes? Podría haberte matado con sólo quererlo, pero a mis jefes todavía les puedes ser útil. Ahora bien, una sola traición más y dejarás de sernos rentable. ¿Lo has entendido? ¿Puedes captar el nivel de amenaza que represento?

El militar bajó la cabeza. Aquel grado de poder le abrumaba, como si de pronto estuviera jugando entre dioses.

—Sí... Sí, lo entiendo. No tienes nada que temer de mí.

La Voz ya no pronunció una sola palabra. Como si siempre fuera a estar detrás de él, esperando cualquier fallo, cualquier motivo para eliminarlo.

Y fue entonces cuando Porto comprendió que él también era una rata en un mundo de gigantes, y que en verdad no tenía ni la más remota idea de nada.

Un día antes de licenciarse, a Jenna Brakken se le ordenó presentarse en las habitaciones privadas de la general Ansea Maris. El corazón le dio un vuelco. “¡La general Maris!”. El alma del orfanato, el símbolo al que todos querían parecerse. No sentía nervios, ni ansiedad, pues de siempre le estaban prohibidas las emociones, pero aun así notó que se le cortaba el aliento.

Al llegar, la imagen no se parecía mucho a lo que esperaba. Dos colosales guardias

eunucos abrieron para ella unas sólidas jambas de eucalipto, y se encontró cara a cara con los ojos de Maris. Unos ojos fríos de un verde casi inhumano, en el centro de una oscura habitación en la que sólo pudo ver una mesa y una silla. Y en el centro de la mesa había un botón.

—Bienvenida, soldado Brakken. Tome asiento, por favor. Es usted una de las pocas personas que ha tenido el honor de conocer este sitio. ¿Ya le han hablado de él?

—N... No, señor.

—No, desde luego. Se llama “la Decisión”. Es un tributo a los mejores soldados de Marte. En realidad tendría que sentirse orgullosa de que la trajéramos aquí.

—Oh, se lo agradezco, señor.

—No es para menos. Sus resultados han sido portentosos, Brakken. Hace décadas que esta Academia no alberga un recluta de sus capacidades. Enhorabuena.

—Gra... Gracias, señor.

—Mañana se licencia. Mañana dejará de ser propiedad nuestra, y pasará a ser del Gobierno de Marte. Y estará en sus manos hacer que nos sintamos orgullosos de usted. Sus capacidades están fuera de toda duda, ahora bien, ¿y su lealtad? ¿A quién pertenece su lealtad?

—A Marte, señor.

—¿Está segura? ¿Plenamente, sin objeciones? Eso es lo que vamos a averiguar hoy. Éste es su examen final. No un examen de fuerza ni de resistencia, sino un examen de fe. De hasta qué punto podemos fiarnos de usted. Verá, en la habitación de la izquierda hemos atrapado a uno de esos indígenas que atacan nuestras fronteras, un enemigo de Marte. Está atado y amordazado, y en un minuto recibirá una inyección letal que acabará con su vida. A menos que usted lo evite. En la habitación de la derecha se encuentra el soldado Zaratov, su... íntimo amigo.

Y el miedo paralizó a Jenna Brakken. Miedo por lo que sabía que estaba pasando.

—También está atado y amordazado, y también recibirá una inyección letal en un minuto, si es que el indígena no muere. La decisión está en su mano, Brakken, en ese botón que hay frente a usted. Si lo pulsa, Zaratov perecerá en el acto, y perdonará la vida del indígena. Si espera a que se consuma el minuto, será su amigo quien salga con bien de esto. ¿Cuál sería su reacción natural, soldado?

Las palabras no acertaban a salir de su boca. El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—E... Eh... No... No pulsar el botón... señor.

—Exacto. Su deber como soldado de Marte sería no pulsar el botón. Matar a un enemigo y defender a un aliado. Precisamente por eso le ordeno que lo haga.

—Qué... Qué... ¿Por qué, señor?

—No hay razones, sólo órdenes. Ésta es la prueba. Le ordeno que perdone a un enemigo y sentencie al hombre al que ama, y lo hará sólo porque yo se lo mando. ¿Qué va a hacer?

La sangre le golpeaba en las sienes como un maligno tambor de la jungla, como el grito de su conciencia. Alexei iba a morir, e iba a morir por su mano. ¿Por qué? ¿Para qué?

Un aluvión de ideas bulló en su cabeza. Tenía que ser un truco. La estaban probando, era sólo un test. Sólo una forma de saber hasta qué punto llevarla. Seguro que Alexei estaba perfectamente, y en cualquier momento iba a entrar por la puerta riéndose de ella. Seguro que todo era falso, o en todo caso tendrían al maldito indígena atado y a punto de morir, porque total, ¿a quién le importa? Pero Alexei... Alexei...

Estaba convencida de que si pulsaba el botón no ocurriría absolutamente nada. Y en cambio, si se negaba a obedecer, ¿quién

sabe lo que podrían hacer con ella? Como poco matarla, si no algo peor...

Era sólo una broma. Una prueba para saber cómo reaccionaba. Y tenía que elegir deprisa, antes de que se consumiera el fatídico minuto. Y no había ningún reloj por allí. No tenía ni la más remota idea de cuánto tiempo quedaba.

De modo que se acercó a la mesa y pulsó el botón.

—Enhorabuena, soldado, ha hecho exactamente lo que se esperaba de usted. Su amigo ha muerto. Pero no se preocupe, el único asesinato que cuesta es el primero. Desde hoy está preparada para matar a quien el Gobierno decida, y sólo cuando el Gobierno lo decida. Será usted una gran líder para nuestro Ejército.

—Pero... Pero... Alexei...

—Está muerto. Muerto, soldado. Mentalícese. Como es lógico, no podemos permitirnos sacrificar a uno de nuestros hombres por este simple juego, de modo que el Ejército va a clonar al soldado Zaratov a partir de sus pautas cerebrales que teníamos almacenadas. Y ya de paso, le haremos olvidar todo lo que sabe de usted, para evitar... distracciones. Ahora sí que será un militar perfecto.

Empezó a llorar, por primera y única vez en su vida. Estaba angustiada, superada por la crueldad y escaso respeto por la vida de su dueña. Consumida por su propio patetismo.

—Eres... Eres...

—¿Sí, soldado?

—Eres... sabia, general. Siempre sabes lo que es mejor para Marte.

—Así es. Hago todo lo que mi planeta necesita. Y por cierto, al soldado Zaratov le sometimos a esta misma prueba anoche, mientras usted dormía... y él no apretó el botón. Así que perdimos al indígena.

Enhorabuena, soldado Brakken. Bienvenida a la élite del Ejército Marciano.

El auto arrancó de la puerta de la casa del Comandante, aunque nadie en toda la Tierra habría sido capaz de verlo. Dentro, una invisible Jenna Brakken daba cuenta de lo sucedido a los Dioses de Marte.

—¿Y bien, querida? ¿Qué has descubierto de ese imbécil?

—Teníais razón. Porto fue quien vendió a nuestros soldados. Le entregó los nombres de los espías marcianos a ese condenado Augusto Madureira, y a cambio logró tratos de favor del Gobierno de Paneuropa.

—Deberías haberlo matado.

—No hay por qué, señor. Aún puede sernos útil, al menos de momento. Y si finalmente se declara la guerra, tendrá que ser él quien decida en qué bando se encuentra. Además siempre podemos acabar con su vida y luego presentarlo como un mártir.

—Eres inteligente, y hábil. Serás muy valiosa en el conflicto.

—Sólo me debo a mi patria. A lo que vos... deseéis de mí, señor.

Al día siguiente, Jenna Brakken se volvió a encontrar con su amigo, pero él ya no recordaba nada de ella. La observó como quien mira un paisaje anodino, y después esa cara inexpresiva se perdió en la multitud. Para siempre.

Nunca más volverían a encontrarse, hasta que a él lo asesinara el Gobierno de la Tierra, por el chivatazo de Marco Aurelio Porto.

Y por aquel entonces ya se había convertido en adulta.

En la soldado perfecta del Dios Marte.

Con la llegada del hombre al Planeta Rojo en el Siglo XXIII, las cosas empezaron a radicalizarse. A partir del descubrimiento

del poder que encerraba la materia oscura, los técnicos del Ministerio de la Ciencia Terráquea diseñaron unos fantásticos anillos que concedían a sus portadores unos increíbles poderes nunca vistos en la historia del mundo. Podían vencer la fuerza de la gravedad e interactuar con las máquinas sólo a través de pensamientos. Podían transformar la energía cósmica ambiental en forma de rayos o escudos de fuerza, e incluso crear por sí mismos hologramas altamente verosímiles. Eran una especie de hombres-dioses sin ninguna clase de moral.

Como es lógico, estos anillos sólo fueron entregados a individuos que no mostrasen duda alguna en sus lealtades, y que de este modo se convirtieron en artífices del sometimiento de los demás. Con el paso de las décadas se hizo obvio que la gente normal fue poco a poco delegando todo tipo de trabajo físico en los androides más desarrollados, y las decisiones en los nuevos dioses que se habían creado. Dejaron de opinar, de creer en nada, y se movían por la vida como ovejas que existen sólo por inercia, con todas las necesidades vitales cubiertas, incluso las espirituales.

Y así esos portadores de anillos mágicos empezaron a actuar como les venía en gana, porque no había nadie que pusiera freno a sus actos. Es más, ni siquiera les importaba lo más mínimo.

Era un tipo distinto de mitología donde nadie vivía en el Olimpo, sino en la misma Tierra que les habían arrebatado a los humanos.

Tanto llegaron a creerse esta comparación helenística que con el tiempo el nombre de las naciones empezó a remedar los más antiguos, y se volvió a llamarla Hispania, y a viajar en cuádrigas y luchar con espadas y lanzas, aunque esta vez fueran hojas fotónicas en vez de hechas de acero, y las legiones estuvieran compuestas de hologramas.

Y a esas joyas de materia oscura que habían transformado el mundo se les llamó Anillos Prometeicos, y a los que los empuñaban,

Daimones. Espíritus más allá del hombre que custodiaban el Universo.

El problema es que claro, como ocurre siempre que se entrega poder a los hombres, no tardó en polarizarse éste de tal manera que pronto hubo guerra. El Ejército Marciano prefirió denominar *Jeddaks* a sus elegidos, y entrenarlos como soldados de operaciones especiales. Esto enseguida condujo a que se infiltraran como espías en otras naciones, y por último a que declararan la guerra a nivel intergaláctico.

Los modernos dioses de Marte y la Tierra se enfrentaron por una Galaxia que no era más que un corral de ovejas obedientes y calladas.

Y eso únicamente podía llevar a un desenlace.

¿Puedes imaginarte cuál...?

Gabriel Romero de Ávila, nacido en Madrid, residente en Vigo desde 2006 (previamente en Madrid hasta mitad de 2002, Inglaterra final de 2002, Tenerife 2003, Pontevedra 2004-06, y en adelante, y espero que por mucho tiempo, en Vigo). Profesión: Médico de Familia (por ahora es lo que me da de comer). Llevo escribiendo desde: toda la vida (aunque con intención de publicar, desde 2006); desde entonces he publicado en: "La Voz de Galicia", Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, NGC 3660, Action Tales. Ganador del Premio de Relato Corto del Ayuntamiento de Nigrán. Otras aficiones: Novelas de aventuras, Comics de Alan Moore (y también muchos superhéroes), música de bastantes tipos diferentes. En la actualidad escribo un serial de ciencia-ficción en NGC 3660, varias historias en Action Tales, y una novela que lleva más de un año en preparación... y lo que aún le queda. En el primer número de la revista PLANETAS PROHIBIDOS publicó "La necesidad de una guerra si le hicieran caso a Bourroughs".

Guillermo Romano. Ilustrador Digital Argentino de CF y Fantasía. Ilustrador argentino fan de la ciencia-ficción y el genero fantástico en todas sus manifestaciones, principalmente la historieta. Admirador desde pequeño de autores como Jack Kirby, Neals Adams, Lucho Olivera (con quien trabajó), Villagran, Oswal, Frazzetta, Frank Miller, Alcatena y Zanotto que lograron influenciarlo con sus tecnicas visuales y temática. En 1997 se recibe de diseñador gráfico y desde entonces se desempeña como ilustrador digital y dibujante de cómics Freelance para publicaciones de Argentina, España, Italia y recientemente en Francia. Colaborador de revistas digitales como [Alfa Eridiani](#) y [Axxon](#). Sus ilustraciones son realizadas utilizando herramientas digitales de edición de imagen en 2D y 3D. Recibió el primer accesit por la ilustración Cebos y Cazadores del III PíEE (premio internacional de las editoriales electronicas).La portada del segundo número de la revista PLANETAS PROHIBIDOS fue obra suya.WEB: www.guilleromano.com.ar BLOG: <http://www.guilleromanoblock.blogspot.com/>

EN EL LABERINTO

Texto: Juan Manuel Valitutti

Ilustración: José Antonio Marchán

— ¡Qué vergüenza! —El señor Álvaro Estévez mantenía la presión en su diestra—. ¡Una verdadera vergüenza!

La señora Estévez se desentendió del bebé y estudió el rostro tenso de su marido.

—¡Oh, vamos, mi amor! ¡No echemos a perder el día por...!

—¿Te parece esto un modelo de integración justo? —Estévez abrió la mano y descubrió un muñequito.

—Es... una forma de empezar a aceptarlos — tanteó la mujer.

—¡Aceptarlos! —Estévez depositó el muñeco entre la hamburguesa y el cartón de las papas fritas—. Una raza venida del espacio... ¡Extraterrestres, por el amor de Dios! ¡Por fin entre nosotros! —Cerró los dedos nuevamente sobre el objeto de su encono—. ¿Y nuestra respuesta al respecto? ¿Eh? Echamos a correr tan pronto descubrimos sus naves en el horizonte; maldecimos cuando sus líderes nos acercan su mensaje de fraternidad; nos horrorizamos, por último, al enterarnos de que una partida de alienígenas se dispone a descender sobre la Tierra... ¡Y, por supuesto, no podía faltar el protagonismo de nuestra gran cultura! — Volvió a destacar en primer plano la figurilla que acompañaba la comida chatarra—: ¡La parodia mediocre del primer contacto! — concluyó.

—¡No seas tan duro, querido! —La señora Estévez rodeó el cuello de su retoño sietemesino con un babero—. Cuando las naves fueron avistadas por primera vez,

sobrevolando las naciones del mundo, parecía... parecía el Día del Juicio. ¡Una auténtica invasión! ¿No lo recuerdas?

—¿Invasión? ¡Bah! —Estévez acarició la cabecita del bebé—. Tal vez tú y yo no podamos verlo; pero este pequeño y su hermano, Miguel, conocerán un mundo donde la concordia intergaláctica...

Se interrumpió. Algo ocurría.

“¿Qué pasa?”, pensaron al unísono los Estévez.

Tumulto en la entrada. Ruidos de muchos pies en la escalinata que conducía al piso superior del establecimiento. Cámaras de televisión.

“¿Cámaras?”, pensó Álvaro Estévez. “¿Qué diablos está pasando?”

Pronto obtuvo la respuesta.

¡Dos lánguidas siluetas remontaban la escalera hacia el primer piso del salón de comidas!

—¡Observa, Mágina! —rugió el señor Estévez—. ¡Son ellos!

La señora Estévez no podía creer lo que veían sus ojos.

Dos esbeltas formas, de un tono albo, enfundadas en amplias y evanescentes togas ingresaban al patio del local, rodeadas por un operativo espectacular de cámaras y reporteros.

Los *flashes* eran aturdidores. Los comentarios, atronadores. La sorpresa, ¡inmensa, infinita, inconmensurable!

Los rostros se apiñaban en torno a las dos silenciosas figuras.

Las lentes de las cámaras y los micrófonos se adelantaban.

Un reportero tropezó y cayó. Un niño comenzó a llorar. De pronto, como un *intermezzo* único, el silencio sobrevino. Una presencia humana, de negro, se destacó en primer plano. El objetivo de una cámara se preparó. El humano probó con un micrófono.

—Uno, dos, tres... ¿Me tomas, Javi? —El reportero proyectó una sonrisa de oreja a oreja—. ¡En vivo, planeta Tierra! —anunció—. ¡Como los ven! ¡Son dos de ellos, dos representantes de la raza alienígena que por primera vez pisan suelo terrestre! ¿Sus nombres, se preguntarán? ¡Oh, no lo duden, este reportero ha hecho su trabajo! —El clamor y los jaleos y las risas se elevaron como una tromba sin control en las instalaciones del patio de comidas, mientras las miradas se regodeaban en los níveos y agudos semblantes de la pareja extraterrestre—. Créanme, damas y caballeros, no será la intención de este cronista entretenerlos con inútiles sofismas; sé los nombres de los recién llegados que hoy nos honran con su presencia; me fueron revelados de forma imprevisible, secreta y maravillosa, ¡y deseo que otro tanto reciban y experimenten ustedes!

El hombre calló, y se limitó a girar el micrófono hacia los dos parsimoniosos y esbeltos seres.

Eran altos y hermosos y esculturales, y sus túnicas le conferían un aspecto cercano a lo monacal.

Las criaturas otearon el micrófono, y ladearon las hermosas cabezas.

Sus ojos negros brillaban.

—¡Míralos, Mágina, oh, míralos! —El corazón del señor Estévez saltaba como un pajarillo alocado—. ¿No son magníficos? ¿No lo son? ¿Eh?

Mágina Estévez tomó instintivamente la manita del bebé, al tiempo que sus ojos se volvían hacia el sector de los juegos: descubrió al pequeño Miguel, quieto y

boquiabierto, mirando la escena como el resto de los niños.

Los alienígenas se adelantaron y uno de ellos, el más alto y corpulento de los dos, extendió un dedo y tocó el micrófono.

Un estremecimiento recorrió el local con la efectividad de una descarga eléctrica. La totalidad de los presentes suspiró con una dicha silente pero eufórica: supieron, con un discernimiento íntimo, los nombres venidos del espacio exterior. Resultaban irreconciliables con la palabra humana y, sin embargo, habían invadido las mentes, embriagándolas con un eco de antiguos y esperanzados sueños.

Cuando Mágina Estévez abrió los ojos, descubrió que aún mantenía la presión sobre la manita del bebé, y que su marido había tanteado su mano libre, para apretarla en un rapto de placer.

—¿No es hermoso, mi amor? —Álvaro Estévez mantenía los ojos cerrados y una sonrisa plena en el rostro extasiado.

La señora Estévez se liberó del estrujón marital lo mejor que pudo. La cabeza le daba vueltas y el corazón le latía con fuerza, aunque logró alzar al bebé y cobijarlo contra su pecho. Miró entonces al sector de los juegos. Los niños, entre los que se encontraba Miguel, permanecían impassibles, como si nada hubiera pasado. Dedujo que el panel vidriado que separaba el comedor del sector infantil habría amortiguado los efectos de la experiencia.

Los aplausos que inmediatamente estallaron la arrancaron de sus cavilaciones. La gente vitoreaba, agradecida y expectante, y los extraterrestres ensayaban graciosas genuflexiones ante su público cautivo.

Entonces los participantes rieron, y hasta hubo una niña regordeta y sonrosada que corrió al encuentro del alienígena corpulento, y se animó a sujetarle un pliegue de la toga.



En este punto, los espectadores enmudecieron. El ser venido del espacio exterior bajó la cabeza y miró a la niña: la pequeña sonreía con todos los dientes al rostro marfileño y carente de boca. Entonces una mano de dígitos largos y pálidos descendió, y se enterró entre los rizos de oro con un zigzagueo sibilino...

Una señora, previsiblemente la madre de la niña, sofocó un grito incipiente y, aferrando a la pequeña por el hombro, la separó con brusquedad de la etérea presencia. El señor Estévez se mordió los labios. “¡Maldición!”, pensó.

Sin embargo, el alienígena no perdió la compostura ni la gracia de sus movimientos. Se aplomó con llamativa desenvoltura, y se limitó a mirar por sobre su hombro, acompañando el gesto con un ademán invitador. La pareja extraterrestre, un duplicado casi exacto del que había tomado la iniciativa, se adelantó con paso remilgado. Paseó la mirada oscura por el circunstancial auditorio y, cuando todo el mundo comenzaba a rebasar el límite de la curiosidad, cerró las pálidas manos sobre los pliegues de su toga, y los separó, para descubrir... Se levantó un coro de atónito asombro.

—¡Miren, miren!

Los truenos y relámpagos de los *flashes* acudieron desde la tormenta del clamor colectivo. Una manito de dedos finos y nerviosos se había aferrado de pronto a uno de los pliegues. Le siguió otra manito que hizo lo propio con el pliegue opuesto. Entonces, como si fuera el telón de un teatro, los extremos se descorrieron y...

—¡Un nene! —festejó un niño humano.

Las cámaras se abalanzaron raudas sobre la noticia del milenio. Una silueta pequeña y esmirriada, provista de una gran cabeza bamboleante, falto de boca y pletórica de asombro, esperaba impasible con sus grandes ojos negros abiertos de par en par.

El silencio era intransigente, pleno y poderoso como un muro que no admitía alternativas. También era molesto y ofensivo... O eso, al menos, era lo que pensaba la mente sobrepasada de Álvaro Estévez.

—¡Margarita, pronto! —demandó—. ¡Llámallo a Miguel!

—¿Qué...? —alcanzó a decir la señora Estévez, sin comprender.

—¡Olvídalo! —Estévez le dirigió vigorosas señas a su hijo mayor, que oteaba la situación desde el salón de juegos.

—¡Oye! —se alarmó Margarita Estévez—. ¿Qué pretendes?

El pequeño Miguel apareció con sus ocho abríles a cuestas, y una buena combinación de sudor y mugre luego de una hora de sostenida diversión. Miró a su padre con una interrogación en el rostro. El hombre lo tomó por el hombro y le dijo:

—Quiero que invites a jugar a ese niño, ¿de acuerdo?

El muchachito abrió muy grandes los ojos azules.

—¿Estás loco? —La mujer de Estévez le propinaba palmaditas al bebé en brazos.

—¡Ni una palabra! —disparó el enconado padre, y redobló la atención sobre su hijo—. ¿Qué dices, campeón? ¿Lo harás?

Miguel miró a su padre, y luego a su madre; finalmente, dirigió una mirada cansada al infante del otro mundo.

Se caló la gorra sobre el mohín de la nariz.

—¡Jugaré con el marciano! —resopló.

—¡Ese es mi muchacho! ¡Y no son marcianos! —Estévez se frotaba las manos—. Todo lo que tienes que hacer es acercarte y...

—Yo tengo mi estilo —dilapidó Miguel. Y agregó—: Dame ese muñeco. ¡Y no quiero preguntas!

Álvaro Estévez nunca estuvo tan orgulloso de su retoño. Le entregó lo que quería: una

representación tosca en plástico que pretendía remedar la anatomía de los visitantes. No dijo nada, y se limitó a observar el desplazamiento de Miguel, que se dedicó a esquivar cámaras y equipos de alta fidelidad, hasta llegar al claro donde se erguía el tríptico extraterreno. Los periodistas explotaron:

—¡Oye, niño! ¿Qué crees que haces?

Miguel Estévez se volvió, y les dedicó a las cámaras un nuevo mohín de su nariz. Entonces encaró a los extraterrestres: les presentó la figurilla y esperó una reacción.

Los grandes ojos negros de la criaturita que permanecía entre los pliegues maternos pestañearon intermitentemente, hasta que una mano de dedos pálidos y finos se posó sobre su cabeza, gesto que concedía un indudable permiso, ya que el pequeño abandonó el cubículo materno y salió a la luz, para aceptar el obsequio terrestre.

—¡Niño, mira para acá! —llamaban los camarógrafos.

—Niño, ¿cómo te llamas? ¿Quién eres?

Miguel, haciendo caso omiso a los comentarios, condujo a la cría alienígena hasta la entrada del *play-room*. El propio Álvaro Estévez, que se había aproximado a los codazos, les franqueó el paso abriéndoles la puerta vidriada.

—¿Quién es usted?

—¿Es su hijo?

—¿Es el padre del niño?

La masa de gente corría riesgo de desbordarse, pero de pronto se abrió y se dispersó en breves islas de susurros: el alienígena de contextura voluminosa se había adelantado con la palma extendida. Estévez, pasmado ante la mano que se le ofrecía, sonrió con la expresión de los muñequitos al devolver el histórico apretón. Entonces la atención se volcó de lleno sobre

los niños. Miguel Estévez enfrentaba una de las dos bocas de acceso al gran circuito tubular de la instalación. El niño extraterrestre permanecía en el extremo opuesto, frente a la segunda boca, más concentrado en darle vueltas al regalo del terrícola, que en decidirse a penetrar en el ingenio de múltiples curvas. Miguel se alzó de hombros ante la expresión anhelante de su padre. “¿Qué esperas, muchacho?”, bramaba Álvaro Estévez para sus adentros. “¡Entra de una vez!” Movié las manos en un pasmo de irritación y Miguel, con un sonoro resoplido, se montó sobre el canto del oscuro embudo. Entonces la criaturita de níveo y esmirriado aspecto reaccionó: dejó caer el muñequito de entre sus dedos y se introdujo en el reducto del laberinto. Los aplausos, las risas y los comentarios asaltaron el establecimiento. Mágina Estévez acudió como una exhalación junto a su marido.

—¿Álvaro? —gimió—. ¿Será lo correcto?

—¿De qué hablas? —El rostro de Estévez lucía desencajado, eufórico—. ¿Qué te pasa, mi cielo?

—Es que... —Mágina espiaba por sobre el hombro de su marido—. Se los ve tan... ¡raros!

Estévez se volvió a medias. Los padres extraterrenos permanecían mudos y estáticos como monolitos, pero sus rostros sin boca estaban atentos. Muy atentos. Ambos tenían los ojos redondos y negros clavados en la escena lúdica que se sucedía tras el cristal divisorio.

—¿Álvaro? —La señora Estévez rodeó el brazo de su marido.

Álvaro Estévez apenas escuchaba a su mujer, abstraído en la contemplación de la pasmosa pareja espectadora.

Semejaban dioses o esculturas de algún templo olvidado. Eran magníficos, demasiado perfectos como para estar vivos. Sus cabezas eran agudas y lampiñas, y los

rostros parecían haber sido tallados en marfil. Y sus manos... Estaban sus manos, acabadas en escurridizos y dúctiles dedos, que no dejaban de moverse con un rigor mecánico y secreto. Estévez pestañeó varias veces antes de volver en sí. Se percató del grado de ensimismamiento con el que había cavilado tan pronto detectó la algarabía inextinguible en torno suyo. Le dedicó entonces una sonrisa a su mujer, y se limitó a otear a través del panorámico ventanal. El complejo de tubos se sacudía sostenida y acompasadamente. Resultaba evidente que los cuerpos elásticos se desplazaban con holgura en el interior del laberinto multicolor. Estévez se relajó cuando percibió el latido brioso que recorría las circunvoluciones de aleación plástica. Pensó que estaba haciendo historia... Que los Estévez estaban haciendo historia. “¡Te das cuenta, querida...!” , iba a decirle a su mujer, cuando se dio cuenta de que Mágina no estaba a su lado, sino que había vuelto con el bebé.

Estévez entonces se sintió solo. Y así, solo, se vio a sí mismo de pie ante una puerta. ¿Una puerta? Sacudió la cabeza como para espantar sus ensoñaciones. “¿Qué me está pasando?”, se dijo. Buscó sus manos... “¿Qué te pasa?”, pensó. “¿Qué esperas encontrar?” Las sintió desnudas, inútiles, como si les faltara un peso, algo de suma importancia.

Volvió la atención a la serpiente de enroscados anillos. Se revolvía y se detenía, respiraba y se contenía: palpitaba en respuesta a las dos vidas que la atravesaban de un extremo al otro.

Estévez comenzó a transpirar, y viajó al pasado, transportado en alas de su mente febril. De niño acostumbraba espiar al padre mientras trabajaba ante el escritorio de su estudio; se agachaba lo suficiente como para atisbarlo a través del agujero de la cerradura. ¿Por qué lo espiaba? Porque le temía... ¿Y qué era lo que temía? Su padre era un buen hombre, emprendedor y sabio. Le contaba historias, muchas historias; había veces en que se sentaba en la cama, antes

de desearle las buenas noches, y le leía un libro. Una vez le contó la historia de Teseo y el minotauro... Estévez se sobresaltó, y los recuerdos de su infancia se esfumaron: la gente respondía a las oscilaciones que se sucedían dentro del circuito de conductos con altisonantes aclamaciones. “¿Qué te pasa?”, reflexionaba el señor Estévez. “¡Los chicos se divierten!”

Se pasó la palma de la mano por la nuca y la retiró humedecida por el copioso sudor.

De pronto las ovaciones se apagaron: los temblores en el laberinto se habían interrumpido y los espectadores, como si presenciaran una partida de ajedrez, esperaban nerviosos el próximo movimiento.

¿Qué estaría pasando en el vientre serpentino?

Casi en respuesta al unánime pensamiento, la sección de tubos azules comenzó a activarse, primero con pausas y tiento; luego, rauda y segura, como un rayo atravesando el cielo nocturno; la sección de tubos rojos con empalmes amarillos respondió en consecuencia, pero se movía frenética y atropelladamente, luchando contra su propia torpeza, mientras trataba de tomar distancia del embate celeste.

Entonces, a medida que la bulla espectadora cobraba nuevo ímpetu, atraída por el despliegue en los luengos corredores, Estévez experimentó algo cercano al miedo.

Fue como si mirara de nuevo a través de la mirilla de la cerradura, y hallara al padre sentado ante el antiguo escritorio... y el observado se percatara del atrevimiento y, en un instante, se volviera y clavara unos ojos terribles en el figón, al tiempo que, con voz desarticulada, decía: “¿Cómo te atreves?”

Y Estévez huía, huía a través de los corredores del pasado, oyendo los trancos nefastos del monstruo a sus espaldas...

—¿Qué te pasa? —La voz de su mujer. Márgara Estevez estaba de pie ante el, sujetándolo por los hombros—. ¡Oye! ¿Dónde estabas? ¡Te perdimos por un minuto!

Álvaro Estevez parpadeó. Volvió a la realidad de los aplausos, del ímpetu de los corresponsales periodísticos y de la sorpresa.

Todo había terminado.

Márgara le comunicó los detalles:

—Los chicos ya salieron... ¿Ves?

Efectivamente, los dos muchachitos habían abandonado el complejo de interminables galerías y esperaban agitados ante las embocaduras de acceso.

Álvaro Estevez buscó a su hijo, y se infló de orgullo:

—¡Ése es mi muchacho! —bramó—. ¡Ése es mi Teseo!

Se abalanzó sobre la abertura vidriada y la abrió de par en par. Los niños salieron al mundo de los micrófonos y estallidos lumínicos. Lucían agotados. El ejemplar extraterrestre abría los ojos negros y saltones con un pasmo nervioso. Su cara sin boca se expandía y se contraía, como si las ideas contenidas en su cabeza lucharan por encarnarse en palabras. “Demasiado por hoy”, pensó jocosamente el señor Estevez. Entonces reparó en su hijo: el pequeño Miguel ocultaba el rostro en la cintura de la madre.

—¿Qué te pasa, campeón? —festejó—. ¿Tan duro fue el “encuentro cercano”?

—Está agotado, Álvaro —resumió la señora Estevez—. Deberíamos marcharnos a casa, ¿no te parece?

Álvaro Estevez posó una mano en el hombro de Miguel: el niño se volvió y le dedicó al padre una mirada ausente antes de hundirse nuevamente en el vientre materno.

—¡Suficiente por hoy! —concedió el orgulloso padre, palmeando la menuda espalda.

—¡Oiga, caballero! —Los reporteros, que permanecían arreados tras los cordones de seguridad, reclamaban una declaración urgente.

—¡Tendrá que ser en otro momento! —aclaró Estevez, y se dispuso a conducir a su familia por el viaducto de vallas que el personal de seguridad había dispuesto para la salida.

Comprobó entonces que la retirada se llevaría a cabo por partida doble: la familia extraterrestre sería conducida a través de un segundo túnel de escape. La misma expresión monolítica y pétreo presentaban los rostros paternos; la cría, en cambio, parecía alterada al trasponer el telón de las faldas tutelares: miraba directamente a Estevez, con esa extraña convulsión en la zona donde debería haber habido una boca. Álvaro Estevez le dedicó una sonrisa y un saludo con la palma extendida cuando la criaturita finalmente se desvaneció tras los pliegues acampanados de la toga.

—¡Vámonos! —ordenó el hombre, por fin.

Horas después, la familia estaba de vuelta en su hogar, y Álvaro Estevez se encontraba en la cocina preparando la cena. Escuchaba demudado el desarrollo de las noticias desde el receptor de su radio portátil. Otro tanto estaría haciendo su mujer, supuso, en las dependencias adyacentes. No era para menos: la flota de inmensas naves espaciales que un día había rodeado el globo terráqueo, de pronto, se había marchado. ¿Por qué? ¿Cuál había sido la razón? Álvaro Estevez trozaba un pollo con un cuchillo de carnicero cuando su esposa apareció en la cocina.

—¿Álvaro? Estoy preocupada por Miguel —dijo—. No pronunció palabra durante el

trayecto a casa, y ahora se encerró en su cuarto. ¡Oh, mi pobre cielito! Creo que quedó muy impactado por el... contacto.

Álvaro Estévez se limitó a carraspear algo por lo bajo y le transmitió a su mujer que iría a hablar con Miguel. Cuando llegó ante la puerta del cuarto de su hijo, se dio cuenta de que aún mantenía en su diestra el gélido frío del cuchillo de cocina. Sopesó el instrumento en su mano con una expresión indescifrable en el rostro. Algo pasó entonces por su mente, una imagen fugaz y repentina: vio nuevamente las facciones de ojos saltones de la criaturita alienígena que desaparecían tras los pliegues maternos. ¿Era pánico lo que había detectado en esos ojos? ¿Tristeza? ¿Impotencia? “¿Y ahora?”, pensó Álvaro Estévez, dándose ánimos. “¿Qué es lo que te pasa?” Levantó la vista hacia la puerta y, antes de que se detuviera a analizar lo que estaba haciendo, se inclinó y espió por el ojo de la cerradura... Divisó a Miguel: era una silueta envuelta en la penumbra del cuarto, de pie ante la imagen que le restituía el espejo del armario. ¿Qué estaba haciendo ese chico? Miguel adelantó el cuello y estudió el rostro de la superficie espejada. Abrió la boca y la cerró. Boqueaba. Boqueaba como un pez fuera del agua. Boqueaba como si nunca antes lo hubiera hecho; como si nunca... Álvaro Estévez se incorporó, cuchillo en mano. Pensó algo, y lo apartó de su mente con un resuello.

Se inclinó otra vez y, otra vez, espió por la cerradura.

Miguel había dejado de boquear; tenía ahora los dedos de las manos metidos en la boca, que aparecía desmesuradamente abierta, deformada por la inaudita presión. Emitía un sonido, un sonido prolongado y sostenido: una nota. Retiró los dedos de la boca y los revisó, testeando la sustancia que los envolvía con una capa húmeda. Se desentendió entonces de los dedos y se concentró en el espejo. Probó nuevos sonidos, vocálicos y consonánticos.

Modulaba. Experimentaba... ...con el extraño aparato fónico.

Álvaro Estévez se irguió nuevamente. Balanceó el peso afilado en su palma abierta.

Apoyó una mano en el picaporte de la puerta y lo hizo girar...

Como Teseo, ingresó al infierno de su propio laberinto.

José Antonio Marchán. "No es fácil hacer una presentación de uno mismo, así que me limitaré a dar unas pequeñas pinceladas. Nacido en 1975 en Reus (Tarragona), ya desde bien pequeño mi afición por la lectura y el dibujo fue forjándome a fuego lento. Primero fueron los Mortadelo, Zipi y Zape o Superlópez, más tarde me metí de lleno en el mundo de los súper-héroes, después llegaron la ci-fi, la fantasía heroica, el terror, y finalmente el manga, el independiente y el europeo... Actualmente no hago ascos a ningún género. De hecho mi estilo es claramente deudor de este tipo de lectura, de corte más bien clásico. Colaboré en la extinta web **Tierra de Héroes** (con el inconcluso comic on-line "Al abordaje") y actualmente lo hago en calidad de articulista en [Es la hora de las tortas!!!](#) (donde tuve la fortuna de colaborar en el proyecto benéfico "Reinventando lo Fantástico") y en [Cool Universe](#) como dibujante y guionista. Colaboré también con un artículo en [Del tebeo al manga: Marvel Cómics un universo en constante evolución](#), de Antoni Guiral y más

recientemente en la ilustración de la novela on-line [Los Caídos](#), de Magnus Dagon. También he colaborado en anteriores números de Planetas prohibidos. A falta de la creación de un blog donde colgar mis ilustraciones y escritos, se puede observar una pequeña muestra en Deviantart: <http://spiderjam.deviantart.com/> Entre los autores con los que crecí y que destacaría están Ibáñez, John Byrne, George Pérez, Neal Adams, Gil Kane, Alan Davis, los Romita, Mike Allred, Steve Rude, Brian Bolland, Chris Claremont, Alan Moore, Neil Gaiman, Tolkien, Stephen King, Georges Orwell, Brian k. Vaughan o Grant Morrison, por poner algunos. A pesar de estar en mi deseo, nunca he podido dedicarme al estudio profesional de la ilustración así que... dejémoslo en que soy un amago de artista, un pequeño amateur auto-didacta que disfruta como nadie con este mundillo y sus posibilidades...". Arácnidos saludo

Juan Manuel Valitutti. Docente y escritor argentino. Ha publicado cuentos en Libro Andrómeda (hyperespacio), Aurora Bitzine, Axxón, NGC 3660, Cosmocápsula, Alfa Eridiani, miNatura, Exégesis, NM, Red de CF, Planetas Prohibidos, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas-parpadeos, Nanoediciones, Cuentos Rain, Sensación!, Próxima, Acción y fantasía, Cineficción y Aventurama. Actualmente publica su saga "Crónicas del caminante" en el Portal de Ciencia Ficción de Federico G. Witt. Ha resultado finalista en los concursos Mundos en tinieblas 2009 y 2010. Uno de sus cuentos, "El factor Samsa", ha sido traducido al catalán, para su aparición en Catarsi n° 3. Puede consultar su blog en: <http://caminante-cronicasdelcaminante.blogspot.com/>

UNA RÉPLICA IMPERFECTA

Texto: Oscar Muñoz Caneiro

Ilustración: Pedro Belushi

No existía sonrisa tan franca como la que le ofrecía el niño a modo de bienvenida. Su expresión alegre era genuina y sus ojos brillaban mientras agitaba los brazos en un saludo alborotado. Le habían enseñado que frente a eso no había más defensa que poseer un corazón de piedra encajado en el hueco del alma, y aún así, después de cada gesto y después de cada mirada, siempre podían abrirse grietas. Lo esencial, recordó, era no demorarse en la tarea.

Alfonso se colocó a su lado, palmeándole el hombro en señal de aprobación, mientras con la otra mano saludaba al pequeño con la palma abierta, moviendo su muñeca, en un gesto infantil. Siempre hacía ese tipo de cosas, indiferente a que los críos fueran incapaces de apreciar la burla, y siempre se negaba a dejar de hacerlas, arguyendo que a él sí le resultaba gracioso. Aún seguía saludándole mientras se le acercaba, acuclillándose a su lado justo en el momento en que el niño alzaba los brazos y le imitaba. Alfonso explotó en carcajadas, lo que hizo que el pequeño se asustara levemente. Pero volvió a esbozar una mueca sonriente cuando la fuerte risa se fue apagando. Su compañero tenía los ojos llorosos al dirigirse a él.

—¿Lo has visto? ¡Qué espabilada la criatura! —se secó las lágrimas con el dorso de la mano, añadiendo con una sonrisa—. ¿No nos estaremos equivocando, eh?

—Lo dudo. Fíjate en los ojos.

El niño agarraba con fuerza el dedo índice de Alfonso, moviéndolo arriba y abajo, mientras él se dejaba hacer.

—¡Ja! Habló el experto. Bien podría ser oriental. ¿A que sí, chiquitín? —se zafó del débil agarre y estiró con los dedos las comisuras de sus ojos, achinándolos,

mientras acercaba su rostro al del pequeño— ¿A que sí podrías serlo, eh? ¿A que sí?

Indiferente a toda la escena, Imadeo entró en la habitación con el lector en la mano. Pequeñas gotas rojizas resbalaban por la lisa superficie de su antebrazo, y terminaban por dibujar manchas aleatorias en la moqueta del apartamento. De acuerdo a su naturaleza mostraba una indiferencia adecuada frente a situaciones violentas, de modo que no se percató de la fugaz sombra que cruzó su semblante al ver la sangre, ni la hubiera entendido de haberse fijado. Debía haberse manchado cuando leía los cuerpos de los padres furtivos. A él le daba igual si la carne estaba abierta, manchada con sangre o cubierta de quemaduras: el lector ejecutaba el análisis igual de bien en esas circunstancias que en un trozo de piel sano y sonrosado.

—Deberíamos proceder acorde al protocolo, Lemuel.

—¿Y a mí qué me cuentas?

Imadeo se quedó absorto mirándole, sosteniendo el aparato como si se lo ofreciera amistosamente. Había entrado en servicio recientemente, y en su informe se destacaba una insólita capacidad de aprendizaje, jamás vista en modelos anteriores. Lemuel no estaba muy impresionado. Chasqueando los labios, le apartó a un lado, dispuesto a recoger a Alfonso, que seguía con sus carantoñas y gestitos absurdos. Para su sorpresa, éste le vio venir y procedió a levantarse dejando el paso libre sin rezongar, no sin antes lanzar un sonoro beso al crío. Imadeo se adelantó para realizar su tarea. El lector no hizo ruido alguno al posarse sobre el pequeño brazo, ni al imprimir los resultados del análisis en su pequeña pantalla. Les informó con voz átona.

—Ha detectado un exceso cromosómico, nomenclatura 47, XY, + 21. Es un trastorno causado por trisomía del par 21, conocido como síndrome de Down. Declaro en forma que la identificación es positiva, y autorizo a

proceder a su detención de acuerdo a la directiva Samper-Gestahd.

Alfonso alzó los brazos, falsamente contrariado.

—Hubiera podido jurar que era de etnia oriental, de verdad.

—No me jodas, anda. ¿A cuántos chinos, filipinos o japoneses has visto con el pelo rubio? —le lanzó una mirada socarrona. Su compañero se encogió de hombros, añadiendo en voz baja:

—Habló el experto.

Lemuel sacó del bolsillo interior de la americana su bloc electrónico, y tras encenderlo, empezó a leer monótonamente:

—Los agentes Sinn y Garcés, presentes en la declaración emitida por el supervisor Imadeo HRDES-74 en relación al expediente nº 29/2037 del Juzgado de Instrucción nº 8 de Egara, proceden a hacerse cargo de la custodia de...

Alfonso le tocó el brazo levemente; contrariado por la interrupción, vio como su compañero miraba al frente con el ceño fruncido. Imadeo recogía en un brazo al niño, quién gorgojeaba con voz aguda. Lemuel estaba claramente desconcertado.

—Imadeo, ¿qué estás haciendo? Nosotros somos los encargados de llevar al niño, al igual que tú lo eres de reconocerlo. Déjalo de nuevo en el suelo.

El pequeño palmeaba sin fuerza el pecho metálico como si trasteara con un juguete. Alfonso suspiró.

—Mira por dónde, ahora me estoy acordando de las quejas del sindicato...

Lemuel avanzó un paso señalando inquisitivo.

—¿Me has oído? Obedece y deja al niño dónde estaba. Ya has terminado.

Imadeo cogió al crío con ambas manos, pero sólo para acomodarlo mejor en la misma posición. Sus dedos se amoldaron con suavidad al contorno del cráneo, y dejó su brazo libre extendido con la palma abierta, mientras flexionaba levemente las rodillas.

—No.

Agachando la cabeza, embistió hacia ellos. Lemuel se apartó de forma instintiva y el movimiento de agarre de Alfonso fue repelido por el pesado brazo, en una defensa idéntica a la que podía verse en un partido de rugby. Escuchó claramente el crujido de las costillas de su compañero al sufrir el impacto, y dudó por un instante entre auxiliarle o perseguir a Imadeo. Alfonso despejó sus dudas cuando gruñó una imprecación señalando hacia la puerta. Puesto ya en movimiento, Lemuel salió a la carrera con la pistola en la mano, sacada de forma inconsciente. Avanzó por el pasillo y al entrar en el comedor vio al fondo como la puerta del vestíbulo aún se movía, de modo que aceleró su carrera sólo para caer al suelo de repente. Seguía sosteniendo el arma en su mano sin haber disparado ningún proyectil. *Bien por el adiestramiento*, pensó con sorna, y mientras se incorporaba notó sus manos húmedas y su camisa mojada. Maldiciendo y asqueado fue hacia la ventana, donde la luz del sol iluminó debidamente la sangre fresca que aparecía esparcida por todo su cuerpo. Bajó los brazos con un estremecimiento, mientras divisaba en el exterior a los perseguidos abriéndose paso a grandes zancadas por entre la multitud, hasta desaparecer en una esquina. Imadeo había bajado las dos plantas con una rapidez de la que sólo él podía hacer gala, y se percató entonces de que la persecución había terminado aún antes de iniciarse. Dejó caer al suelo la pistola y con gestos rabiosos se quitó la americana y la camisa, que lanzó con disgusto al otro lado de la habitación. Volvió al cuarto del pequeño, esta vez evitando tropezar con sus padres en el suelo, y encontró a Alfonso con la tez roja y una mano en el costado, aunque ya incorporado. Gesticuló negativamente mientras se

acercaba para ayudarlo, pero su compañero le detuvo.

—Joder, Lemuel, no te acerques. Ve a limpiarte mientras llamo a la central.

Pequeños restos sanguíneos salpicaban la piel de sus brazos y de su estómago. Mientras se dirigía al baño con una creciente sensación de repugnancia pensó en Imadeo, y deseó ser androide por unos instantes, sólo el tiempo justo hasta que se hubiera limpiado del todo.

La sorprendente huída terminó veinte horas más tarde. El androide y el niño fueron sorprendidos bajo uno de los múltiples puentes que cruzaban las líneas ferroviarias de los trenes de alta velocidad. Entre metales sucios y basura no reciclable, Imadeo HRDES-74 fue abatido por sobrecarga eléctrica, sin que fuera capaz de causar ningún daño más. El menor tampoco sobrevivió al enfrentamiento, aunque alcanzó igualmente el destino que ya tenía prefijado. Lemuel Sinn y Alfonso Garcés fueron avisados del suceso, e invitados, entre bromas jocosas, a presenciar el escenario. Alfonso llevaba el brazo en cabestrillo y sufría las incomodidades que causaba el aparatoso vendaje del torso.

—No sé qué narices hacemos aquí, la verdad. Bueno, sí lo sé: exponernos aún más a las burlas de todo el mundo.

Desde que pasó a recogerle, Lemuel había estado intentando apaciguar a su compañero. Después de todo, no fueron declarados responsables del suceso y toda la atención recaía en ese momento en Arzat, S.A., propietaria y garante de los mejores, decían, androides especializados que podían encontrarse en el mercado. Era de suponer que en aquel instante tal declaración se estaría revisando vigorosamente, al igual que la licitación pública que ganaron y que les permitió proveer con regularidad al departamento de seguridad de la ciudad. De hecho, Lemuel divisó a lo lejos al profesor Stanza, el contacto de Arzat con el departamento.

—Oye, te dejo un momento.

Alfonso se le quedó mirando con los ojos abiertos.

—Pero bueno... ¿para qué me has traído aquí si ahora te largas?

Lemuel suspiró irritado.

—Para darte el gusto, imbécil —señaló una de las columnas que soportaban el peso del puente más cercano, cuya extensión, al igual que los restos que descansaban a sus pies, mostraba un tono ennegrecido por las quemaduras—. Debe quedar lo suficiente de nuestro amigo para que le puedas echar un buen vistazo y despedirte con honores. La sobrecarga lanza un fogonazo potente, pero el material de estos androides es realmente resistente. Quién sabe, quizá haya algún resto del pequeño también.

Una lenta sonrisa floreció en el rostro de su compañero, quien empezó a descender trabajosamente la cuesta en la dirección señalada. Le conocía cómo si le hubiera parido, aunque no era complicado predecir la actitud y comportamiento de una personalidad tan disociada como la de Alfonso Garcés. Alejándose de él le pareció escuchar en voz baja un malhumorado *habló el experto*, que le arrancó una breve sonrisa. Stanza se encontraba en ese momento a solas, mirando hacía las vías con los brazos cruzados. Lemuel se presentó cortésmente, y no atrajo realmente su atención hasta que le indicó que él estaba presente en el momento de locura de Imadeo.

—Lo primero que pedí fue hablar con usted y su compañero. Me lo denegaron, claro. Este último día me he estado haciendo a la idea de mi nueva condición de apestado para ustedes.

Lemuel alzó una mano para apaciguarlo.

—He venido a buscarle para hablar con tranquilidad. Yo también estoy interesado en saber qué es lo que ha sucedido.



Stanza suspiró, tembloroso. Su aspecto indicaba la tensión que había estado soportando las últimas horas.

—Mire, no tengo explicación alguna ahora mismo. No hasta que me dejen acceder a los restos de cerebro de este Imadeo. Arzat lleva cincuenta años, cincuenta, en el mercado de asistentes artificiales. Es la empresa pionera en este campo junto a la sueca Saame y la americana Bolton. A día de hoy, los androides son algo cotidiano en nuestras vidas, de hecho, nuestra generación no ha conocido una época sin éstos. Hemos superado la fobia a los replicantes y la teoría del valle inquietante de Mori. Siempre han sido unas máquinas más, unas herramientas de última generación. Este incidente... puede hacer volver actitudes extintas hace más de veinte años.

Parecía genuinamente preocupado.

—Usted estuvo allí mientras sucedía. ¿Dio muestras de comportarse de forma extraña?

—No. Imadeo entró cuando el agente Garcés y yo mismo habíamos reducido a los padres. Sé que los analizó, y después hizo lo propio con el crío. Leyó la declaración legal y fue entonces cuando lo recogió. Nunca había hecho esto antes.

Stanza pareció decepcionado.

—Como le digo, señor Sinn, poco más puedo decir a usted o a nadie sin examinar antes a Imadeo.

Lemuel se giró para marcharse, pero se detuvo casi de inmediato.

—Él sabía lo que hacía, ¿no?

Stanza puso cara de extrañeza.

—Me refiero a que... es decir, una avería, un cortocircuito, lo que sea que haya ido mal en las entrañas del androide, causa un funcionamiento erróneo, ¿no? —mantenía la vista baja, ordenando sus pensamientos—. Sé muy poco sobre esto, pero uno podría esperarse, qué se yo, una visión defectuosa,

mala coordinación motora, un fallo en el reconocimiento de voz, u otro síntoma similar. Pero, ¿una alteración tan desviada en el comportamiento? ¿Desobedecer dos órdenes directas de forma seguida? Si Imadeo fuese humano, apostaría que debía examinarlo un psiquiatra y no un traumatólogo, ¿entiende lo que quiero decir?

Stanza reaccionó de la peor manera que podía esperar: de forma condescendiente.

—Señor Sinn, usted sabe menos de lo que cree sobre esto. Yo podría... —pareció reflexionar un instante—. ¿Conoce usted la obra del buen doctor? Ya... no importa. Fue un escritor norteamericano de origen ruso, también un científico de renombre. Él soñó con este mundo en el que ahora vivimos, lo plasmó hace doscientos años en papel, en obras de ficción. Viene al caso porque en esas obras, él ideó un aparentemente sencillo método de control basado en tres leyes, de forma que el general comportamiento de los androides nunca permitiera dañar por acción u omisión al hombre, y en segundo término siempre obedeciera sus órdenes. Se formulaban como simples enunciados, pero con una lógica tal que parecía imposible que pudieran saltarse. Sus obras más populares explotan de forma lógica las grietas que esas tres leyes causaban en la práctica.

El profesor puso las manos en los bolsillos de sus pantalones, cómodo con su arenga.

—El trabajo especulativo de ese genio representa un párrafo del libro menos relevante sobre robótica que hoy en día puede publicarse. Créame, no hay grietas, no hay trampas lógicas, no existen órdenes contradictorias que motiven un comportamiento fuera de lo normal en Imadeo. Eso se lo dejamos a los escritores de terror, el subgénero hace décadas que está creado. Y está la evidencia final: ¿conoce usted algún caso de perturbación robótica? No hablo de averías o reparaciones, sino de un comportamiento errático. La respuesta es no: porque si usted o cualquier otro supiera de un caso así, la

industria robótica no habría llegado al medio siglo de edad.

Lemuel alzó las manos, declarando haber comprendido.

—Entendido, profesor. Era una idea extraña, lo sé. Ahora debo dejarle, gracias por todo.

Stanza asintió con la cabeza, viéndole marcharse. Lemuel desechó la conversación, arrepentido por meterse dónde no le llamaban, y avistó a Alfonso bajo el puente, haciendo señas al amasijo metálico. Al llegar al sitio, no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué estás haciendo?

Alfonso se giró sonriente.

—No tuve oportunidad con éste. Y ya sabes que siempre me despidió de ellos.

Terminado el trabajo, de vuelta a casa. Vería más tarde a Alfonso; Laura y él venían a cenar esta noche. Hacía pocos días que su compañero había sido dado de alta, de modo que estaba de un humor risueño que a él le parecía insoportable. El compromiso estaba hecho, en todo caso, así que habría que cumplirlo. A la salida del edificio se encontró frente a frente con Stanza, que parecía estar esperándole.

—¿Profesor?

No ofrecía un buen aspecto, aunque era de esperar; lo poco que supo sobre el desenlace del incidente sobre el Imadeo HRDES-74 fue que Stanza había sido despedido de forma fulminante. Conociendo el elitista ámbito de trabajo que era la robótica, Lemuel dudaba que ninguna otra empresa del ramo se arriesgara con él.

—Señor Sinn, por favor. Necesito hablar con usted unos minutos.

Lemuel asintió, invitándole a que lo acompañara.

—Tengo un buen paseo hasta mi casa.

Stanza se acomodó al ritmo del policía.

—¿Cómo le va en el trabajo? ¿Algún problema con los Imadeo?

—No, usted ya sabe... Perdón, claro que no lo sabe. Aún seguimos trabajando sin ellos, a la espera de que terminen las últimas pruebas de fiabilidad. En un par de meses volveremos a tenerlos disponibles.

—Ya. Pruebas de fiabilidad... me temo que no serán muy concluyentes.

—¿Disculpe?

—Quería hablar con usted debido a la charla que mantuvimos hace unas semanas, ¿recuerda?

—Claro, profesor. Donde encontramos los restos del androide.

—¿Se acuerda del escritor del que le hablé? ¿De aquel científico? —Lemuel asintió—. Le menté en una cosa sobre él. Nunca soñó, ideó o anticipó el mundo en el que ahora vivimos. Nunca.

—¿No inspiró a la robótica tal y como la conocemos?

—Oh, sí, esa parte es cierta. La ha inspirado a todos los niveles, él plantó el germen de los actuales androides. Me refiero a la sociedad y sus valores, señor Sinn. Fue muy optimista con el género humano. Por ejemplo, él nunca hubiera soñado con un puesto de trabajo como el que usted y su compañero desempeñan. Bueno, cosas así pasaron en su época, ¿sabe?, pero nunca podría haber llegado a imaginar que se normalizara de la manera actual.

Lemuel frunció el ceño.

—Bueno, el siglo veinte no es precisamente un modelo a seguir, las únicas dos guerras globales que nuestra historia refleja sucedieron en esa época. Además, el estudio de la genética en ese tiempo debía estar en pañales.

Stanza dejó de caminar bruscamente.

—Todo campo científico de esa época ha quedado espectacularmente atrasado comparado con los avances actuales, señor Sinn. Doscientos años de estudio continuado garantizan una progresión geométrica en la adquisición de conocimientos en todos los campos. Por desgracia, no puede decirse lo mismo en relación a las tendencias filosóficas y los valores morales.

Lemuel alzó las manos, impaciente.

—Escuche, la filosofía y la moralidad no son precisamente temas de conversación para gente como yo...

—¡Deberían serlo para todo el mundo! —agarró con fuerza su antebrazo, enfatizando sus palabras—. La brutal erradicación de taras genéticas, la prohibición y discriminación que el departamento estatal para el que usted trabaja lleva a cabo son algo totalmente erróneo, es una búsqueda absurda de la perfección que no hace más que alejarnos de ella. Nos hemos deshumanizado.

Lemuel se sobresaltó al escucharle.

—Basta, esto es absurdo.

Stanza le zarandéo levemente.

—El niño que se llevó Imadeo esa mañana, ¿lo recuerda?, de haber nacido dos siglos antes habría llevado una vida plena, habría llevado a cabo actividades, habría hecho feliz a gente, habría reído y llorado, se habría puesto triste y contento. ¿A quién narices le importa el retraso del intelecto? Habría vivido una vida. — transcurrió un instante mientras recuperaba el aliento —. ¿Por qué cree que hay padres que deciden llevar adelante un embarazo no aprobado por las directrices del valor genético? Porque sigue siendo una vida humana. Ni más ni menos.

Stanza dejó de agarrarle, abatido como si esas últimas palabras le hubieran quitado

fuerzas. Lemuel miraba alrededor, preocupado de que alguien escuchara ese discurso. Finalmente se dirigió a él en un susurro.

—Soy consciente de su situación, profesor. Imagino que no debe ser nada fácil para usted. Por eso voy a ignorar todo lo que me ha dicho.

Stanza le miró a los ojos con aire cansado.

—Tiene razón, claro. Debo tener una tara no detectada de nacimiento, debo ser un error fortuito en las ecografías de mi madre. Debo haber perdido la humanidad tal y como se entiende hoy en día. Sólo venía a decirle que ya sé lo que le sucedió a Imadeo en ese día.

Lemuel no pudo evitar preguntarle.

—¿Qué le sucedió?

—Nada, absolutamente nada. Intentó salvar a ese niño porque no era humano, sino androide. Una creación imperfecta, para nada hecha a nuestra semejanza.

Se alejó calle abajo, mezclándose con el resto de paseantes. Lemuel le siguió con la mirada hasta donde pudo, intentando comprender qué podía haber motivado el desequilibrio de una mente brillante. Minutos más tarde se encontraba en el vestíbulo de su casa, escuchando unos torpes y rápidos pasos aproximándose por el pasillo. Un precioso y vivaracho niño de cinco años, perfecto y exento de tara alguna, se le abalanzó con un chillido de alegría. Con una aguda vocecita le preguntó:

—Viene el tío Alfonso hoy, ¿verdad? Mamá me lo ha dicho.

—Sí, cariño. El tío vendrá más tarde, seguro que podrás jugar con él. —El niño salió disparado por dónde había venido, gritando de alegría. Lemuel vio normal el alboroto: Alfonso siempre había tenido buena mano con los críos.

Oscar Muñoz Caneiro (Barcelona, 1974) es lector voraz de cualquier muestra escrita de género fantástico desde su tierna infancia. Ha trabajado los últimos once años como abogado, y recientemente un impulso inexplicable (y unas pocas horas libres) le llevó a escribir relatos del mismo corte. Uno de sus de relatos, titulado La prenda, ha sido seleccionado para la Antología Horror Hispano - Monstruos Clásicos, promovida por la página web H-Horror y DH Ediciones.

Pedro Belushi ha trabajado en múltiples proyectos de guiones, cómic e ilustración; guionista de Hero Kids (serie de dibujos animados en la onda Los Increíbles y las Super Nenas). Ha colaborado en el guión y realización de varios cortos y películas entre ellos “La Cesta” con Santiago Martínez, “Defensa de la sanidad pública” con Fernando Colomo e “Increíble pero cierto” con Adrián Delgado. Entre las películas, ha hecho un segmento (“La sopa de la abuela”) dentro de un largo de historias cortas de terror. Colabora con Santiago Eximeno en proyectos como ¿Quién es el Cruciforme?, Ediciones Efímeras o en el diseño de juegos de mesa, como Invasión. Entre sus obras están “Melquiades y El Genio” (Dibujo y guión. Ed. Sulaco 2000) y “Mighty Sixties” (Guión y diseño, junto a Carlos Vermut. Amaniaco Ed. 2001). Ha hecho diversas exposiciones dentro del Circuito del Humor Gráfico tanto nacional como internacional. Actualmente colabora con BEM on Line, Axxón, Sensación, Próxima y otras revistas de CiFi haciendo ilustraciones para relatos y portadas, así como guiones para otros ilustradores. Preferencias: humor negro, la línea Vértigo, el mundo Pop, la estética Tim Burton y Brad Bird, la CiFi, etc. Ha colaborado además en los anteriores números de Planetas Prohibidos. Tiene una galería en Saatchi. Su mail de contacto es pedros2020@yahoo.es

CÓMIC

121/ MUNDO ROBOT, David Braña, Enric Nolla y Sergio J. Martínez



LLEGA LA CRISIS A MUNDO ROBOT

Tenemos que inyectar miles de millones a los bancos para que no quiebren y puedan seguir dando créditos.

Lo malo es que no sabemos si habrá suficiente liquidez para las pensiones, el desempleo, la seguridad social...

2010

Pues sí, yo tuve que hacer un "Ere" para cargarme a unos cientos de empleados y así tener mayores beneficios.

Yo me declararé en bancarrota, no he pagado ni una liquidación y ahora me voy a montar un negocio a otro país que me sale mucho más barato.

No hay como ser buenos empresarios...

Pues a mí este piso me parece muy caro.
(Pero si está rebajado a la mitad!)

No pasa nada, seguiremos buscando...

Está bien, se lo dejo más barato, pero no se vayan por favor...

Llevo un año en el paro y no hay manera de que encuentre nada.

DESEMPLEADO

Hoy me he levantado a las doce y llevo toda la mañana buscando trabajo, pero creo que me iré a comer porque estoy cansado. Después de la siesta seguiré buscando, pero cada vez me cuesta más hacer estos esfuerzos...

Si, es verdad que llevamos varios años en crisis, pero el final está cerca.

Este mismo año empezaremos a notar mejoría. Eso sí, seguiremos con una alta tasa de paro, aumentando los impuestos, con un déficit exterior record..

2033

RESEÑAS

125/ CONAN, LA PELÍCULA, J. Javier Arnau

126/ SUPER 8, Jorge Zarco Rodríguez

127/ PREMIO ANDRÓMEDA, J. Javier Arnau

128/ FAHRENHEIT 56K, J. Javier Arnau

CONAN reseña de la película

Por J. Javier Arnau

Por supuesto, esta “reseña” de la nueva película va a tener como referencia la primera película sobre el bárbaro, dirigida por John Milius (y coescrita con Oliver Stone) e interpretada por Arnold Schwarzenegger.

Seguidor de Conan tanto por los cómics como por las historias de su creador Robert E. Howard y sus continuadores, el estreno de dicha película fue una decepción, tanto para mí, como para otros seguidores. Arnold no es Conan, la historia es un refrito de sucesos y personajes de todas las historias de Conan - tanto de cómic como de novelas-, así como de imágenes más o menos impactantes (la crucifixión de Conan y la escena con el buitre, etc), y de líneas argumentales creadas para la ocasión. Tampoco se muestra mucho del rico mundo hyboryo, casi un personaje más en la biografía del bárbaro.

¿Y en esta nueva adaptación, de la mano de Marcus Nispel y con Jason Momoa como Conan?; en primer lugar, Jason Momoa *ES* Conan (igual que es Khal Drogo en la serie Juego de Tronos), y se han utilizado algunos escenarios (infográficos, la mayoría) más espectaculares que en la “original”. Pero eso es todo. Hay dos grandes fallos que lastran el film: uno es querer ser una amalgama de películas famosas, en vez de haber seguido las historias de Howard, y el otro es la profunda simpleza del guión.

Empezando por la “amalgama”, desde el principio, y a lo largo del metraje, tenemos claras referencias a El Señor de los Anillos, La princesa Prometida, van Helsing, La Momia, e incluso la propia Conan de J. Milius. Teniendo todo el trasfondo de historias “oficiales”, se hace difícil entender dicha decisión (bueno, supongo que habrán querido “ir a lo seguro”, tomando cosas que han funcionado en otros momentos, pero que aquí no casan con facilidad). Igualmente, con todo el rico mundo descrito con minuciosidad a lo largo de la historia

editorial del bárbaro, aquí se muestran igualmente con breves pinceladas, cuando no se inventan lugares para reemplazar los ya existentes en la mitología bárbara (Argalón, ciudad de ladrones, por Shadizar, la perversa).

Y la simpleza del guión... comenzando por haber cogido un origen hartamente similar a la de Miles, cuando ahí están las historias de juventud y adolescencia de Conan casi sin tocar, al desarrollo simple de búsqueda/venganza contra el asesino de su padre (y su tribu). No es que esto hubiera sido malo de por sí (a pesar de ser también una copia de la anterior cinta), si no que todo se antoja muy precipitado, todo sucede muy rápido. Y, a pesar de que sigo pensando que Jason Momoa es Conan, el guión (y la dirección) no le dan la oportunidad de demostrarlo plenamente. Se mueve como Conan, lucha como Conan, (pienso que) habla y actúa como Conan... pero no vemos a ese bárbaro que prácticamente destroza todos los obstáculos en su camino y destruye a sus enemigos; quiero decir, no vemos al bárbaro que romperá unas cadenas de hierro, abrirá una puerta para la que son necesarios 10 o más hombres, o acabará con una bestia que le supera en tamaño y fuerza. No, aquí es un gran luchador, puede acabar con bandas de enemigos... pero vemos debilidades, a veces contra un solo adversario, que no nos casan con esas otras luchas.

Y si en la película de John Milius, Oliver Stone y Arnold Schwarzenegger destacaba la banda sonora de Basil Poledouris (de la que también renegué durante un tiempo por dos razones; por culpa de la propia película, y por el uso del Carmina Burana. Pero posteriormente reconocí su belleza), aquí... pues no hay banda sonora que destacar (es decir, hay, pero nada que reseñar).

Así que, aunque la primera fue una decepción, y esta... también, pienso que, tal vez una adaptación tomando algunas cosas de la primera (banda sonora, ciertas escenas...), y otras de esta nueva adaptación (Jason Momoa, algunos escenarios), tal vez hubiera surgido algo bastante mejor de lo visto hasta ahora.

Por cierto, conseguí verla sin 3D; y digo esto porque quitando Avatar, el resto de películas que he visto en 3D (Thor, Capitán América, Green Lantern), ha sido una molestia más que una ayuda. Pero en los cines donde voy, o la ves en 3D, o como mucho, la otra opción en caso de existir es verla en la sala pequeña...

SUPER 8

Por Jorge Zarco Rodríguez

En estos tiempos de reciclaje postmoderno, de ladrones de ideas ajenas que van de autor (Quentin Tarantino), especialistas en remakes al mejor postor (Alexandre Aja, Marcus Nispel) o firmantes de relecturas con aire radical (Rob Zombie), J.J. Abrams no engaña a nadie. No ha inventado nada nuevo en cine ni lo pretende. Siempre ha demostrado primero en sus series de culto en televisión y luego sobre la pantalla, que su fuerte es no solo coger toda clase de fuentes de inspiración, sino en evidenciar dicha fuente y homenajearla sin reparos (igual que Duncan Jones en *Moon*). En ciencia ficción, primero abordó el universo *Star Trek* pensando en *Star Wars*, que en la juventud de Kirk, Spock y la Enterprise. Y ahora aborda su primera producción con Steven Spielberg como una carta de amor al cineasta y productor que más nos ha hecho soñar a los que crecimos en las cuatro últimas décadas con una película que no solo es un juego de nostalgia lleno de citas evidentes, sino toda una declaración de intenciones: Crear un film que sea un vehículo a través del cual la generación que crecimos con las producciones del eterno niño de Hollywood, de una lección de cinefilia a la siguiente... Ya saben; hijos, sobrinos, etc. Porque *SUPER 8* recoge la atmósfera de *Encuentros en la tercera fase*, el niño protagonista de *E. T.* (el parecido de Joel Courtney con Henry Thomas es evidente), el padre Sheriff de *Tiburón*, la pandilla de *Los Goonies*, los terrores de *GREMLINS* (el diseño del alienígena recuerda a las criaturas de Joe Dante), etc... Muchos acusarán a Abrams y Spielberg de

oportunistas, de jugar con las cartas marcadas, pero *SUPER 8* es con diferencia uno de los mejores homenajes a Spielberg hechos hasta la fecha; ojo, el Spielberg de los setenta y los ochenta. Aunque tengamos que perdonar que el homenajeado participe en la función (rumores de que se han aprovechado ideas de guión descartadas en *E.T.*) y Abrams con la lección bien aprendida, nos cite su universo al pie de la letra: Un niño que ha perdido a su madre en una tragedia, una pandilla de amigos que rueda cine domestico para huir de un entorno gris, lleno de fábricas y familias con problemas de comunicación, un accidente que libera un ente furioso con la humanidad, un padre Sheriff enfrentado a una conspiración militar o el amor de una pareja de niños marcados ambos; el y ella, por la ausencia de una madre, la violenta desaparición de sujetos y la obsesión del ejercito por ocultar pruebas y su absoluta incapacidad de enfrentarse a lo desconocido y ese niño que tal vez tenga sin saberlo, la solución... El Spielberg de los setenta / ochenta.



Abrams juega limpio y enseña sus cartas, aquí la magia no surge de intentar una originalidad que no existe sino en mezclar bien los ingredientes a su alcance. Admirable resulta su excelente diseño de producción en la recreación de un mil novecientos setenta y nueve que recuerda también a los ochenta (bondad de un presupuesto de cincuenta millones de

dólares que aparenta más medios y espectacularidad que otras producciones más caras). Un guión que (admitámoslo) tiene alguna que otra laguna a pesar de su consistencia, o el detalle políticamente incorrecto de sugerir la posibilidad que los niños puedan sufrir la violencia del immaculado ejército (o la perversidad de los adultos). Ya que todos recordamos la grotesca operación de Spielberg de sustituir las armas por móviles en la penosa revisión de *E.T.* en su veinte aniversario. Algo que el efectista (en el buen sentido) Abrams, no quiere permitirse por que la operación le ha salido redonda. Mención aparte merece Neville Page (*Avatar*, *Monstruoso*, *Piraña 3-D*, *Tron Legacy*) y su diseño de la criatura. Un tipo del que oiremos hablar a raíz de su colaboración en el *PROMETHEUS* de Ridley Scott.

PREMIO ANDRÓMEDA 2009.- GANADORES CATEGORÍA DE NOVELA (publicada en Abril 2011).

-El Extraño (Manuel Benítez Bolariños)
-La Geisha de Bucareli (Héctor Chavarría)
(Primer Premio Ex aequo V Certamen
Andrómeda Novela Corta de Ficción
Especulativa).

Edita: Asociación Cultural Mundo Imaginario.
www.libroandrómeda.com

Director Editorial: Claudio Landete

Asesor Literario: Isidro Fontanet

Andrómeda Prestigio nº 1.

Por J. Javier Arnau

(El Extraño; trata de combinar elementos de distintos géneros, pero fundamentalmente de la ficción especulativa y la intriga policiaca, dando lugar la descripción de juna sociedad encerrada en sí misma, aislada del resto del mundo...)

Éste extracto de la descripción de la contraportada de la primera novela corta de la que se compone este volumen, nos da una idea bastante clara de qué nos podemos encontrar, así como a qué obras nos puede, más o menos, recordar. Porque en esa sociedad encerrada en sí misma, aislada, en la que la intrusión un elemento del exterior

y un crimen desemboca en una investigación por parte de las fuerzas de seguridad del complejo podemos atisbar reflejo de obras como *Mundo Interior* (Robert Silverberg), *Juramento de Fidelidad* (Niven/Pournelle), etc.

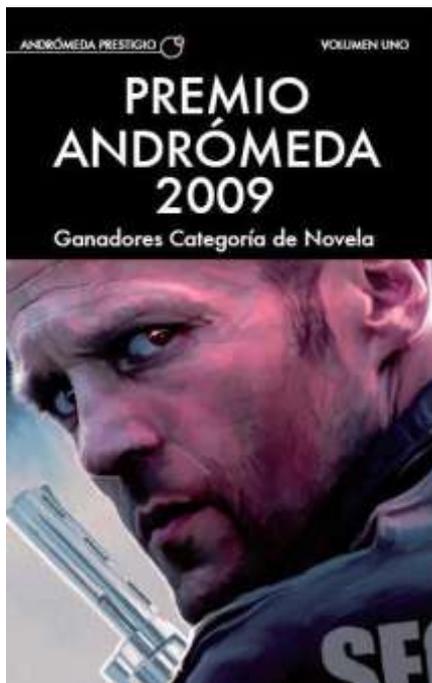
En el ambiente cerrado de un complejo residencial, aislado del exterior, incluso sin comunicaciones con otros complejos similares, la súbita irrupción de un externo (se considera que fuera del complejo todo está contaminado tras una gran catástrofe), que coincide con una serie de crímenes, hace que diferentes estamentos del complejo tengan que tomar cartas en el asunto (cuerpos de seguridad, servicios médicos, etc). Con muy pocos personajes, pero la verdad bien retratados, el autor nos guía, de mano del exjefe de seguridad, Duncan, hacia la resolución del crimen que, como él sospecha, se encuentra en las alturas... sólo que no sabe cuan alto deberá llegar para resolver los misterios que se va encontrado en su camino.

Una novela sencilla, que como ya digo tiene reminiscencias de otras obras anteriores, y cuya resolución no se nos antoja muy compleja, siendo capaces de averiguar por nosotros mismos, y puede que con bastante anticipación, el resultado final...

(La Geisha de Bucareli; fue planteada originalmente como parte de Los Mitos y es una especie de Space Opera (...) a la vez que es una suerte de crítica política al estilo de la revista El Chauistle, de la cual el autor fue editor y director). Tomando de este extracto la última parte, realmente es una de las que más “problemas” me plantearon durante su lectura; la constante crítica localista a políticos, instituciones, etc que como digo, pecan de excesivamente localistas, así de cómo tener el efecto de sacarnos de la lectura, debido a su reiteración (incluso varias veces en la misma página).

La historia en sí misma, planteada como una Space Opera a través de mundos paralelos tiene realmente su interés; pero como dice en otro párrafo de la contraportada”... las aventuras locas y guerreras de un periodista algo desorientado y con resaca, en mundos

paralelos donde los personajes de ficción aquí, son reales allá, y viceversa...” el protagonista, elegido por los líderes de un mundo paralelo pacífico para liderar sus



tropas, es un periodista... Bueno, en ningún momento se nos explica por qué precisamente un periodista y escritor de ciencia ficción, en lugar de cualquiera de los líderes militares existentes, más allá de que sea un trasunto del propio autor. Además, el escritor es de ascendencia judía y, justamente, los líderes que le eligen son dobles exactos de los nazis famosos, incluyendo al propio Hitler, y la indumentaria militar del protagonista será la propia de las SS, con los “problemas morales” que, en principio, le planteará... Esto es una constante que se repetirá a lo largo de la novela, donde dobles de personajes malignos serán buenos, y viceversa, por supuesto. Se nos antoja un toque demasiado efectista, porque de los miles de millones de personas/personajes que pueden existir en los mundos paralelos, en demasiadas ocasiones la duplicidad es en demasía “gratuita”, y finalmente ya nos extrañan esas coincidencias.

Por otro lado, en bastantes tramos de la novela encontramos cantidad de párrafos sin alinear, hojas enteras con los márgenes no justificados, y otra serie de errores que,

realmente, en algunos momentos llegan a molestar en la lectura.

Sinceramente, y me sabe mal decirlo, a esta novela le hacía falta una serie más de revisiones, tanto de parte del autor, como del editor. Si, como se comenta, forma parte de Los Mitos, esperamos que si se publican, se lleven a cabo esas correcciones que comentamos.

Manuel Benítez Bolorinos (Aspe, 1971) es periodista y profesor de Historia Medieval de la universidad de Alicante. La mayor parte de su obra se ha centrado, hasta el momento, en el estudio del medievo en el Reino de Valencia; pero además de esta producción científica también ha volcado sus inquietudes literarias en la poesía y en el relato breve, siendo “El Extraño” su primera novela.

Héctor Chavarría (Mérida, 1950) es periodista y escritor. Ha trabajado en varios periódicos y revistas lo que le ha valido cuatro Premios Nacionales de Periodismo. Es considerado uno de los pioneros de la ciencia ficción mexicana y el iniciador de la corriente “lovecraftniana” de “Los Mitos Mexicanos”. El trofeo Andrómeda, hasta el momento, es también su cuarto galardón en el ámbito literario.

FAHRENHEIT 56K

de Fernando de Querol Alcaraz.

Obra de Teatro. Bubok Publishing, S.L.

Por J. Javier Arnau

Ciertamente, no conozco muchas obras de teatro de temática de ciencia ficción. O, dicho de otra manera, no sé casi de obras de ciencia ficción que tengan la estructura de obras de teatro. Me refiero a que en su origen fueran concebidas como obras de teatro, no a posteriores adaptaciones. Realmente, sólo me viene a la mente una, muy conocida por ciertos temas: R.U.R, del escritor checo Karen Cápék.

Esta obra que estamos tratando, por su estructura dramática, podemos considerarla una “rara avis” dentro de la CiFi; enseñada

veremos los motivos que pueden haber llevado al autor a adoptar esta estructura.

Por otro lado, el mismo título nos remite a la famosa Fahrenheit 451, de Ray Bradbury, o a otras distopías como Un Mundo Feliz, o 1984, de A. Huxley; asimismo, los personajes de el Inquisidor y del Hereje, así como ciertos momentos de la lectura, me han hecho recordar el relato de Harla Ellison “¡Arrepiéntete Arlequín, dijo el Sr. Tic-Tac!”.

Comentaba antes la estructura de obra teatral elegida por el autor; bien, ésta es una obra de ideas e ideales, que nos presenta una distopía en la que la oposición al Partido, y en especial al Líder, está severamente perseguida, aunque Internet está permitida como medio libre de expresión (realmente, me extrañó ese punto, en una sociedad tan restrictiva y dictatorial, pero parece ser una licencia del autor para poder expresar sus ideas). Se exponen las ideas desde las perspectivas del Inquisidor (afín al partido), el Hereje (opuesto al sistema), y el Maestro (opuesto al sistema, pero dentro de él), y muy pocos personajes más; así, la obra se basa en los diálogos entre estos personajes (algunos nunca llegan a “conocerse”), discursos por parte de algunos de ellos, exposición de noticias, etc. No es una obra digamos “de acción”, ni que vaya a revolucionar el mundo de la ciencia ficción; al contrario, es una obra de ideas, de ideario más bien, en la que se nos van presentando los pensamientos y modos de actuar de las distintas facciones de un futuro (o no) distópico (o tal vez, ¿demasiado cercano, en realidad?). En esa distopía, una nación está dominada por un Partido dictatorial, que para defender sus ideales no duda en usar el insulto y la persecución, además de falsear la historia cuando convenga a sus intereses, y hay unas facciones fuera del sistema (representadas por el Hereje) y otras dentro del mismo, aunque no de acuerdo con sus métodos (el Maestro).

Este libro puede adquirirse a través de Bubok, al precio de 8.75 euros, o descargar desde

<http://www.bubok.es/libros/10384/fahrenheit-56k>

Pero por ese precio, aventuraros a comprarlo, no simplemente a descargarlo, o probar, después de leer esta reseña, a descargarlo y, si os convence, comprarlo.

(Contraportada):

“Fahrenheit 56K es una distopía que nos muestra un estado dictatorial dominado por el Partido. El Partido es arrogante, falsifica la historia y nunca reconoce haberse equivocado ni haber rectificado. Pretende dominar el conocimiento humano e imponer sus doctrinas por la fuerza. En esta sociedad, sin embargo, existe Internet. El Partido comete muchos fraudes y procura desacreditar los rumores sobre fraudes por medio de propaganda. Uno de los principales dirigentes del Estado, que comparte las doctrinas y métodos del partido, es el Inquisidor. Éste y el partido desprecian la democracia y la libertad de expresión y consideran que los métodos adecuados para defender una doctrina son los insultos y la persecución.

Frente a esto, hay dos hombres tolerantes e íntegros, El maestro y El Hereje. Aunque no están de acuerdo en una doctrina, ambos se respetan, rechazan el dogmatismo, son partidarios de la libertad de expresión y piensan que la verdad se defiende con la argumentación racional y no con la persecución.

En esta obra distópica se tratan temas como la censura, la libertad de expresión, el dogmatismo, el racionalismo, la democracia, la intolerancia, la libertad religiosa, Internet y la argumentación racional.”

Jorge Zarco trabaja como figurante, colabora como guionista de cortos, foto fija en conciertos de rock y participa en varias webs escribiendo reseñas de todo tipo

J. Javier Arnau es escritor. Sus publicaciones y actividades pueden consultarse en <http://jjarnau1.blogspot.com/>

NUESTRO PORTADISTA

KOMIXMASTER (Rodolfo Valenzuela)





Komixmaster (Rodolfo Valenzuela). Dibujante de comics e ilustrador. Investiga y experimenta diferentes técnicas de ilustración y 3D. Ilustrador de la REVISTA 2001 de Ciencia Ficción y Terror del Equipo SIRIUS de Madrid. Dibujante de Mundo Robot y Alfaeridiani. Colaborador de varias revistas electrónicas (*Albis Off*, *Manifiesto Parapsipunk*, *Planetas Prohibidos*, etc). Sus influencias, tratando de imitar los artistas y el estilo de la WARREN y MAD, RICHARD CORBEN, FRANK FRAZETTA, PABLO MARCOS, TONY DE ZÚÑIGA, JACK KIRBY, JOHN ROMITA, JOHN SEVERIN, WALLACE WOOD, JOHN WARD, RICARDO VILLAGRÁN, TODD McFARLANE

**Este número se
terminó de
maquetar el
domingo 23 de
octubre de
2011**

